© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Biblioteca Valenciana
Cuentos e historias
3100000085808 7
CV/822

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

VICENTE PLÁ MOMPÓ

CUENTOS E HISTORIAS

PRÓLOGO DE

MANUEL BUENO Y LUIS DE ARMIÑÁN

1916
LIBRERÍA DE A. DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6
MADRID

Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

CUENTOS E HISTORIAS

BIBLIOTECA VALENCIANA - VALENCIA -

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

VICENTE PLÁ MOMPÓ

CUENTOS E HISTORIAS

PRÓLOGO DE

MANUEL BUENO Y LUIS DE ARMIÑÁN

1916
LIBRERÍA DE A. DE SAN MARTÍN
Puerta del Sol, 6
MADRID

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

R. 56.894

Imp. de Antonio López y C.ª, Isabel la Católica, 5.-Valencia

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PRÒLOGO

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PRÓLOGO

Curioso lector:

Tu curiosidad sigue a la nuestra, y a fe que la impresión que en tu ánimo causarán las brillantes descripciones de un colorista levantino serán compañeras de las nuestras.

Surge un novelador castizo que hace alardes de colorista, cuando realmente sus pinceladas no pueden ocultar, sino antes al contrario, descubrir al pensador y observador profundo de las miserias de la vida.

Ese perfume de amargura que exhalan estos cuentos son la vida misma.

Esperamos tu observación en busca de comparaciones con el gran Maupassant. ¡No tomes ese camino!

Si piensas en que la obra de Velázquez no debe ser copiada por algunos que los calificamos de imitadores, te apartas de la razón.

Velázquez pintó la realidad con espíritu maestro. Velázquez nos ofreció tipos con un ambiente de realismo tal, que cuando surge en esta época otro que por parecidos caminos llega a ser tildado de imitador, se le dice que «pinta *avelazcado*», cuando en realidad no hace más que compenetrarse con la verdad misma.

Sobre eso existe el refinamiento del arte. Saber destacar la principal figura con la expresión y tono justo que la haga inconfundible. Saber fundir en la sombra aquellas líneas o detalles prolijos que fatigan la atención del observador, es obra de maestro curtido por la práctica y la experiencia.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

En un novel escritor es demasiada labor la que te ofrecemos.

¡Cuentos hay que podían ir con firmas del mayor renombre!

Lo rotundo de la descripción. La concisión de algunos cuadros. Caracteres definidos con mano maestra que podrían servir para extensa novela y los verás reconcentrados en pocas páginas: Todo, en una palabra, cuanto puede ser elemento necesario para el difícil arte de la novela quintaesenciada, hemos visto en estos cuentos...

¡Y en todos el ambiente triste que la realidad de la vida nos ofrece por doquier! Lo mismo en las composiciones ungidas de misticismo, que en descripciones militares, que en escenas regionales...

Señalar lunares literarios no es misión nuestra. Acaso tú, lector, sugestionado por el colorido brillante, no los veas.

El espíritu se sobrepone a la forma y el ánimo queda bajo la presión de algo más importante que la gama de los colores de la paleta.

El autor presumía de colorista y demuestra ser un sagaz observador de las tristezas de la vida inundadas por raudales de poesía.

Pasa adelante y nos darás la razón.

Manuel Bueno. *L. de Armiñán.*

Madrid, Octubre 1916.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

DEDICATORIA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Leo el recuerdo

de mi madre y

de mi padre al

comienzo de este

libro.

F. Pizarro

Picaña (Valencia)

Febrero - Marzo

1916.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

285

C. V.

822 cat.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

LA FEA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

LA FEA

I

La Sor cerró el libro en que leyó hasta entonces, introdujo ambas manos en las amplias mangas del hábito y quedó con la vista errante, distraída, contemplando la destartalada estancia.

En uno de los ángulos del cuarto, un viejo reloj de pesas seguía con sus oscilaciones el continuo desgrane de minutos, fragmentos de las horas, partículas de los días, átomos de las cuentas del breve rosario del vivir que nunca jamás tornan a pasarse.

Frente a la mesa inmediata a la Sor una vitrina de anchos vidrios, resguardaba vendajes, frascos e instrumentos quirúrgicos que, al reflejo de la portátil lámpara luciendo sobre la mesa, acusaban puntos de luz en sus convexidades y salientes. Los botecitos de ergotina,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

cornezuelo, digital y otras preparaciones farmacéuticas; las ampollas de cafeína y aceite alcanforado; las cubetas, tubos de ensayo y demás recipientes de cristal, refulgían en estrías fusiformes. Los paquetes de gasas y algodón hidrófilo restaban enmatecidos en sus opacas envolturas y tan sólo en las bermejas cruces que en casi todos servían de etiqueta, copiábase incierto el mortecino rayo. Las jeringuillas de inyecciones hipodérmicas, pinzas y tijeras de diferentes formas y multivariadas magnitudes, resplandecían como grandes insectos de monstruosa fauna que, animados por la vida que les prestaba el débil luminar, agitasen los retorcidos extremos de sus colas o amenazaran con sus antenas y aguijones relucientes. En el último estante del mueble, como prolífica madre de todas aquellas bestezuelas, unos forceps tendían sus temibles brazos acerados, abiertos, como patas de metálica y descomunal langosta.

En el testero central, un lienzo religioso de desmedidas proporciones, coloración sombría y marco churrigueresco, encuadraba el muro de la pared.

Un diván y algunas sillas completaban el menaje.

A la derecha, entornada, la puerta dando acceso a la Sala de Maternidad.

La Sor montaba su guardia en el vestíbulo.

Sor Angustias cumplía su primera vela aquella noche. Era recién profesa y la Superiora del Hospital tenía especial empeño en que las religiosas que le enviaban de la Casa-Matriz del

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Noviciado, se acostumbrasen poquito a poco, gradualmente, por etapas, a las penosas tareas de su abnegado oficio.

—Tiempo les quedará, decía la Madre Sacramento, de apurar hasta las heces del cáliz que tomaron... Es muy amargo y aun gota a gota difícil de beber...

Y tenía razón la Reverenda.

Con primoroso tacto y mayor discernimiento, encomendaba a las novatas lo más fácil de la casa: las salas de Lactancia, Maternidad y enfermerías de párvulos, que aunque nada tenían de halagüeñas, comparadas con las secciones de tísicos, incurables y variolosos, eran punto menos que el cielo, al lado de los dantescos horrores que escondían aquellas y otras salas, tan terribles tal vez, como los infiernos que imaginó Alighieri.

Ensayábanse de este modo las Hermanas, domando sus repulgos, zahiriendo el olfato, acallando su repulsión, conteniendo bascas y desmayos que en sus primeras y sucesivas guardias asaltaban sus pobres cuerpos no acostumbrados aún a tales porquerías y, ya entrenadas, pasaban a las otras secciones del Hospital, curtidas, cariñosas, atendiendo solícitas a aquella mísera humanidad que acudía en tropel, sangrando en postemas purulentas, carcomida por llagas cancerosas, casi corrupta con tumores pestilentes: escoria, podre, rebañaduras, detritus que la sociedad, egoísta, arrojara de su seno estremecida de pavor y de asco, para que allí en el benéfico establecimiento curasen o muriesen lejos de ella,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

solos, sin afectos, sin familia, velados y asistidos por las Hermanas de albas tocas, que recuerdan las alas de los ángeles; de delantal azul rememorando el igual color del cielo...

Sor Angustias, al recibir la guardia de la Hermana a quien sucedió en el turno, requisó con detenida inspección la Sala de Maternidad que quedaba desde entonces a su cargo.

Ocho mujeres había aquella noche en dicho departamento. La mayoría, pobres que vinieron al Hospital por carecer en sus casas de recursos con que pagar la asistencia del doctor o la comadre. Era proverbial, además, que en la Santa Casa se les atendía bien, tenían médicos de fama gratis y la alimentación, durante el puerperio, era reconstituyente y rica.

Dos, entre todas, se destacaban con personal relieve.

Una de ellas, alta, de robusto aspecto, pero de carnes flácidas y fofas, junto a las que el abultado abdomen parecía pronto a estallar por hidrópica dolencia y no por el trabajo de gestación que hervía en sus entrañas. Ya era la cuarta vez que venía allí a librar. Médicos, internos y practicantes la conocían de sus estancias anteriores y durante las visitas, reían con sus bromas, asintiendo a sus continuas preguntas, que siempre versaban sobre el mismo tema.

—Ahora, sí. ¿Verdad, doctor?—Me encuentro bien, fuerte, con ánimos. Esta vez libraré con presteza y vivirá mi hijo...

Y doctores y alumnos y ayudantes afirmaban compadecidos, alimentando las gratas ilusiones

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

de la pobre mujer, deseando se confirmasen tal como ella predecía.

La desdichada alumbraba siempre a costa de cruel martirio, naciendo las criaturas muertas. Y cada dos años, tornaba al Hospital con nueva carga, sonriente, resignada al suplicio, con tal de lograr entonces el hijo apetecido en su maternal deseo, tantas veces chasqueado.

Las compañeras de Sala, llamábanla Pepona y era mujer de un labriego de la vecina huerta.

La otra, era muy joven; casi niña y por ello decíanle todas la *Menuda*. Rubia, de ojos azules como turquesas, velados por pestañas que parecían hebras de oro. Sus facciones, un tanto deformadas por la vida que bullía en su seno, conservaban rasgos ideales. A veces, a través de su mirada, dijérase se asomaba una sombra de miedo, de temor. Era una moza del campo seducida o atropellada por el hijo de los señores y que quedó en la calle al descubrirse su preñez. Esperaba su hora con verdadera ansia, como el único remedio de librarse de aquel incesante padecer que destruía las gráciles líneas de su cuerpo y abotagaba los finos trazos de su rostro; como el final de una condena con que pagaba forzadas complacencias y en sus conversaciones con las otras acogidas, repetía que el hijo que diese a luz había de regalarlo a la Pepona...

El trepidar de un coche resonó en el adoquinado de la calle, distinguiéndose claramente el chasquido de los cascos del caballo chocando contra las piedras y el rodar acompasado de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

las llantas. Poco a poco, se alejó perdiéndose su eco.

En el viejo reloj vibraron horas; las dos, sonando sus metales como toques de atención que emitiesen traviesos duendecillos.

La Sor, alzándose de su asiento, se encaminó a la estancia donde dormían las mujeres. Creyó escuchar gemidos sofocados. Tornó a poco.

—No era nada... La *Menuda,* que quizás en sueños, se movió desarreglando el embozo.

II

La débil luz de la lámpara dió de lleno en el semblante de la monja.

Encuadrado el rostro por las blancas tocas, las facciones de Sor Angustias se recortaban sobre el brillo mate de la tela.

No tenía nada de hermosa.

La boca grande, pronunciada, con pliegues de tristeza en las comisuras de los labios; los ojos diminutos, ratoniles, algo así como si hubiesen sido rasgos olvidados que se labraron después, de prisa, de cualquier manera, con tal de subsanar lo imperdonable del descuido; la frente pequeña y deprimida; basta la nariz y de excesiva magnitud, tanta, que como si quisiera apartarse de la frente y de los ojos por lo exiguas que ambas facciones resultaban, fuese a sumirse más abajo, en la boca, su hermana en lo disparatado del tamaño.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Era fea, muy fea, sin atenuantes ni distingos.

Y sin embargo, era joven: así lo atestiguaban sus dientes iguales, chiquititos, y sus manos gordezuelas y pulidas, únicas cosas que tenía bellas.

Sor Angustias se llamó en el mundo Lola Dalp y era andaluza, de Algeciras.

Sus padres eran de regular posición, considerados y queridos de amigos y parientes. Fueron dos hermanos más: un varón y otra hembra.

En el mundo fué alegre, vivaracha y aficionada a bromas y jaleos hasta que empezó a pollear. De repente se modificó su carácter, transformándose su alegría en pesadumbre, dió en ser huraña cuanto fué traviesa, y permaneció en casa retirada, sola, en lugar de reunirse con las demás amigas.

¿A qué obedeció tal cambio?

A su fealdad. En su casa la llamaron *fea* siempre, desde niña y como por pura gracia y se quedó con el mote y, más tarde, con la falta de hermosura cuando llegó a mujer.

Sus parientes eran crueles con ella, aun sin querer, considerando su fealdad como una cosa natural ante la que debía anularse en absoluta conformidad, facilitando a sus hermanos el camino.

—¿Quién, Lola? Como no se pinte el novio..., afirmaba su hermano.

—Mira, Lola, te tomo esta pulsera, insinuaba Araceli, su hermanita. Para qué la quieres tú si no la gastas. Y añadía después:

—¿Estos encajes me los cedes, no? Anda, monina; tú vas para monja...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Hasta sus mismos padres la herían, sin intención, pero en lo vivo.

—Tú cuidarás de nosotros cuando viejos. Tú no te has de casar...

Y la *fea* infeliz, sufría con las brutales gracias del hermano, daba a Araceli cuanto le pedía de cintas y de adornos y sonreía tristemente a los padres que no acertaban a comprender el martirio de su hija.

Corrió el tiempo.

Araceli tuvo un novio y al casar con él, los padres extremaron los obsequios y regalos, disponiendo además, que la pareja residiese con todos en la misma casa, y así se hizo.

Lola no quiso sufrir más. A todo se resignó hasta entonces, pero envidiar a todas horas una felicidad de la que ella había de estar siempre privada, le pareció sobrado para sus pobres fuerzas, y con harta admiración de los viejos que pensaron fuese grande desatino, ingresó en un convento de Paúlas.

El noviciado lo pasó como un sueño. Aquella especie de ensayo de mortificaciones, aprendizaje de dominio de la voluntad, curso de humillación y escuela de pobreza, le fué tarea fácil, sencillísima. Bien poco hubo de enseñarse junto a sus hermanas en religión; casi todo lo tenía tanteado, practicado y hasta sufrido mientras vivió con su familia.

Terminado el período de novicia se preparó para la profesión, y pronunciados los votos, la destinaron a Valencia.

Sor Angustias saltó despavorida de la silla: la *Menuda* la llamaba desde dentro.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Cuando salió, venía pálida y trastornada. La rubia se sentía enferma y rogaba avisasen al interno de guardia, al practicante, al primero que pudiese acudir en su socorro.

Ya antes, cuando la Sor entró creyendo oir gemidos, era ella, la *Menuda,* y al ver llegar a la monja había dominado sus dolores, fingiendo que dormía por si aquello era cosa pasajera... Ahora no... Ya no podía más...

La monja apretó el botón del timbre, saliendo después al corredor, como si en su afán de auxiliar a la paciente pudiese atraer con su impaciencia a los que debían remediar aquella angustia.

III

El practicante y el interno hablaban del acontecimiento, sentados en el diván de la antesala.

—Esto vá como una seda, afirmaba el futuro doctor. La presentación es excelente, la primeriza de sana naturaleza y los dolores vivos altérnanse con frecuencia... Si sigue la cosa así, antes que luzca el sol habrá librado y cuando el maestro acuda a la visita se encontrará con otro número en la Sala...

Asentía el practicante, mostrándose conforme.

Ambos estaban satisfechos de que se les hubiese presentado aquel caso fortuíto que les permitía demostrar sus conocimientos y suficiencia, libres de la vigilancia del doctor encargado de la clínica.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

¡Flojo postín se iban a dar después entre sus compañeros!

—Anoche, mediada ya la guardia, llamaron de la de Maternidad. De prisa... A escape... Cuando vieron a la paciente, no estaba muy clara la partida; pero haciendo de tripas corazón, apercaron con el regalo. Al amanecer, todo listo: la parida en su cama y el pequeño en espera del bautizo...

Y se veían repitiendo esta conversación, veinte veces, ante sus asombrados condiscípulos, creciéndose cien codos sobre ellos.

—Pues qué se habían creído... Sí, señores, sí... ¡Tocólogos eminentes!

Sor Angustias quiso continuar sus rezos; no pudo. Sin querer se dejaba arrastrar atendiendo a la conversación de los que ya eran sus compañeros en la guardia, deseando ver cumplidos sus pronósticos y augurios.

Escucháronse nuevos y más dolorosos gemidos de la rubia y los galenos en ciernes, abandonando el diván, marcharon donde sufría la infeliz *Menuda*.

La Sor se puso en pie también, excitada, algo nerviosa con la creciente ansiedad que, sin darse cuenta, había llegado a dominarla. Al minuto volvió a sentarse y probó a leer... Imposible.

La distraían los murmullos del viento que, en lo exterior, gemía con suavidades de canto o de plegaria unas veces y otras con arrestos de tumultuosa vida, pareciendo poblar el aire de gnomos y dríadas que, deseosos de atisbar el

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

augusto misterio presto a cumplirse en la vecina estancia, se encaramasen por los batientes y jambas de las puertas, sacudiendo los cristales y peleándose curiosones e indiscretos... La intranquilizaban las continuas y lastimosas quejas de la pobre *Menuda,* cuya anhelosa respiración se escuchaba entrecortada a través del próximo tabique, percibiéndose el ronzar de sus dientes y el temblequeo de los hierros de la cama respondiendo a las crispaciones de la enferma...

La Pepona, asomando al umbral de la puerta, apartó a la Sor de aquellos pensamientos. La mujerona llevaba unos líos de ropitas que depositó sobre la mesa.

—Es que esa, la chiquilla, la *Menuda,* no tiene ni una mala tela con que envolver al ángel que va a venir... ¿No le parece a usted, Hermana, que yo debo darle de mis ropas, de las que siempre tengo dispuestas para cuando me llegue el caso? Dios que todo lo ve, quizás se apiade y me envíe a mí el pequeñín que tanto pido...

Y amontonaba sobre la mesa docenas de gorritos, fajas arrolladas en espiral, pañales, camisitas, cuanto componían los dos o tres equipos de bebé que la huertana remiraba con deleite a todas horas, vistiéndolos, en su imaginación, de carnecitas suaves, rubias, asedadas como pétalos de rosas...

Pepona, al ingresar en la hospitalaria Casa, se traía consigo aquel interesante vestuario, cosido y preparado años antes, todos los que llevaba esperando al obstinado muñeco tan tardo en el llegar.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Entre ella y la Sor arreglaron las ropitas por el orden en que habían de gastarse: la una con la maestría que le daban tantos años de ensayo, la otra con ese instinto maternal que poseen todas las mujeres.

Amanecía.

En la calle sonaba el acompasado traqueteo de los carros que entraban en la ciudad a proveerla. Frutas, huevos y verduras venían de la huerta en los rechinantes vehículos que caminaban en dirección del mercado de abastos para revender sus cargas.

La Pepona pensó que también su marido marcharía a aquellas horas, uncido al carricoche el pobre caballejo, a ofrecer las judías, lechugas y alcachofas recogidas la tarde anterior en sus pequeños campos.

Poco después pitaron unos trenes.

Los cortos de Játiva y Castellón, recordó la la labriega, que teniendo su casita enclavada entre ambas vías, la de Madrid y la de Barcelona, oyó mil veces los idénticos silbidos.

La Sor abrió el balcón.

No era de día aún, pero las rosadas tintas de la aurora barrían las sombras de la noche, renovando la diaria lucha en la que siempre vencen las claridades del crepúsculo.

Un grito indescriptible, casi ultrahumano, rasgó el aire.

La Sor quedó helada de espanto.

Pepona sonreía, sabiendo ser el alarido el final del suplicio de la rubia. ¡Tantas veces lanzara ella igual lamento!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Acompañando al grito, siguió leve vagido; después, rumor de lloros. Comenzaba una vida.

Pepona transformó su sonrisa en expresión de júbilo inefable, y tomando de la mesa las ropitas, corrió hacia la Sala de Maternidad con la premura que le permitían sus entumecidas piernas.

Quedó sola la Sor, y contemplando el sol que asomaba tras rojizas nubes, se prosternó rezando con fervor vehemente.

Doblaban, en la iglesia del Pilar, las campanas llamando a misa de alba. En el cuartel vecino vibraron las cornetas despertando de su sueño a los reclutas. Tañían los esquilones de las reses lecheras, aproximándose a los suburbios. Se inició el movimiento en la ciudad.

La Pepona llegó con el recién nacido.

—¡Mire, Sor, mire qué ángel! Una niña... Vea qué hermosa... Tiene los ojitos negros y el pelo rubio y largo... ¡Mire!... ¡Mire!

Sor Angustias acercóse conmovida.

La labriega saltó, como en olvido de un detalle.

—¡Ay, Hermana, que no pensé en colgarle los Evangelios al fajarla! Tome, sosténgala un momento... Voy por ellos...

Y sin esperar siquiera la respuesta, dejó la criatura en el regazo de la Sor.

Quedó la monja con la niña en brazos, mirándola fijamente. Sintióse invadida por súbita oleada de ternura mezclada a inmensa pena.

—¡Aquello era la vida, sí!... Capullo que brotaba, flor después, madre más tarde de otras flo-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

res... ¡Y ella, la *fea* infeliz, flor sin perfume, sin colores, con las entrañas siempre secas, infecundas, sin rendir vida a otras vidas...!

En irresistible arrebato que no pudo refrenar, alzó la niña en vilo y la aproximó a su rostro, y al mismo tiempo que la cubría de apretados besos, brotó el llanto a raudales de sus ojos...

La Pepona, que entraba, la miró muda de asombro...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

LA PAELLA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

LA PAELLA

Fué un pastor quien llevó el soplo al jefe de la partida que merodeaba por aquellos contornos.

—...Allá arriba, en la masada, tenían caza fresca. Unos jinetes cristinos entraron en la casa muy temprano, rayando el día apenas. Eran pocos: ocho o diez a lo sumo; por las trazas *mandones*, oficiales... Él, los oteó desde el cerro donde pastaba su rebaño y al ver llegar las fuerzas había bajado presuroso para advertir al jefe... Aún estaban allá: desde el picacho hubiese sorprendido la escapada...

Quedó perplejo el cabecilla, examinando al confidente.

¿Sería alguna treta? ¿Tal vez una encerrona que el cuco del pastor de acuerdo con los otros, con los cristinos, pensó armarle?

Miró al pastor de nuevo.

Era éste un viejo feble, acartonado; vestía

BIBLIOTECA VALENCIANA - VALÈNCIA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

pobremente, calzaba abarcas y tocaba su cabeza con un gorro de piel de color ya indefinido por el uso.

Quiso cerciorarse el jefe e interrogó al anciano.

—¡No, nada sabía salvo lo dicho! ¡Lo juraba! Además, desde allí mismo comprobarían sus informes con solo esperar a que bajasen los cristinos... Él, daba la noticia por vengarse... Los de la Reina, matáronle al mozo, a su Antón...

Y al evocar el recuerdo de su hijo, los apagados ojos del vejete fulgieron rencorosos.

Aquella mirada de odio, sorprendida por el experto jefe, decidió la aventura.

—A ver, dispuso. Vengan treinta valientes: voluntarios. Cinco oficiales: los que quieran.

Encaróse con el espía.

—Tú, pastor, le dijo, permanecerás con mis hombres hasta que vuelva. Si has mentido, te fusilaré al regreso; si dijiste verdad, pagaré tu recado. ¡Ea, en marcha!

Como paloma, que en cansado vuelo, pósase unos instantes fatigada, tal semejaba la masía contemplándola desde el valle. Su blanco caserío descansaba en la suave ladera de la montaña, casi junto a su cima, como avizorando los fértiles campos de cultivo espaciados a sus pies. El débil sol de Marzo acariciaba con sus ténues resplandores los lejanos muros de las paredes, envolviéndolas en grises tonalidades que esfumaban, confusamente, las macizas líneas de la casona.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Mediaba la mañana y se sentía fresco.

De la tierra, húmeda aún con el rocío de la noche, surgía leve vapor de acre perfume con dejos del aroma resinoso de los pinos y efluvios de las florecillas de aliagas y romeros, y saturado con la inconfundible esencia a savia fecundante de las viñas, manzanos y azufaifos, cuyos brotes y yemas iniciaban la florescencia en gestación potente.

* * *

La pequeña columna se fraccionó, dispersándose en guerrilla. Los soldados, desaparecían ocultos en los declives del terreno, tras los montones de pedruscos que formaban los lindes de los bancales.

—A reunirse todos allá arriba, junto a las bardas del corral de la casona. ¡No disparar ni un solo tiro!

Tal fué la orden.

A mediodía llegaron a lo alto. Nadie se cruzó en su camino: abejorros que zumbaban rumorosos; lagartos que dormían cara al sol y huyeron, escondiéndose entre las lajas de las piedras.

Tampoco desde allí percibían nada que delatase a los cristinos. ¿Mentiría el pastor? ¿Escaparon por el barranco mientras ellos subían?

Adelantaron dando la vuelta al edificio, siguiendo la dirección de la pared. Uno de los que iban delante, se detuvo: hizo señas...

—¡Chist...!

Atendieron.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

¡Sí! Claras, bien distintas se escuchaban sus voces.

—¡Silencio todos!, ordenó el cabecilla.

Cauto el jefe, dividió sus soldados en dos grupos. Empuñaron las armas. Abocaron al portal, penetrando en el patio; irrumpieron en la cocina...

¡Allí estaban!

Los cazaron como pájaros en nido, como gazapos en cegada madriguera. No pudieron ni defenderse: descuidados, hambrientos, sorprendiéronles cuando condimentaban su comida. Aún se veía allí cerca, en un capazo, la pluma de las aves sacrificadas poco antes; los pies de los invasores hollaron vainas de habas y hojas de alcachofas, restos de las verduras con que se sazonara el guiso; y en el hogar, hervía la paella, mostrando apetitosa su repleto vientre.

Ocho eran los cristinos, como dijo el pastor; al irrumpir los carlistas, tres de ellos hostigaban la lumbre con empeño en torno de la sartén; otros dos aderezaban la mesa preparando la tosca vajilla y unas cucharas de palo que les cediera la mujer del guarda, y los demás, de espaldas a la puerta, sentados en un poyo, se calentaban al fuego, relamiéndose impacientes en espera del festín cercano. Tres eran oficiales; tres cadetes, niños casi; los otros dos, ordenanzas: jóvenes todos; el que más, no llegaba a la treintena.

Venían de Castellón a incorporarse a sus respectivos cuerpos de ejército.

Lleváronlos hacia afuera. ¡Ya podían suponer lo que les esperaba!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Un mes antes, a mediados de Febrero, por una torpe e innecesaria crueldad del brigadier Nogueras, secundada por Mina el Capitán General de Cataluña, se fusiló en Tortosa a la madre de Cabrera, el cabecilla que dominaba toda aquella región del Maestrazgo: dolorido y rencoroso, tomó Cabrera cuantas represalias pudo, dejando además a sus partidas en amplia libertad para vengarle. ¡Y le vengaban, con creces, con usura!

Cuando los pobres prisioneros, custodiados por las bayonetas del piquete, salvaban el umbral de la cocina, con ojos melancólicos despidiéronse de la paella que con tanto deleite prepararan. Caminaban serenos a la muerte, pero dolidos de que aquella comida tan sabrosa...!

Uno de los carlistas, se acercó a la lumbre, hurgando en la sartén.

—¡Justo, en su punto!

Guiñó la vista al jefe, mostrándole, con expresivo ademán, la mesa ya servida.

Sentáronse en redor; clavaron las cucharas.

El cabecilla, atestada de arroz la ancha boca-za, interrumpió su yantar y rezongó con sorna.

—¡Y que bien la guisaron los...

Cesó de hablar, siguió engullendo, y con el brazo rígido, extendido, completó la inacabada frase señalando hacia las tapias del corral, donde intermitentes, trágicas, sonaban en aquel momento las descargas fusilando a los cristinos...

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

UNA FIESTA EN X...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

UNA FIESTA EN X...

I

TERMINABA el sermón.

El orador, congestionado, apoplético, interrumpió un momento su discurso; pasó su pañuelo por la frente, secándose después los labios.

Continuó:

—«...*Et certamen forte dedit eos, ut vincerent*... Y los empeñó en fuerte combate, para que venciesen... *Ex Libri Sapientiæ,* capítulo décimo, versículo ya citado... ¡Sí, hermanos míos en Jesús crucificado! El Señor, como dice el sabio texto, empeñó en los mayores peligros, en las más grandes adversidades, en extremas e increíbles tribulaciones a los bienaventurados Abdón y Senén, para realzar su inmenso triunfo, para hacer más gloriosa la victoria, para florecer con lauros inmarcesibles la palma de su martirio...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Presos, primero, en hediondos calabozos; azotados, más tarde, con plomadas insufribles; expuestos, luego, en el circo, a la voracidad de las salvajes fieras que lamieron sus pies como corderos; y degollados, al fin, por verdugos inhumanos, en cada ruda prueba, en todas las diversas etapas de su cruel tormento, lucharon con heroica fe, con tesón inquebrantable, alcanzando al cabo la inmortal corona que ciñen para siempre a sus esplendorosas frentes... ¡Oh santos muy amados! ¡Oh gloriosos Patronos de este pueblo! ¡Oh felicísimos mancebos que en tan temprana edad...»

Seguía el panegírico matizado de retóricos conceptos, esmaltado con floridas paráfrasis y... amenazando prolongarse por tiempo indefinido.

En el altar mayor, las veneradas efigies de los Patronos, brillaban entre innumerables cirios cuyas luces se reflejaban centelleantes en los polícromos colores de las estatuas, en los áureos adornos de que estaban recamadas las santas vestiduras y hasta en los diminutos arabescos que invadían los ondulados pliegues de las bermejas capas que lucían los mártires invictos.

A la izquierda del ara, sentados en sus sillones, los tres sacerdotes oficiantes en la Misa Mayor, parecían agobiados bajo el peso de sus bordadas vestimentas. A sus espaldas, en actitud hierática, como pajes de otra edad, el sacristán y los monagos embutidos en sus talares hopalandas; negra verdusca la del primero; coloradas como cangrejos recién cocidos las de los acólitos, y los tres, envueltos en parte en

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

blancas guirindolas, entre cuyos vuelos perdíanse sus brazos larguiruchos.

El sacristán, rato ya que admiraba las vidrieras del ábside, en una de las cuales, por entre los despezados vidrios, asomaba indiscreta una paloma auténtica, de carne y hueso, escapada sin duda de algún palomar cercano y a la que, por lo visto, satisfacía también la fiesta dado lo a gusto y reposada que desde allá arriba asistía a la misa.

Los monaguillos, medio dormido el uno; y el otro absorto, concentrando su vista con empeño en la nuca del sacerdote que tenía enfrente, como atareado en el sin igual problema de averiguar cuántas eran las canas del bendito señor.

A la derecha, en los bancos del Municipio, el Ayuntamiento en pleno. Alcalde, Secretario y Concejales, vestidos con sus trajes domingueros; el cuello agarrotado por la almidonada camisa, la chaqueta desprendiéndose de sus torsos reclamando con urgencia ser sustituída por la holgada blusa y los pies de algunos ¡infelices! presos en los gruesos zapatones que, en atroz suplicio, les hacían renegar de lo extenso del sermón, de la solemne misa cantada y aun del tradicional festejo a los Patronos, causas, aunque inocentes, de aquel indecible tormento que sufrían.

A la izquierda, en bancos especiales, estaban los *festeros*. El Clavario mayor, el *só* Visent, en el sitio de honor, y a sus costados los demás de la Junta. De indumentaria y de... lo otro, allá se andaban con sus convecinos los flamantes ediles.

Ya en la nave de la iglesia, sucedíanse más

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

bancos ocupados por los fieles: en ellos, atiborrados, confundidos, se asentaban viejos, mozos y chicuelos; carraspeando unos, distraídos los jóvenes y hurgándose las narices o durmiendo los chiquillos.

En el centro, entre los bancos, en la especie de calle que formaban y detrás de los mismos, las mujeres, ataviadas con sus mantillas, ciñendo, a pesar de lo recio del calor de Julio, los pañolones de pintada lana, sentadas en sus incómodas silletas, pocas arrodilladas, y las más adoptando casi oriental postura.

De aquel rebaño de gente, se exhalaba fuerte vaho a miseria, a sudor, subiendo con el humo del incienso a perderse en las alturas de la nave y bajando a poco otra vez enrareciendo la atmósfera... Gracias a que por la puerta del templo, abierta de par en par, se colaba la exigua brisa del vecino barranco que, aun siendo leve y sutil, era bastante para aliviar aquel pestilente mareo y aun llegaba a retozar, juguetona, con las mantillas de las mujeres, soplaba con suavidad el cogote de los fieles y, harto atrevida, pretendía extinguir con su hálito mortecino las luces del altar que a su caricia lengüeteaban temblonas.

Al cabo, el orador descendió de la sagrada cátedra; acompañado del sacristán y los acólitos se prosternó ante el altar, desapareciendo sudoroso y fatigado en la inmediata sacristía.

Prosiguió la interrumpida ceremonia.

En el coro, entonaron los cantores las preces del ritual; desafinó el armónium y gimieron los contrabajos y piporros acompañando el canto.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Cesaron un momento.

El celebrante, inclinado sobre el ara, entonó el *Sanctus*.

De la sacristía surgieron cristalinos sones de alegres campanillas, tornaron los del coro a cantar y a gemir los instrumentos, y dominando en absoluto aquel fragor, en lo alto de la torre, doblaron las campanas.

Alzaban poco después.

Despertaron los dormidos a fuerza de codazos; callaron los chicuelos gracias a algún cariñoso pescozón de sus vecinos; rechinaron removidas las silletas al levantarse las mujeres. Se hizo el silencio, conmovedor, augusto. De rodillas, prosternados, golpeándose el pecho, adoraron a Dios.

Aún no se había extinguido en el aire la última vibración de la campanilla que indicara el alzar, cuando estalló ensordecedora, horrísona, la clásica *mascletá*...

La iglesia se llenó del humo salitroso de la pólvora y por unos instantes quedaron sofocadas aquellas emanaciones mal olientes a ganado, a moho...

II

Llevaban más de una hora sentados a la mesa.

El *só* Visent, como primer clavario, había reunido allí en su casa lo más granado del elemento forastero, amén de los que con él componían la Junta de la fiesta.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

A un extremo, en la cabecera de honor, Don Juan, el orador sagrado, que a ruegos del *só* Visent (y pagado además a peso de oro) había accedido a predicar aquel año en el pueblo. A derecha e izquierda del respetable señor, dos sacerdotes, los que oficiaran en la misa junto con el párroco del lugar, el cual, en el extremo de enfrente debatía cariñoso, empeñado en obsequiar al médico y al alcalde, que a ambos lados le acompañaban en el convite. A un costado de la larga mesa, los clavarios, guardando el mismo orden de prelación que en misa; al centro el dueño de la casa; y salteados, a gusto de cada cual, dictada la colocación por las simpatías más o menos efímeras nacidas de lo reciente del conocimiento, *Paquelo,* el tenor, que a todo contestaba con atiplada voz cual si siguiese en el coro, Don Paco el del armónium y dos o tres músicos más, gente de probado apetito y escasa conversación; dos hijos del *só* Visent y algunos amigos de la familia completaban la lista de invitados al banquete.

Habíase habilitado la mesa a lo largo de la entrada, formándola con tablones prolongados tendidos sobre banquillos.

La puerta de la calle, cerrada por completo por miedo al sol que, en pleno mes de Julio, calcinaba. Casi abierta la del patio, dando paso al suave vientecillo que soplaba a intervalos.

Los comensales divisaban, desde sus puestos, el poblado corral y las corpulentas higueras cobijando con su sombra a los pobres bichos que huían sofocados del caluroso bochorno. Las

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

gallinas picoteaban en el estiércol atrapando algún gusano, saliendo disparadas a devorarlo en un rincón; otras permanecían inmóviles, estirando en súbito desperezo una de sus patas que quedaba rígida; alguna vez, el sultán de roja corona y buídos espolones, trincaba de la cresta a una odalisca, pregonando vocinglero y fanfarrón su fácil triunfo. Unos conejos mordían, agrupados en círculo, tronchos de col y de repente saltaban azorados, enseñando al correr las blancas posaderas. Los patos caminaban, como beodos, a zambullirse en la pila del cercano vertedero. De cuando en cuando, se oía el gruñido del cochino, preso más lejos en su infecto cubil, y del establo aledaño, surgían con el remugar de vacas alguno que otro relincho de las bestias.

El convite era opíparo, como de pueblo y en fiesta de las más sonadas.

Habíase servido como primer plato, sopa *cubierta* cocida al horno, sobrenadando por encima del sabroso condumio menudillos y corruscos de pan rubios, mantecosos, que se quebraban al llevarlos a la boca. Después, arroz seco, con rellenos; aquellas aromáticas *pelotas* que tan bien sabía cocinar la *tía* Quica, la esposa del *só* Visent. Luego, pollos, dorados, tostaditos, con el sangriento cuello bajo el ala, cual si sintiesen vergüenza de aparecer en tal postura y sujetos con hilos por los muñones, como si después de asados aún pudiesen escaparse hacia el corral.

Los convidados estaban ya ahitos, rebosantes. Ni los tragos de buen vino, ni la dulzona mistela servían de aperitivos.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Las mujeres, tanto la esposa como las hijas del *só* Visent y algunas criadas que las auxiliaban, permanecían de pie renovando el servicio, acercando los manjares, insistiendo cerca de los congregados para que repitiesen de algún plato, siempre en constante ajetreo; que por agua una vez, que por vino muchas; ora arrimando el pan, sirviendo las vinagreras... No paraban.

Entraron con hondas fuentes de humeante lomo en cariñosa mezcla con finas longanizas, gordinflonas butifarras y crasos *blanquets*.

—Animarse, señores... Usted, Don Juan, un poquito de lomo... Señor Vicario, dos longanizitas... Para usted tres, Don Paco; usted necesita comer mucho para tocar muy fuerte el órgano... ¿Y los músicos? A ver los platos... A comer de todo... Esta tarde tienen que soplar de firme en la procesión...

Y así de continuo, solícitas, ocurrentes, demasiado amables; obligando con tantas insistencias a repetir del lomo y a doblar de lo más allá, aun a riesgo de pescar un cólico de los de gran gala como recuerdo de aquella comida gargantuesca.

Las criadas preparaban las frutas y los dulces.

En una mesa cercana mostraban las sandías el rojo encendido de su pulpa moteado por las negras pipas; melones amarillos, bronceados, de los del *hábit*, ofrecían su carne pálida mate como el marfil; en un cestillo, revueltos, racimos de moscatel de tonos ambarados, grumos de azulada *tintorera, planta* con reflejos de oro y uvas del parral, rojizas, avinadas; colmados platos de melocotones crujientes como seda, albaricoques

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

sonrosados y con finísima pelusa como mejillas de mujer y delicados y enfermizos *présecs*.

En otra mesa auxiliar los dulces; bloques de rollitos pegados unos a otros como cascotes de pared, merengues rezumando olorosa canela por sus junturas, *malenetes* de abultado abdomen, tortas finas, calabazate y bizcochos.

Sirviéronse los postres.

Don Juan, el predicador, agradecía el obsequio al *só* Visent con melífluas palabras y rebuscadas frases. Era muy cuco: ya buscaba el sermón del año próximo.

La *tía* Quica estaba en sus glorias, de puro satisfecha.

—¡Quiá, no señor! Eran ellos los honrados, los que habían de agradecer... Falta hacía su palabra de ángel para corregir a algunos de los más brutos del pueblo, que si no gastaban rabo y descomunales orejas como los animalitos, era por sobrada indulgencia del Señor... ¡Duro, duro con ellos! Aún fué poco lo que les soltó desde el púlpito... ¡Los muy cafres! ¿Pues no afirmaban que los Patronos, los bienaventurados Abdón y Senén, los benditos abogados contra la piedra, habían acaparado todo el granizo allá en el cielo, para soltarlo sobre el lugar, cuando bien les pluguiese, dejando libres de tal plaga a los otros poblados del contorno? ¿Y todo por qué...? Rencores... Porque el año anterior, días después del festejo, horrible granizada arrasara aquel término sin quedar rastros de las cosechas... ¡Más, mucho más merecían...! Y algunos de los que la escuchaban, eran los más culpables, los instiga-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

dores, que hasta—Dios les perdone—hablaron de suprimir la fiesta en venganza... ¡Bien los arreglara ella, la *tía* Quica, aún sin los Santos, de llevar pantalones!

Y la iracunda mujer, furiosa, descompuesta, dirigía fulminantes miradas en busca del *Pelat* y otros dos, sus amigotes, portaestandartes del resquemor contra los Santos. Pero no pudo hallarlos. Al comenzar la perorata se escabulleron, levantándose de la mesa...

—¿Dónde estarán?—pensó la *tía* Quica...—Quizás tramando alguna gracia... de las suyas.

No llegaron a cuajarse sus recelos. En la puerta del patio apareció un novillo grandote, dilatados los ojazos interrogantes y azotándose la grupa con la cola. Distanciados unas varas del cornudo, el *Pelat* y sus amigos gozaban los efectos del bromazo.

Ante la aparición, saltaron los comensales de la mesa. Unos, encaramáronse sobre las sillas sin fuerza para más; otros, muertos de miedo, metiéronse en los cuartos inmediatos; ocultos, a cuatro pies, bajo banquillos y tablones, quedaron *Paquelo* y los músicos; Don Juan no acertó ni a moverse, con el color quebrado siguió en su puesto, balbuciente, como si conjurase a algún monstruo apocalíptico.

Chillaron las mujeres; el *só* Visent, sus hijos y los del pueblo, reían hasta llorar.

—¡No asustarse, es manso!—exclamó el *só* Visent cuando logró acallar su risa.

Lleváronse a la inofensiva fiera, que marchó

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

indolente, melancólica, sacudiéndose las moscas con el rabo.

III

El carro de la *murta* subía por la cuesta del barranco, de vuelta ya de la *enramada*.

Lo tripulaban los hijos del *só* Visent, el *Pelat* y dos o tres amigos y era un carro corriente cubierto de hojarasca y tirado por engualdrapadas mulas. Además de la *enramá*, hojas de laurel, mirto y adelfa, de que llenaron las calles, los del carro echaban a las chicas *confetti*, serpentinas y dulce seco, que rebotando en las paredes rompió más de un cristal.

Habían recorrido las mismas calles por las que luego tenía que pasar la procesión: calle Mayor, calle y plaza de la Iglesia, bajando después por el barranco y subiendo al otro lado de la villa. De allí venían.

Con sus gritos y algazara asustaron una bandada de vencejos, que volaron despavoridos, reflejándose en las charcas turbias y verdosas.

Paseaban las chicas la carrera. Sus faldas, almidonadas, yertas, crujían al más leve movimiento; cortas toquillas de rabiosos tonos cruzábales el pecho, aplastado, oprimido por los rígidos corsés que se empeñaban en gastar como suprema moda importada de la vecina ciudad; las botas de charol, recién puestas, gemían con molesto sonsonete al pisar la grava de las calles y el lamido peinado, sujeto con bandolina o rizado

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

a la fuerza con las tenacillas, pegábaseles a la frente en grandes puntas. Algunas iban con los novios, que a sus lados parecían pingüinos, sin dejar de morder el clavel o el brotecito de albahaca prendido en la comisura de los labios. Otras marchaban de dos en dos y otras en ternas, enlazadas de los brazos, riendo por cualquier cosa, alborotando sin ton ni son con ratonil chillido.

Al pasar los de la *murta* les dijeron:

—¡Eh, Tòni, Visantet, ya estáis cansados...! ¡*Ché* qué hombres!—y gritaban, cual si las matasen, al recibir la lluvia de ramas y *confetti*.

Retiráronse los del carro. Ya era hora para la procesión, y el *Pelat*, con tres más, tenían que llevar las andas. El cura, si tardaban, estaría intranquilo...

Repicaron solemnes las campanas; rompieron a tocar la dulzaina y el *tabalet*, y a la puerta del templo asomaron el sacristán y los acólitos con la cruz y los ciriales.

Salía la procesión.

Sin novedad alguna recorrió su itinerario, anocheciendo a mitad de la carrera. Al descender la cuesta del barranco, cerró la noche.

Desde arriba, mirada desde la plaza de la Iglesia, la procesión producía un efecto sorprendente, hermoso. Las primeras luces trepaban por lo alto de la cuesta cuando las andas discurrían por el cauce del río. La doble fila de cirios dejaban persistente estela, como hilos paralelos de movediza luz tendidos de extremo a extremo. Oíanse, hasta agradables allí en medio del ba-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

rranco, las voces de *Paquelo* y compañía, alternadas con las estrofas litúrgicas que rezaban los sacerdotes. Poco después, la música, estallando en brioso pasodoble, confundía los cantos y los rezos.

De pronto calló la música; corrieron todas las luces agrupándose hacia el centro del barranco; chillaron las mujeres; vocearon los hombres...

¿Qué ocurría?

¡Oh, desgracia! Las andas de los Patronos, por un falso movimiento, por un descuido de los que las conducían, desplomándose de golpe, quedaron sepultadas en las aguas...

¡Qué confusión!

Lloraban de pena las beatas; ordenaron el salvamento los sacerdotes. El pueblo en masa acudió impaciente.

Las sacaron de allí llenas de lodo, quebrados los fanales y los santos chorreando, pero... ¡intactos, bruñidos, relucientes...!

—¡Milagro!... ¡Milagro!—clamaron como locas las vecinas.—¡Vivan los santos!—dijeron los capellanes. Brincaron de alegría los chiquillos. Quedaron meditabundos los varones.

Se reorganizó la comitiva. Tornó a sonar la música. Siguió la fiesta...

Por la noche, en las casas, en las calles, en los fuegos de artificio donde se reunió el pueblo, no se habló de otra cosa.

¡¡¡Oh, el milagro!!!

. . . . . .

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Cuentan, que desde entonces, no ha vuelto a granizar en aquel pueblo.

A veces, cuando se recuerda el lance, el *Pelat* sonríe mefistofélico y murmura:

—¡Es que los Santos no quieren otro baño!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EN LA PLAYA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EN LA PLAYA

I

En la esquina, antes de entrar en la curva de la calle de la Reina, llamaron al cobrador.

—¡Sí! Se apeaban... No querían seguir en la movible jaula prensados, asfixiándose de calor...

Del tranvía descendieron dos parejas y un pequeño.

Ellas, las mujeres, con las cestas de la merienda pasadas por el brazo y con la mano libre recogiéndose los bajos del vestido para librarlos del polvo aquel, negruzco, pegajoso, que todo lo emporcaba.

Los hombres, enfundados en sus largas blusas, arrastrando uno de ellos al pequeñín que se detenía a cada paso cautivada su atención por cualquier cosa, mareando con incesantes preguntas a su padre, con esa verbosidad de los chiqui-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

llos que interrogan siempre, que inquieren cuanto ven, empeñados en averiguar el cómo y el por qué de aquello que despierta su infantil afán de curioseo.

Marcharon pegados a la riba sorteando escollos, evitando obstáculos que por doquiera surgían al tropezar con rimeros de duelas para bocoyes, sacos de sal, cajas de azulejos y otras mercancías acumuladas allí, extraídas de los faluchos o en espera de pasar a las calas de los mismos para ser estivadas en confusa mezcla en lo profundo de sus cóncavas entrañas.

Aquella parte del muelle aparecía siempre atestada de goletas, bergantines, polacras, patachas y otras embarcaciones de escaso tonelaje, reunidas como inmenso rebaño de monstruosos anfibios en aquel calmoso rincón del manso puerto.

La maraña de mástiles, palos, vergas y juanetes de las embarcaciones allí ancladas, al reflujo del mar inclinábase a un lado y a otro pareciendo mezclarse y confundirse, como cabellera de gigante tritón, hirsuta, tosca, inculta. Los cascos seguían el mismo balanceo, meciéndose a compás, ya alzando cara al mar las puntiagudas proas enhiestas como afilados espolones, ora cabeceando hacia la riba sus popas achatadas como testas de marinas bestias que pretendiesen acariciar con sus viscosos belfos los inmóviles sillares de granito. Las cuerdas de las jarcias, las arrolladas velas, las amarras que sujetaban las naves, las escalas batiendo sus costados, los puentecillos de tablas pendientes de las bordas y

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

los herrumbrosos rosarios de las anclas, copiaban idéntico vaivén.

Las parejas que bajaron del tranvía se detuvieron admirando la descarga de un bergantín noruego.

Un enjambre de operarios porteaba la carga del velero, apilándola sobre el muelle. Jácenas de mobila, palos de Flandes, troncos de roble, pinos de Suecia, cubrían ancho espacio, ordenados por dimensiones, clasificados según sus escuadrías. ¡Un bosque entero surgido del vientre del coloso!

Satisfecha su curiosidad, reanudaron el paseo.

El señor Domingo con Asunción, marchaban en vanguardia; Remedios, la mujer de aquél, con Pepet, el marido de la otra, seguían distanciados unos pasos y el chiquillo corría asido a las faldas de su madre, de Remedios.

Caminaba el primero distraído, bien fijándose en los pescadores que en la orilla sumíanse en muda contemplación del movedizo corcho que flotaba a sus pies, pendiente de los sedales de las cañas, ya revisando las embarcaciones y leyendo los nombres de las que al pasar quedaban a su derecha.

—...¿Aquél falucho? ¡Sí! El «San Vicente». Ya lleva muchos días amarrado... La barca gris, la «Santa Rita»... Y aquel más grande, el «Lareño»... El que está a su lado, es nuevo. «Strovere-Fiume»... Debió llegar hoy...

Salvo de las ancladas en el día, de las demás recordaba los nombres y colores. Era su diversión y su prurito.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

¡No se le despintaban, no! ¡Tenía buena vista! ¿Pues, y memoria?

Pavoneábase, ufano de poseer aquellas cualidades.

Asunción atendía al compañero, mas se observaba en ella cierta sombra melancólica, algo de preocupación que la obligaba a veces, aun sin querer, a revolverse impaciente en busca de los que venían detrás. En sus mansos ojos, asomaban chispazos, llamaradas de recelo; después, tornaban a su habitual expresión, dulces, tranquilos, cual si su angustia quedase adormilada.

Una amiga, en oficioso soplo, le dijo que Remedios y Pepet...

—¡No era posible, no! ¡Calumnia, sí, calumnia!

Y ella misma procuró convencerse, rebuscando pruebas, aduciendo detalles y palabras en minucioso examen que no logró desvanecer sus dudas. Y unas veces espió miradas delatoras y otras desechó como infundados sus temores, en breve tregua de exigua duración, renaciendo al instante como rabioso torcedor que afincaba sus celos e inquietudes.

Remedios y Pepet caminaban a sus alcances, dicharacheros y bromistas. Pepet, llevando sobre sus hombros al pequeñín, que temeroso y satisfecho a la par, se afianzaba oprimiendo con los bracitos el cuello de su amigo.

* * *

Sumaban siete baños con el de aquel día.

Por las tardes, a las cuatro en punto, en

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

cuanto llegaba Asunción, alto el trabajo. La señora Remedios salía del interior ya compuesta, muy peinada, con el cesto de la merienda colgando al brazo y el chiquillo lavoteado y limpio. Desprendíanse los hombres del mandil, dando de lado leznas y cuchillas; descolgaban las blusas y... a la Glorieta a tomar el tranvía, que por pocos céntimos les dejaba en el Cabañal, junto a la misma playa.

Muchas veces, como aquella tarde, se apeaban en el muelle, dando un rodeo antes del baño.

Conocíanse tiempo atrás.

Pepet entró de oficial, dos años antes, en la zapatería del señor Domingo. Intimaron pronto. Era trabajador, inteligente y simpático.

Llevábase bien con la maestra, la *señá* Remedios: aguantaba las perrerías del pequeño que, más malo que un dolor, más vivo que el azogue, discurría las mayores travesuras, y lo mismo echaba agua en el tarro del engrudo, que escondía el cerote o desparramaba las tachuelas. El padre, el señor Domingo, babeaba de satisfacción; gruñía la maestra, y Pepet, aplaudiendo las gracias del travieso diablillo, brindábale con monteras de papel, cromos del chocolate y monigotes que en sus ratos de ocio recortaba.

Casado años ya con Asunción y sin familia, Pepet simpatizó con el revoltoso nene.

La amistad entre ambos matrimonios acreció con el continuo roce. Los domingos y fiestas reuníanse en un cine, y en invierno, cuando llovía o eran crudas las tardes, sin trabajo, se agrupaban los cuatro al amor de la lumbre del brasero,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

echando firmas o entretenidos con la baraja largas horas.

Aquel verano, en pleno Agosto, con lo pesado del calor, se habló de baños.

—Podemos ir... ¿Por qué no?—afirmó ilusionado el zapatero...—Todo es cuestión de adelantar el trabajo unas horas... Yo pagaré el tranvía...

Y al día siguiente se comenzó el novenario, porque, eso sí, habían de ser nueve los baños que tomasen.

—¡Ni uno más!... ¡Rebasando tal número, no prueban!—aducía en obstinado axioma el artífice de obra prima...

* * *

Los bañistas llegaron a Miramar.

Dos tartanas cruzaron al galope, abarrotadas de gente y con maletas atadas a la estribera.

—Pasajeros que marchan a Barcelona—advirtió el señor Domingo a Asunción.—El vapor sale a las seis. Allí, junto al dique, está el «Ausias March» largando cabos... Llegarán a tiempo...

Sonó estridente, desgarrando el aire, el silbo de una sirena. Era un barco frutero que zarpaba. Erguido, con soberana calma, avanzó lentamente hasta ganar la boca de la dársena. Nubes de humo blancuzco, vomitadas de sus chatas chimeneas, flotaron como cendales que se agitasen despidiéndole. Junto a la quilla, el rodar vertiginoso de la hélice hacía saltar el agua a borbotones, y a su paso surgía ancho reguero de rizada

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

espuma como ideal alfombra. Sobre cubierta distinguíanse al capitán y marinos atendiendo a la maniobra, y en lo más alto del palo de mesana, un grumete enlistecía las luces de señales para la vecina noche.

El señor Domingo abarquilló una mano, alzándola a la altura de sus ojos y leyó:

«Leonora».

—¡Buen viaje!—comentó en amistosa despedida.

Torcieron a la izquierda.

Unas barcas del *bóu*, arrumbadas en la arena, mostraban sus descarnados costillares como esqueletos de antidiluvianos peces. Se hallaban de reparación en el improvisado arsenal. Estopa, alquitrán, algunas tablas, muchos clavos y la pericia del calafate y otra vez al mar, recompuestas, carenadas, más jóvenes con las repetidas manos de pintura, a desafiar las olas en busca de la codiciada pesca.

Desembocaron en la playa.

Las *barraquetas* formaban larga fila, luciendo cada cual sus especiales distintivos: aquella un tren, otra un sol, la de más allá una muñeca. Rodeándolas por todos lados, asomaban los merenderos y fonduchos, como parásitos o excrecencias de las mismas. Desde lejos vislumbrábanse las pequeñas mesas vestidas con manteles de dudosa blancura, semejantes a bandada de gaviotas posadas en la orilla. Casi lamiéndolas, el mar, agitando sus verduscas olas en continuo desperezo, encrespadas algunas, mansas las más, muriendo a sus pies en dulce beso.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Remedios y Asunción dejaron a sus maridos en el linde que separa las *barraquetas* de hombres y mujeres: el pequeñín marchó con ellas.

II

De regreso del baño, entre dos luces, se encontraron en la playa.

Tornaban las mujeres, tersa la piel por la inmersión reciente y el pelo húmedo y alisado por el agua salobre del mar.

La *señá* Remedios, guapetona, cimbreando al andar las poderosas curvas, erguido el pecho, lucientes los morunos ojos: apetecible en plena madurez.

Asunción más grácil, rubia, con las mejillas moteadas de ligeras pecas, de cuello torneado y enroscadas sortijillas a raíz de la nuca.

El chiquillo, reclamando impaciente su ración, en cuanto distinguió a su padre, tiró de él, conduciéndole en dirección de la escollera donde comían siempre.

Encamináronse hacia allí.

Se hallaba algo distante: muy cerca del Titán, en la prolongación del muelle.

Descubrieron este asilo el primer día y ya no lo dejaron.

Hasta tenían su mesa: un bloque grande, enorme, sin salientes, casi pulido. Sobre su superficie volcaban el contenido de los cestos, sentábanse alrededor y a comer sosegados y

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tranquilos, libres de pedigüeños e importunos que en la playa pululaban.

Las últimas luces de la tarde lo ensombrecían todo con su vaga penumbra, recortando las aristas de las piedras, destacando los rígidos perfiles de grúas y cabrias y hasta fingiendo engarfiadas prolongaciones de la férrea mole del Titán.

El pequeño se adelantó trincando por los bloques, como una cabra, sin atender a los gritos de su madre. Llegó el primero.

* * *

Cuando acabaron de cenar, el señor Domingo escarbó en los bolsillos de su blusa y extrajo unos envoltorios liados con papeles.

Los mostró en alto.

—Una sorpresa. ¿A que no adivinaban?

Hubo de explicarse.

—¡Dos botellas de cognac!... Cognac de *Fransa*, que un cliente tramposo pagó en vez de los cuartos que importaban sus botas... Las recogió en el estanco al venir. El francés las dejó al estanquero, no atreviéndose a entregarlas personalmente... Como era víspera de fiesta, podían permanecer allí hasta tarde... Con el cognac matarían el tiempo...

Rieron todos.

—¡Bueno, se beberían las botas del francés!

Llenaron los vasitos.

—¿Qué tal?

—¡Muy bueno!

—¡De primera!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—Otra copita...

Animáronse. Más que todos, Asunción, deseando ahogar con el ardiente licor las punzantes sospechas que otra vez escarabajeaban allá dentro, haciéndola estar a disgusto y con ganas de emprender la vuelta.

La noche era espléndida. Ni una nube. La luna asomaba su redonda faz cual chinesco farol colgado allá en lo alto; su plateado fulgor rielaba en las crestas de las olas, brincando en sus espumas al quebrarse, como lluvia de metal desconocido; cabrilleaba, más lejos, sobre el tranquilo mar que parecía bruñida lámina de acero; *barraquetas* y tenduchos irradiaban, alumbrados por los fosforescentes rayos; y rebullía, danzante, allí en las piedras, prolongando las sombras de los cuerpos.

Cantaba el mar en sempiterno rumor su perpetuo vaivén y estrellábanse las olas en los bloques, salpicándolos con sus babas impotentes.

Las luces de un vapor lejano fulgían indecisas, como nereidas surgiendo del abismo. Y las boyas luminosas, los destellos del faro que brillaban intermitentes con pestañeo de gigante en vela y los faroles de los buques surtos en la dársena, asemejaban poblar las aguas de ninfas, tritones y delfines que, emergentes, retozaran alegres en amorosos juegos.

El señor Domingo se puso en pie.

Los tragos de licor sumíanle en dulce bienestar, invitándole al sueño allí mismo, en las piedras, al compás del susurro de las olas, como suave canción que lo arrullara.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¡No! ¡No quería dormir! Si llegaba a dominarle la modorra, después en casa, se revolvería insomne y desvelado...

Los demás permanecían silenciosos.

El chiquillo dormía.

—¿Qué hacemos?—interrogó Domingo.—Un paseo hasta el Titán vendría de primera...

Ni contestaron.

Dirigióse a Asunción, que apoyadas las manos en la frente, rumiaba sus recelos. El cognac, prestándole lucidez o exagerando las miradas y atisbos sorprendidos, convertía sus dudas en certezas.

—¡Sí! La engañaban... Y era de tiempo atrás... ¡Qué torpe anduvo!... Bien recordaba detalles y minucias que despreció hasta entonces...

—¡Vámonos, Asunción!—le dijo el zapatero, cortando el soliloquio.—Estos gandules que se queden... Cuidarán del chiquillo...

Asunción no pudo contenerse. Aquel infeliz, más ciego que los topos, ayudando inconsciente a los amantes, la sublevó restándole prudencia.

—¡No: muchas gracias!—barbotó furiosa.—¡No sirvo para cencerro! ¡Ya estoy hasta aquí!... Si usted lleva muy a gusto sus adornos, a mí me...

Saltó su marido, pretendiendo acallarla. Fué inútil, quedando ambos de pie, frente al señor Domingo, que ante la brutal denuncia, se irguió, mudo, alelados los ojos por la cruel sorpresa.

Remedios, mareada a causa del cognac, reía sin percatarse del peligro. Al darse cuenta, palideció intensamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Pasó un segundo angustioso. Algo horrible se pintó en el rostro del zapatero, cuando Pepet y Asunción escaparon en precipitada fuga.

Remedios, sin fuerzas para moverse, paralizada por el pavor, miraba acercársele al marido. No supo ni hilvanar una disculpa. En su semblante, lívido de miedo, leíase la traición patente y manifiesta. Quiso huir. Se incorporó de espaldas a los bloques, perdió pie, y rebotando contra las piedras, cayó al mar. Se agitaron las olas al tragarla. Gritó la infeliz en demanda de socorro. Artero remolino sofocó sus voces, arrastrándola en mortal abrazo hacia la sima...

Con los gritos despertó el pequeño, y al no ver a su madre, clamó ansioso:

—*¡Mare!... ¡Mare!...*

Su padre lo apartó de allí.

Cuando unos guardias, advertidos por Pepet y Asunción, llegaron al lugar del suceso, el pequeñín dormía acunado en los brazos de su padre, que sollozaba con desesperada angustia.

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL LISIADO

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL LISIADO

El *tío Manco* era conocidísimo en toda la vega valenciana.

Mendigo de profesión, borrachín por temperamento y costumbre inveterada, comido de miseria, sucio, astroso, recorría villas y lugares de la huerta en peregrinación constante.

Santoral viviente, guardaba en su memoria con retentiva singular, la fecha exacta de la festividad del Patrón de cada pueblo y sabíase al dedillo la indispensable secuela de misas, *albaes, tracas* y procesiones con que se solemnizaba el clásico festejo según la importancia del poblado respectivo. Jamás equivocó sus cómputos, ni su magín de borracho le trabucó día u hora de su alegre calendario.

A lo mejor, se hallaba en Poliñá, en el corazón de la Ribera, tumbado junto a un almiar, durmiendo su cogorza. Despertaba.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—Mañana es San Roque—se decía...—Hay que ir a Paiporta...

Y aquella misma noche, devoraba leguas y leguas con tal de hallarse en su destino a la alborada.

Otra vez, rumiaba sus recuerdos resguardado del sol cabe una aceña.

—San Miguel en Liria y en Catarroja... ¿Dónde será mejor?

Y en rápida decisión, seleccionaba el itinerario a seguir aquella tarde, amaneciendo con el día junto al picacho donde se yergue la ermita del Arcángel tutelar de la ciudad serrana, o en las risueñas calles del poblado que arrulla la Albufera.

Y en Borbotó, Meliana, Foyos, Museros y Vinalesa aparecía el *Manco,* y le veían en Aldaya, Alacuás, Torrente y Alginet, y bebía con los vecinos de Benetúser, Albal, Alfafar y Sedaví. Tan bien se conducía, tan diestramente sorteaba veredas, atajos, senderos y caminos, que en la misma semana presenciaba las fiestas de pueblos muy distantes, asistiendo a la procesión del Cristo de Benisanó, a la típica romería de la Virgen de Chirivella y al tradicional jolgorio dedicado a los Patronos de Albuixech, amén de otros actos de presencia a efemérides de menor cuantía, que intercalaba, sabiamente, entre las de preferencia indubitable. Dijérase que poseía el don de ubicuidad.

Descubierto el muñón asqueroso de su brazo, la cayada en la izquierda, granujienta la faz, pitañosos los estrábicos ojuelos y el zurrón a la

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

espalda, avanzaba en sus caminatas de un punto a otro, respondiendo al metal de las campanas que anunciaban la fiesta.

—Ya voy, ya voy, amigas...

Y si próximo al lugar percutían los disparos de *masclets* y *engraellats,* su rostro se arrebolaba, y enarbolando su garrota, repetía.

—Ya estoy cerca... Esperarse...

Llegado al pueblo, acudía a la casa rectoral, a la del Alcalde y a la de los Clavarios solicitando un socorro y repitiendo su sobada cantinela; aquella historia que todos conocían por habérsela oído mil veces; la de la célebre fiesta en la que perdió su brazo...

Después, recogidos los cuartos o las limosnas que le daban, marchaba a la taberna y bebía, bebía con insaciable afán, sin descanso, hasta quedar como un odre, repleto de vinazo, rezumando como apestoso tonel...

Un amigo, me refirió su historia.

Hela aquí:

Era mozo cuando ocurrió el hecho. Trabajaba en el campo y echábaselas de jaque, de forzudo: nadie como él jugaba a la pelota los domingos; ningún jayán del lugar tiraba a la barra con más fuerza; jamás le vencieron a levantar pesos increíbles.

Su novia, Salvaoreta, le admitió por eso; por bruto, ya que a las malas espantó a cuantos moscones se atrevieron a rondarla, repartiendo a granel bofetadas y mamporros.

Aquel año, las fiestas de Beniform fueron sonadas. El diputado por el distrito, un buen

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

señor que vivía en Madrid y que nunca aportó por el poblado, pero que siempre disponía de su censo, logró que el gobierno librase determinada cantidad al Municipio. Síndicos, Regidores, Alcalde y Secretario, no sabían qué hacer con las pesetas. Uno, propuso comprar grano y repartirlo a los pobres para que hiciesen gratis la sementera; otro, indicó como muy oportuno el adquirir material de enseñanza de que carecía la escuela; el Alcalde proyectó el emplazamiento de una fuente monumental en el centro de la plaza Mayor, y el Secretario, apoyó con denuedo, que dichos fondos fuesen destinados a imprevistos... No hubo acuerdo. En su vista, se citó a junta de notables y a la magna reunión asistieron el párroco, el maestro, el albéitar y el sangrador. Comenzada la sesión a primera hora de la tarde, dieron las ánimas y aún no había recaído acuerdo. El cura, con la venia de todos, habló así:

«Mis queridos vecinos: Cuantas proposiciones escuché hasta ahora, merecen mi aprobación. Hermoso es el proyecto del Alcalde, sensato el parecer del Secretario, caritativa la indicación de Juan el *Chisco* de repartir gratis el grano, y sabia la iniciativa de Pere Antón sobre la escuela, pero observo, que aferrados cada cual a su idea, el tiempo pasa y la decisión no viene... ¿Por qué no emplear esos fondos que tanto se discuten en otra cosa mejor? La *Moreneta*, como con cariño filial la apellidáis vosotros, la Virgen Patrona de este pueblo, hace años que quiere una campana. La torre de su iglesia muestra sus huecos desdentados y vacíos como boca de vieja

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

octogenaria... ¿Por qué no reparar dicha falta ahora que hay medios y ocasión? Una campana que con su lengua de bronce cantase en vuestras bodas, llorase a vuestros muertos, riera con los bautizos y doblara acompañando vuestras plegarias, sería el más digno empleo de esos fondos que la munificencia del gobierno y el celo de nuestro insigne diputado nos ofrecen. Y como complemento, como colofón magnífico de la ofrenda, un triduo religioso, un festejo apropiado, cerraría con broche de oro el memorable acontecimiento...»

Salvo el maestro, que puso algunos reparos, a los demás les encantó la idea.

—¡Bravo por la campana! La que tenían, pequeñuca y rajada, sonaba como una esquila y apenas si se la oía desde los límites del lugar... Vaya por una nueva, grande, hermosota, con voz que se escuchara en diez leguas a la redonda...

Aceptado el proyecto, nombróse una comisión que gestionase el encargo.

—¡Ya veréis, ya veréis!—decían los componentes de la misma a su regreso de la capital, evacuado el compromiso.—¡Como nuestra campana no habrá otra...! Los pueblos de este contorno van a rabiar de envidia. La *Moreneta* (ha de llamarse así) será de proporciones gigantescas, con el badajo como el brazo de un hombre y el vientre sonoro y vocinglero... ¡Ya veréis, ya veréis...!

Durante un mes no se habló de otra cosa en el poblado.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

A primeros de Septiembre llegaba la campana. Un carro empenachado con banderolas y gallardetes la trajo desde la estación del ferrocarril; guiando las yuntas de bueyes que tiraban del carromato, venía Juancho—entonces aún no le apodaban el *Manco*—con grave prosopopeya, hierático, inconmovible, poseído de la importancia de su papel. A las afueras del lugar acudieron autoridades y pueblo a recibirla, y el pesado vehículo, seguido del humano hormiguero, avanzó hasta la plaza Mayor. Desuncidos los bueyes y mientras se preparaba el andamiaje para transportar la campana y proceder a su bendición litúrgica, agolpáronse todos ávidos de admirarla.

—¡Sí que cumplió el fundidor!

—¡Vaya una campana de una vez!—murmuraban.

Festoneando el borde del coloso se enroscaba una greca de relieves delicados; surmontando el adorno, aparecía el dístico latino:

Funera plango, fulmina frango, sabbata pango,
Excito lentos, dissipo ventos, paco cruentos (*).

Y más arriba, la efigie de la Patrona, dorada a fuego; la fecha en que se labró la ofrenda y el nombre campeando en letras góticas «La *Moreneta*».

Junto a la iglesia, debajo del mismo campanario, el sacristán y los acólitos revestían el andamiaje con albas telas; la esbelta torre del

---

(*) Plaño en las exequias, quebranto los rayos, celebro los sábados, excito a los perezosos, disipo las tempestades, apaciguo las disputas.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

templo se hallaba engalanada con ramajes y colgaduras, en honor del deseado huésped que esperaba; y en lo más alto, la esquila de voz débil y cascada, repercutía con insistencia, como llamando a su hermana mayor brindándole grato albergue.

Juancho, en unión de otros mozos del pueblo, procedieron a la magna operación del traslado de la campana desde el carro al andamio. Merced a unas tablas resistentes y sujeta con cuerdas, la gigantesca mole descendió lentamente y al gravitar todo el peso sobre los tablones, cedieron éstos.

—¡Ahí de tu fuerza, Juancho!—gritóle uno.

Se picó el jayán y despreciando el peligro, se agarró al coloso. ¡Nunca lo hiciera! Perdió pie, cedió impotente, y monstruo y hombre rodaron abrazados. Un alarido de Juancho se oyó angustioso, viéndosele pernear convulsionado. La campana al caer, le aprisionaba con sus férreos bordes. Cuando consiguieron librarle de aquel suplicio, su brazo derecho pendió roto, quebrantado, como colgajo informe.

. . . . . .

Así acabó la majeza de Juancho.

El *Manco* le llamaron desde entonces.

Al principio, vivió con los donativos que recaudó a raíz de su desgracia; después, inútil para el trabajo, pordioseó.

Su novia, Salvaoreta, le abandonó por otro al deshacerse su leyenda bravucona.

Y el infeliz lisiado, truncada así su vida, mendigó de fiesta en fiesta, de lugar en lugar, de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

pueblo en pueblo, en odisea fatal que a todas horas le recordaba el acontecimiento desdichado, y para olvidarlo, bebía, bebía siempre con insaciable sed...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

CASTIGO

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

CASTIGO

APRETUJADOS, oprimidos como sardinas en tonel, venían en la tartana.

El desvencijado armatoste crujía con lo excesivo del peso, y a cada bache se inclinaba en peligroso vaivén, hundiéndose sus ruedas hasta el cubo en las profundas carriladas del camino; un esfuerzo del paciente animal salvaba aquel atasco, tornando a poco a tumbarse otra vez en sucesivos hoyos. Gemía, en sorda queja, el desgastado herraje del vehículo y la portezuela, casi desprendida de sus goznes, batía en continuo traqueteo, negándose a permanecer cerrada.

Caía fina llovizna que, como menudos alfileres, calaba arteramente. Los campos y edificios distinguíanse, a través de los empañados vidrios, circundados de flotante neblina, y el pobre tartanero, aterido de frío en la estribera, tiritaba a pesar de la manta, chapoteado con las salpicaduras de lodo que el caballo despedía al trotar.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Los ocupantes de la tartana apenas percibían las molestias del viaje. El *tío Calo* el colono de la alquería, otros seis arrendatarios de la casa y tres mujeres, formaban el cargamento del destartalado coche.

Charloteaban animadamente.

Regresaban de enterrar a la señora: Doña Concha, la propietaria de las tierras que ellos tenían en arriendo. Allá en el cementerio la dejaron bien tapiada en su nicho al lado de don Juan, su esposo, fallecido años antes. Al marchar, adornaron la boca del sepulcro con muchas flores: crisantemos, dalias, siemprevivas. El *tío Calo* las trajo de la alquería con tal objeto. Fueron el postrimer tributo, el último recuerdo al ama, a la que sirvió tantos años.

—¡Pobre señora! ¡Tan buena, tan tratable con todos!—decía uno, añadiendo después.—No era de mucha edad...

—Doña Concha no tendría ni los cincuenta—indicó otro colono.

—¡Si era una chica!—afirmó una mujer.

—Cincuenta y seis por San Blas—les respondió el *tío Calo*.—Si lo sabría él que llevaba treinta años en la casa.

Miráronle los otros con respeto. ¡Ah, el *tío Calo!* Él y María, su mujer, fueron siempre los preferidos. El ojo derecho de la señora y de don Juan también, cuando vivía. Primero les dió don Juan en arriendo una barraca y los campos de alrededor: después tierras mejores. La señora, años atrás, los trasladó a la alquería. ¡Un momio...! No en balde, María dió el pecho al hijo de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

los amos, a Visantico, a don Vicente, como desde entonces, muerta la señora, debían de llamar al joven dueño.

—Dicen que doña Concha deja gran fortuna—saltó curiosa una mujer.—Campos, masías, casas en Valencia, muchos billetes en el Banco... Cosa de millones... ¿Es verdad, *tío Calo?*... Usted debe saberlo...

El viejo no negó; hizo un gesto ambiguo, inexpresivo.

—Y todo para el *chiquet,* para don *Visent*—murmuró uno de los colonos, corrigiéndose y dando al amo ausente el debido tratamiento.

—Como no hay más hijos—aclaró la curiosa.

Estaban en el fielato.

La portezuela, abierta por sí sola, dió paso al vigilante de consumos, que envuelto en destrozado impermeable, chorreaba como viviente paraguas.

—¿Nada de pago?—interrogó por fórmula.

—¡Nada!—replicaron los del coche.

El consumero, al bajar, se chapuzó en un charco. Rieron los que ocupaban el vehículo. Al reanudar la marcha, aún se oían los denuestos del caído.

Hablaron del entierro.

—¡Reina, qué lujo! ¡Qué derroche de cera! Un carruaje atestado de coronas... No era tacaño el *señoret*... Asiladas de las Hermanitas de los pobres; niñas de San Vicente... Todo el clero...

—Pues, ¿y gente? Un sin fin... Los coches formaban larga hilera... ¡Lástima que los muertos no vean esas cosas!... ¡Se irían tan complacidos!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—Y diga, *tío Calo*—demandó la entrometida de siempre.—¿El *señoret* tiene novia?... Ya sé que es soltero...

—¡Sí! Es soltero. No quiso casarse por no disgustar a la mamá. Tuvo una novia: cosa de chicos. La señora no podía tragarla: se le antojaba poco... Acabaron... El amo estará muy cerca de la treintena... Quizás ahora, muerta la madre, piense en el casorio...

Los grises ojuelos del *tío Calo* relucían al hablar del *chiquet*. Él bien podía llamarle así... Aún le recordaba pequeñito, chiquitín, correteando tras el gato en la barraca...

—¡Quién fuera él!—rezongó un colono.—Joven, rico, soltero; tendrá donde elegir.

—No se hizo la miel para... los asnos—repuso la bachillera.

La tartana desembocó en San Agustín. Se apearon.

En la esquina se despedía un duelo. El cadáver, en el coche acristalado, esperaba el final de aquella ceremonia, en la que los que acudieran a acompañarle, se escabullían dispersados por la lluvia que, arreciando, se convirtió en aguacero...

* * *

Entró el *tío Calo* en la alquería, de vuelta del entierro. Su mujer, a la que había recogido allá en Valencia en casa del amo, volvió con él.

Regresaban cansados de aquel día transcurrido en perpetuo movimiento. No estaban para

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

aquellos trotes. Eran viejos y no en balde pasan los años...

Cenaron a desgana, retirándose al cuarto prontamente.

Ya en el lecho, procuraron dormir. Daban vueltas, revolviéndose intranquilos. El sueño no acudía...

—¡Ya es el amo!—pensaba el *tío Calo*.—Muerta la señora, todo es de él. ¿Qué hará ahora? ¿Se casará? ¿Con quién?

Nuevas vueltas, ensayando otras posturas.

La vieja hacía igual.

—¡Ya era rico el *chiquet!* En adelante, podía ella descansar de sus angustias... Creyó morir antes de ver realizados sus ensueños...

En la completa obscuridad del cuarto no se veían uno a otro, pero se sentían insomnes, desinquietos, sin conciliar el descanso apetecido.

—¿Piensas en el chico, no?—preguntaba el viejo a su mujer.

—¿Y tú también, verdad?—respondía aquélla...—¡Ay, *Calo*, qué mal hicimos!... Dios nos castigará...

—¡Es rico!—contestaba el *tío Calo*, como gran consuelo.

Y pretendían dormir. ¡Empeño tonto! Continuaron despiertos, sin hablar, casi hostiles, retirándose cada cual a un extremo de la cama para no tocarse.

Pensaban en el chico, sí; pero también les venía a la memoria lo otro, aquello a que aludió la vieja...

Y recordaron.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Eran jóvenes, felices, recién casados. Vivían en la barraca que les cedió don Juan cuando la boda. Pobres, muy pobres, casi en la miseria, arañando a los campos el escaso mendrugo que comían...

Marieta parió un niño por entonces. Cierto día regresó su marido de Valencia, pensativo, caviloso...

—Estuvo en casa de don Juan a entregarle la paga del arriendo y supo allí la noticia. Doña Concha había dado a luz un chico. Llevábase dos semanas con el suyo. Buscaban ama...

Marieta escuchó atenta; preguntó.

—¡Sí! Se les ofreció en su nombre... Quedó don Juan en avisar... Tal vez... Si los llamasen...

Se hizo la remolona la mujer.

—Como criarle, sí; podría. ¡Pero sería tan pesado amamantar a los dos!... Porque al suyo, a Pepet, no lo soltaba... Era para meditarlo mucho...

Siguió *Calo*.

—Seis duros al mes darán al ama... Y gajes, estrenas, regalitos...

Se aproximó Marieta, arrimando su silla hacia el marido.

—¿Seis duros? Si los amos querían, aceptaba. ¡Cuánto harían, Señor, con tanta plata!

Calo la abrazó, satisfecho.

Unos días después, les llamó el amo.

—De aquello que habló con *Calo*, si ellos querían, por él conforme... Los médicos recetaban nodriza de la huerta. Que el chico se criase al

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

sol, a la intemperie... De la paga, lo dicho... ¿Qué decían?

Aceptaron volviendo, ya con el niño, a la barraca.

En el trayecto pensaron que el sol lucía más; que sus campos acrecieron, ensanchándose. Al entrar, hallaron más holgada la puerta de la casa, observando que las matas de geranios tenían nuevas flores y hasta antojóseles que por ver al chiquillo de los amos los tallos de las plantas, las hojas de los árboles y las briznas y hierbajos del sendero, se inclinaban atentos, en salutación devota.

La vecina de la alquería acudió al verles llegar, llevando al otro niño, a Pepet, que tuvo a su cuidado durante la breve ausencia de Marieta. Ésta cogió a los dos, sentándose con ellos.

—¿Qué quería Pepet? ¿Mama? En seguida, pero le traía un hermano. En adelante a partir su ración con Visantico... Y luego, cuando crecieran, a repartirse también los lagartos y nidos y aquellas zarzamoras tan sabrosas que allí mismo, en la orilla de la acequia, nacían a montones.

Calo dobló el pienso al rocín y aumentó la porción de grano a las gallinas, cual si quisiese que aquellos compañeros de penuria gozasen de la suerte que entraba en la barraca con el crío. No pegó al can, como era su costumbre, acariciando al gato que, aturdido, presentó complaciente el arqueado lomo.

Transcurrieron unas semanas de completa dicha.

Una noche, el hijo de los amos lloró, gimiendo

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

que apenas se le oía. Saltaron despavoridos de la cama. El chiquitín estaba amoratado, sacudiéndose en violentas convulsiones. Expiró a los pocos instantes. Se les ocurrió llamar al médico: reflexionaron. ¿Para qué? Tal vez el niño llevase de días antes la enfermedad y al reconocerlo el doctor, se la cargaban al conocer los señores su desidia.

Lloraba la mujer desconsolada y el marido recorría la estancia desinquieto.

—¡Adiós paga! ¡Adiós gajes! ¡Y adiós también porvenir! ¡Muerto el niño, con él volaba todo!

Fuerte llanto les distrajo de su pena. Era el otro, el de ellos, Pepet, que reclamaba su ración llevándose los puños a los ojos, pataleando envuelto en sus pañales, asomando las gordas pernezuelas por entre las revueltas ropas.

Lo tomó su madre, dándole el pecho, que calmó sus ansias.

El padre, se aproximó, contemplando al mamón que sorbía la leche avaricioso, extendiendo su manita sobre el globo del pecho.

Marieta lo examinó también.

De pronto las miradas de los esposos se encontraron. No fué preciso hablar. En el sombrío brillar de las pupilas, sorprendiéronse, a la vez, igual idea, nacida al mismo tiempo en sus cerebros.

Miraron al muertecito, que en la cama, parecía fijar sus ya vidriados ojos en las vigas del techo como entreviendo el más allá donde voló su almita. Los ojos de los labriegos retornaron al vivo... Muerto y vivo parecían hermanos. Tan

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

solo en la diferencia de las ropas cabía algún distingo. El muerto gastaba ropas finas que su madre remitía de Valencia; Pepet, se apañaba con los deshechos... Tal vez, cambiándolas, resultase mayor el parecido... Quitaron al cadáver sus mantillas; trocáronle la gorrita de entredoses por otra de Pepet... Acostaron al vivo con el muerto... Compararon... ¡Iguales! De no saberlo, nadie los diferenciara.

Así les amaneció.

Dudas, vacilaciones, miedo, todo se lo llevó la noche y al apuntar el día, los esposos se hallaban por completo decididos.

Se exponían a mucho, de maliciar el engaño los señores; mas si el cambiazo colaba, su hijo, su Pepet, sería rico, fuerte, poderoso...

Un rayo de sol, filtrándose por la ventana, acarició a Pepet, dormido en los brazos de Marieta. Una moscarda azul entró en la habitación, yendo recta a posarse en la sumida boca del cadáver...

Marchó *Calo* a Valencia, volviendo en compañía de los señores, bien preparados para el infame embuste.

Con mil extremos, besaron a Pepet creyéndole su hijo. Después, se acercaron al muertecito que yacía en su cajita, blanco como el papel y con manchas de descomposición en el semblante, desfigurado ya.

—¡Qué horror! Igual pudo ocurrir a Visantico —repetía doña Concha a su esposo, a la par que estrechaba estremecida al hijo de los otros, como defendiéndole de la macabra visión, mientras que

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

el suyo, con las manos cruzadas sobre el pecho, parecía despedirse en adiós desconsolado al verse desconocido por sus padres...

* * *

Sentado en la antesala del despacho, el *tío Calo* se preguntaba el por qué de aquel aviso, sin acertar a explicarse tal premura.

La noche anterior, en la alquería, se recibió una carta. Era de don Vicente citándole sin falta alguna y hasta fijando hora. Un retraso imprevisto le hizo llegar tarde a la cita convenida y el amo estaba ya en su despacho, en larga conversación con unos hombres.

—¡Malo! ¡Malo!—refunfuñaba el viejo.

Y en penoso desfile, removía cuanto ocurrió desde que falleciera doña Concha.

Don Vicente, pues así se hacía llamar—aun de *Calo*—llevaba mal camino. ¡No parecía sino que la sangre de todos sus abuelos, huertanos miserables, atormentados por las privaciones, esclavos del terruño y jamás ahitos, despertase en él ávida de goces, sedienta de placeres, ansiosa de alegrías, como queriendo disfrutar por todos aquellos infelices parias! Juego, mujeres, juergas, formaron su habitual ocupación desde que murió doña Concha... Y a lo grande, a lo señor; gastando con exagerada largueza, con generosidad sin límites, que llegaba más bien a tontería. En un año se había derretido entre sus manos gran parte del caudal, y de seguir así...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

El *tío Calo* no sabía gran cosa. El *señoret* se clareaba poco, pero en el pueblo, en la ciudad y algunos amigos a quienes sonsacó, le enteraron tal vez exagerando detalles.

—De todos modos—se repetía el viejo—cuando el río suena, señal que trae agua, si no es avenida y de las gordas...

Al abrirse la mampara del despacho, para franquear la salida a los de dentro, se levantó el *tío Calo,* examinando a los visitantes.

Tenían cara de usureros, de ladrones. ¡Maldita casta!

Pasó al despacho.

El *señoret,* pálido y ojeroso, se hallaba junto a la mesa en abstraída actitud.

—¡Hola, *tío Calo!*—dijo al verle.—Siento lo que he de advertirle, pero los malos tragos hay que pasarlos pronto... He vendido la alquería... Esos señores que acaban de salir, se la han quedado... Hace unos días perdí al juego una cantidad muy gruesa... Hoy la he de pagar... No me hable, no... Es inútil... La escritura de venta está firmada... Llamé a usted para presentarle a los compradores y traspasar el arriendo. Se retrasó: es igual... No quieren colonos. Piensan llevar la finca por su cuenta... Yo estoy perdido, arruinado. Dentro de poco, no tendré más remedio que marcharme de aquí... A usted se lo puedo decir todo... Con usted me crié...

Siguió hablando.

Calo, ni le escuchaba ya. Fija la vista en las losetas del piso, retorcía con rabia las alas del sombrero, con nervioso ademán.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¡En la calle!—pensaba.—¡Viejo, inútil para el trabajo, sin hogar, él y Marieta a un asilo o a pedir limosna!... ¡Y era su hijo quien así les condenaba!... Tentado estuvo de decirle la maldita verdad. ¿Para qué? Faltaban pruebas: no había de creerle... Además, aquello era el castigo de que hablara su esposa en predicción constante... ¡Terrible, muy certero, pero merecido, justo!

Y *Calo,* a través de las nieblas del pasado, evocó los ojos del muertecito, fijos en él, perennes, con expresión de ultraterrena burla, vislumbrando el sumido hueco de la desdentada boca que, con siniestra mueca, se distendía en espantoso rictus...

Salió del despacho, sin ver ni oir. Agarrado al pasamanos, descendió la escalera. Ya en la calle, se figuró que todos le miraban con mofa despiadada, y apretando a correr, se guareció en un tranvía.

Quedó allí ensimismado, retornando a su idea.

—¡Oh, el castigo, el castigo...!

Y el viejo infeliz, tembló cual si le acometiese repentina cuartana...

Los que iban en el tranvía, tuvieron compasión, y creyéndole enfermo, le arroparon. Pero el frío persistió, interno, oculto en lo más hondo, en el alma...

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

COPLAS Y SANGRE

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

COPLAS Y SANGRE

DESDE la puerta se oía el dulce rasguear de la guitarra. Pepe el *Charo*, que acababa de entrar en el colmado, avanzó, interrogando con la mirada al señor Juan que, de pie junto al mostrador, atendía incansable a la parroquia.

—Buena gente, chaval. Creo que los conoces—respondió el viejo; y señalando la habitación donde se hallaban los juerguistas, añadió:

—Ahí tienes a don Manuel, el rico criador de reses bravas. A su protegido *Lelé*, el novillero de postín... *Najas*, el cantador... Varios amigos más... Mujeres pocas, pero todas *súper*: Susana la *Ochavito*, Luisa la *Chelos*, Lola la *Dalia* y dos novatas que quitan el sentido... ¿Por qué no entras? Les completas el tercio. El que toca es flojo. En cambio, tú... Como tus manos no hay otras: están de *non*... Preguntaron por tí. ¿Quieres que avise?

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—Se estima, señor Juan. Tengo sueño esta noche—repuso el mozo, que al solo nombre de la *Dalia*, le pesó haber entrado.

—Con Dios, amigo—murmuró despidiéndose.

—Espera, hombre. Ahí sale don Manuel con el *Najas*. Te han visto. Sería feo dejar de saludarles.

—Tanto bueno, José. ¿Dónde estabas metido?—preguntó el ganadero.—Dos recados te mandé desde las once. Vamos, pasa. Sin tí no me sabe la fiesta... Está Lola: ya sé que andáis de *morros*... Bah, yo me encargo de que firméis las paces en seguida... *Najas*, avisa que traigan más jerez y una caja de brevas... Aguilas, sí... Tú, *Charo*, vamos adentro.

—Perdone, don Manuel: no estoy bien esta noche...

—¿Es que hay miedo a la *Dalia?*—insinuó mordaz el cantador.

La pulla dió en el blanco: dolido el *Charo*, no replicó, palideciendo con el esfuerzo que por dominarse hacía, y acompañando a don Manuel, entró en el cuarto.

* * *

Recibiéronle *bajo palio*.

—¡Olé los hombres con gracia para lo bueno!

—Tú, Colás, trae la guitarra: donde esté Pepe el *Charo*, boca abajo todo el mundo.

—Ea, *ahuecar*, que necesita el puesto...

Don Manuel le presentó al *Lelé*.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—Tanto gusto. Le ví hoy en la plaza: mi enhorabuena por su faena.

—La enhorabuena es de *tóos* por tenerle a *usté* aquí. Desconfiábamos que acudiera.

La *Dalia* estaba en un rincón, desdeñosa, agresiva. Al llamarla don Manuel, cuando entraron, siguió en la misma postura, negándose a acudir.

—Déjela, don Manuel: esa es muy fiera...

Tomó el *Charo* la guitarra. Probó las cuerdas, bajando un poco la cejuela. Sus dedos, ágiles, prepulsaron leve acorde. Estaba a tono...

Pepe el *Charo* dominaba el instrumento. En sus manos la guitarra hablaba, como suele decirse. Al pulsarla, surgían de la misma modulaciones cadenciosas imitando ora quejas, ya cascabelera risa, acentos de pasión y arrullos placenteros. Las malagueñas, *soleás,* marianas, tientos, polos y rumbas de Joselillo el *Charo,* eran las más castizas, las más flamencas, compendio y suma del arte *jondo.* No en Madrid, en España entera, no había quien le igualase; sobre todo al mezclar entre las diferentes melodías de cada cante falsetas de su invención, soñados acordes, golpes delicados que los demás tocadores de *cañí* escuchaban con ansia, procurando retenerlos e imitarlos después con sus guitarras.

Joselillo adoró en ella. Queríala con fervor, como si fuese hembra; y lo era para él. Por lo airoso del mástil que cual gentil cuello de mujer se alzaba erguido, plegándose ductil a sus caprichos, obediente a sus fantasías e inspiracio-

BIBLIOTECA VALENCIANA - VALENCIA -
© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

nes; por sus curvas femeniles que ondulantes amoldábanse a su abrazo; por sus voces, en fin, que unas veces parleras, tristonas otras, y dulces siempre, nacían a su mandato, lloraban a su conjuro y concluían por apagarse tenues, mimosas, balbucientes, como en total entrega...

—¡Venga de ahí!—gritaron los amigos.

—¡Ay mi alma!—susurró la *Chelos*.

De la guitarra brotaron cálidas notas. La entrada débil, melancólica, con borboteo de fuente, cedió el paso a las rasgadas notas precedentes a la copla. Se hizo el silencio. Surgió aquélla, al cabo, desde un rincón; desmayada al principio como un suspiro, vibrante después como un lamento. Era la *Dalia* quien cantaba:

Puse mi cariño, madre,
en quien no lo mereció...
Así estoy yo de afligida...
¡Malhaya el que me olvidó!

—¡Ele! ¡Venga otra!

—¡Olé las cantadoras!

Joselillo alzó la vista en busca de la *Dalia:* ella le miraba también en aquel momento. No había odio en sus ojos, y sin embargo, al encontrarse, se desafiaron.

Preludió otra vez.

Cantó el *Najas*. Su voz pastosa, llena, redondeó la copla.

De nuevo Lola atacó otro cante, arqueando el cuello, velados sus ojazos de sultana, con voz que tenía mucho de gemido y no poco de rencor:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Capullo fuí en un principio;
Más tarde llegué a clavel;
Dalia, no más que un momento;
¡Pasionaria soy por él...!

Los dedos de Joselillo temblaron inseguros en los trastes de la guitarra.

La copla era la última que le oyó el día que acabaron.

—¿Le quería jaleo? Pues, no. No había de salirse con la suya... A dominarse... Sordo, mudo; como un poste...

Las últimas notas sonaron desleídas, poetizadas, perdiéndose en el ambiente.

El señor Juan, seguido de dos mozos del colmado, entraban con anchoas, aceitunas, langostinos, pastas, cognac...

Interrumpióse la juerga unos instantes.

* * *

De muy atrás venía al *Charo* aquel su cariño por la *Dalia:* desde que la conoció en el Burrero de Sevilla.

Tan fuerte prendió en su pecho aquel amor, que siendo sus compromisos para algunos días, permaneció tres meses en la ciudad de la Giralda.

De vuelta ya en Madrid, habló de Lola con varios amigos empresarios, pintándola como cantadora cuya adquisición les convenía, y uno de ellos la contrató.

Tornó a verla en la corte. La habló de su

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

cariño. Viéronse todos los días y a todas horas, y comenzó el querer.

Lola había venido de Sevilla con su madre, y la vieja era opuesta a los amores con José. Picaba mucho más alto.

—Su hija Lola, con aquella voz, con aquel cuerpo, con su cara de Virgencita de la Macarena y su repajolera gracia para el cante, que a *toitos* traía *dislocaos,* merecía, pero que mucho más... Todo era *custión* de calma...

Le exigió el rompimiento con el *Charo.*

—¿Qué iba a sacar de Joselillo? Buen mozo, juncal, guapo *incrusive.* ¿Pero, y *parné...?* ¡El que las ratas!

Rebelóse la moza.

En la modesta alcoba de su menguado alojamiento, más de una vez la desveló la imagen pinturera del chaval, y su cuerpo joven, estremecido de deseo, revolvíase ansioso de caricias que soñaba de manos suaves como las de su novio cuando tañía la guitarra, de labios rojos como los de Joselillo que morderían al besar...

Pepe sitiaba más y más la fortaleza. Él sufría también. Los ojazos, azulados de puro negros, de la *Dalia,* quemaban de continuo sus retinas; la abundosa madeja del pelo de su Lola quedó mil veces despeinada, en su imaginación, con feliz abandono; el bermejo clavel que fingían sus labios, por los que asomaban cual piñones los chicos dientecitos, teníanle abrasado sin apagar su sed de besos, y el airoso caminar de su *gitana,* las curvas armoniosas de su cuerpo, le despertaban febril ansia de goces...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Ocurrió lo que ocurrir debía.

La vieja, esperó una noche en vano: Lolilla no volvió.

Pasó tiempo.

Lola era celosa. La profesión de la pareja prestóles sobradas ocasiones de disgustos.

Una noche, en la sesión de cante, Lola, disgustada con algún chisme que le contaran, soltó la maldita copla.

Mortificó la canción a Joselillo, y terminado el cante, le pidió explicaciones. Lola las dió con creces.

—¡Sí! *Capullo* fué de niña. *Clavel* reventón al conocerle. *Dalia* el tiempo que la quiso. *Pasionaria*... ya siempre, por su desvío.

Las palabras de la *Dalia* cegaron a José; contestó malamente, lloró la moza... Rompieron.

Después, él la huyó. ¿Para qué verla? En su orgullo, a Lola no le importaba que él sufriese... ¿Había que rogarla?

Y si alguna vez, como aquella noche, se encontraban los amantes, el *Charo* tenía que aguantar las canciones de la *Dalia,* que alusivas siempre, preñadas de reticencias y recordándole sus amores y disgustos, le herían en lo más hondo...

* * *

Se animó la juerga.

Luisa la *Chelos* bailaba un garrotín descoyuntante. Avanzaba erguido el busto hacia lo alto, retrocedía después toda temblona, finiendo

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

el gesto ya espantada, aspeando los brazos como movibles sierpes; los senos breves, puntiagudos, moldeábanse inquietos bajo la débil seda que los guardaba; las curvas de su cuerpo se definían con las diversas actitudes del baile, y los menudos pies, taconeando rítmicamente al compás de la guitarra, aparecían y se ocultaban como anteras de los estambres de una flor cuyo cáliz fuese la falda rumorosa.

El *Najas* cantaba con voz ya enronquecida por el cognac:

Qué te quieres apostar,
qué te quieres tú jugar,
a que si te doy yo un beso
me sueltas tú una morrá...

Las manos ágiles de Joselillo seguían febrilmente el alocado compás del baile gitano.

Don Manuel y los demás amigos bebían y bebían. Pidieron unas malagueñas.

El torero sirvió una copa de manzanilla al tocador, y como no la bebiese, dejó junto a José el *chato* y la botella.

Jaleáronse las malagueñas.

La *Dalia* tornó a cantar:

Un cariño yo sentí
grande y hondo como el mar;
probé a arrancarle de aquí,
él se resistió tenaz,
pero al fin lo conseguí...

Bisó:

Borré tu nombre traidor
y con sangre lo lavé.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Mucha pena me costó,
pero al cabo lo olvidé,
consolándome otro amor...

Con tanta gracia, con arte tan exquisito moduló su cante la Lolilla, que algunos sombreros, además de los bravos y palmadas, volaron a sus pies.

El *Lelé*, borracho, y enloquecido con la insidiosa copla de la *Dalia*, arrancóse de la pechera uno de los brillantes que dormían entre los rizados pliegues y lo arrojó a la cantadora al mismo tiempo que gritaba:

—¿Sirvo yo para esclavo, reina?

Cesó inmediatamente el rasgueo de la guitarra. Joselillo, pálido y nervioso, irguióse frente al torero, y empuñando la botella la voleó con furia: saltó aquél, navaja en mano, contra su agresor. Acudieron todos a separarles. Por pronto que lo lograron, la faca del novillero dejaba sangrienta huella. Del brazo izquierdo de Joselillo, arriba junto al hombro, corría un hilo de sangre.

Entre los concurrentes había un médico. Reconoció al herido.

—¡Nada de particular! ¡Un rasguño!

Respiraron todos.

Don Manuel acudió al lado de Joselillo, disculpando la borrachera del *Lelé*. El *Charo* aceptó las escusas silencioso.

—¡Vaya, nada entre dos platos—exclamó conciliador el ganadero.—¡Todos somos amigos! ¡Siga la juerga!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

No pudo ser.

La ráfaga de tragedia había matado la alegría.

Comenzó el desfile.

A poco, quedaban con el señor Juan, el *Charo* y dos amigos.

Y en un rincón, sola, aterrada, Lola la *Dalia* permanecía inmóvil, con los ojos abiertos, muy abiertos, como si el terror le hubiese petrificado las pupilas.

* * *

Muda, espantada, vió la *Dalia* el surgir de la tragedia. En aquellos segundos de angustia no pensó; su razón negóse a coordinar otra idea fuera de la que le obsesionó en aquel terrible instante: el peligro de José.

Luego le vió sangrando, descolorido, y una piedad inmensa, mezclada al remordimiento, la rindió conmovida.

—¡Por ella, por sus celos, por sus malditas coplas!

Decidióse. No pensó, ni le importaba tampoco la repulsa de Joselillo. Es más; la esperaba, la quería como castigo que mereció con creces. De hinojos, arrastrándose, avanzó la distancia que de él la separaba. Llegó a sus plantas y asióle de una mano, que regó con lágrimas ardientes.

El herido, que no la vió llegar, volvióse inquieto al percibir su lloro.

—¡Déjame, perra!—le escupió furioso.

—Perra, sí, pero tuya y para siempre—mu-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

sitó la *Dalia,* vencida, humilde, ofrendándose lo mismo que cantaba la guitarra, con idénticos dejos de abandono, con iguales ternuras en las que otra vez resurgía aquel su eterno amor a Joselillo.

Miróla éste un momento, vacilando. Después, la retuvo en largo abrazo sintiéndola toda suya, sin voluntad, inerme...

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

"CURA DE GRASIA,,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

"CURA DE GRASIA,,

I

Venía de Alginet en el correo.

En la estación esperaban al prodigio tres docenas escasas de curiosos.

El *agüelo Varell*, enfermo muchos meses, harto ya de doctores y de drogas que, sin curarle, esquilmábanle el bolsillo, había enviado a su hijo mayor, Francisco, al pueblo del *santet*, con el expreso encargo de traerle con él a su regreso, a costa de lo que fuese.

Estaba cansado de oir hablar del famoso curandero. Los estupendos *milagros* que por doquiera referían; las increíbles curaciones que todos comentaban, intrigaron al viejo, abriendo su pecho a la esperanza.

Probaría... ¿Por qué no? Su vida bien valía el puñado de pesetas que costase el *santet* con su viaje. Más, mucho más—y aun duros—se le

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

fueron en tonto. Inútilmente consultara con los médicos más nombrados de Valencia... Recetas y recetas, pero aliviarle... quiá: ninguno. Le atiborraban de medicinas; su cuerpo, martirizado y dolorido, era una pura llaga a fuerza de cataplasmas y de bizmas; el estómago, asqueado con tantas porquerías, negábase a admitir más, y si pretendía ensayar nuevos potingues, la cansada víscera se mostraba rebelde, devolviéndolos al instante, acompañando su obstinación con violentas bascas y mareos. En tanto, el rabioso mal—un cáncer del vientre—cada vez con más furia y dobles bríos, le atormentaba implacable.

Uno de los doctores de Valencia insinuó a la familia el operar al enfermo, como única salvación y aún muy problemática. Tantearon al viejo, que se negó en absoluto.

—¿Operarle a él? ¡No! ¡Nunca! Eso lo hacía muy bien Eduardo el carnicero, con ovejas y cochinos... ¿Rajarle a él...? ¿Que le abrieran en canal como a un puerco...? ¡No se reirían los médicos!

Sus manos sarmentosas aspeaban convulsas rechazando la cruenta visión.

—¡Jamás! Primero *Minguet*. ¿Por qué no había de curarle el *santet*?

Y la milagrera silueta del niño prodigioso, engrandecida, nimbada con la aureola de sus portentosas curaciones, acudía a la mente del *Varell*.

—¡Un milagro, sí! Lo esperaba, lo quería... Venga el chiquillo, pronto, costase lo que cos-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tase, antes que el terrible mal le extinguiera la vida entre horribles dolores... Ya que él, por su estado, no podía acudir donde habitaba el curandero, que lo trajesen allí, a su casa...

Le aguardaba impaciente, confiado, creído de que al ver al *santet* calmaríase, a su conjuro, el insufrible fuego que ardía en sus entrañas...

Alzó la vista al reloj.

—Casi las doce... El tren ya debió salir de Torrente... Dentro de unos minutos llegaría...

Los pocos instantes que restaban antojábansele al enfermo largas horas, que discurrían remisas, lentas, como su prolongada agonía.

II

No tardó en divulgarse por el pueblo la noticia. De puerta a puerta lo hablaban las comadres.

—Chica, viene el *santet*...

—¡Sí! En el correo.

—Yo voy a verle...

—Yo también.

Y abandonando ocupaciones y quehaceres, corrían desaladas.

En la estación engrosaron los grupos.

La tienda de la esquina hervía de hombres. Ya mediodía, regresaban del campo los labriegos, y enterados de la gran novedad, querían ver al *santet*. Sendas rondas de copas calmaban la impaciencia.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¿Sería verdad lo que todos contaban del chiquillo? ¿Curaría al *Varell?*

En la estación discutíase acaloradamente en cada grupo: se hablaba de los milagros de *Minguet.*

—Cerca de aquí, en Paiporta—refería una vieja,—Pepa *la de Calaix,* impedida, sin poder valerse, sentada en un sillón ya mucho tiempo, agonizaba... Llamaron al *santet*... Con solo verla curó a la paralítica. Ésta, días más tarde, asistió por su pie a la Misa Mayor. Todo el pueblo la vió... ¡Fué una lástima...! Murió aquella semana.

—¡De la alegría!—repuso un chusco.

—Una vez—contaba otra vecina,—traíanle al *santet* un niño envuelto en sus pañales. La acongojada madre llegó junto a *Minguet,* abrazando a su crío, del que apenas se veían los ojitos moribundos... El *santet,* ni la dejó arribar. «*Ese niño*—dijo—*padece inflamación en las ingles. Curará pronto*...» ¡Virgen, tal como lo decía! Y lo más raro fué, que sin quitar ni abrir siquiera los pañales del niño, supo la enfermedad, profetizó la curación y hasta acertó el...

—...sexo de la criatura. ¡Eso fué de propina! —terció el incrédulo, interviniendo otra vez.

—El niño—continuó la mujer completando su historia—falleció a poco, mas no de inflamación; de la baba.

Estalló una carcajada del gracioso.

—¿Y es cierto—interrogó curiosa una comadre—que tiene *gracia de santidad, Minguet?*

—¡Claro!—replicó sabionda y suficiente la *tía Nasia.*—¿Pues, cómo había de curar sinó? El

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

santet nació en Jueves Santo, y estuvo sin mamar hasta el día de Pascua... ¿Estaba claro? ¿No recordaba el verso?

Y con dejos de canturia, salmodió la vieja:

Los nacidos el día de Jueves Santo,
que ayunan hasta que torna Nuestro Señor,
tienen, toda su vida, de gracia un manto,
que pregona potente el poder de Dios...

Venía el tren.

Entró en agujas; después en la estación.

La ola humana se extremeció, galvanizada de impaciencia.

De un vagón de tercera, allá en la cola, saltó Francisco.

Todo el gentío refluyó hacia allí.

En brazos de su padre apareció el *santet*. Aparentaba de ocho a diez años. Vestía delantalillo a rayas, tocando la cabeza con gorrita marinera. Sus ojos, acostumbrados a escenas parecidas, fijáronse en la muchedumbre y sonrió tranquilo, satisfecho, poseído de la importancia de su *role*.

—¡Viva el *santet!*—gritáronle en albricias los más próximos; los distanciados se empinaban sobre las puntas de los pies para distinguir mejor al curandero.

El *santet* avanzó asido a una mano de su padre; Francisco, el hijo del *Varell*, daba guardia al lado opuesto.

Atravesaron el andén por entre la ancha vía que les abrió la gente, llegando hasta el vehículo que el *agüelo Varell* enviara para traerle a su

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

alquería, y subieron rápidamente, acomodándose en las sillas de pleita dispuestas para el caso.

Batió marcha la comitiva, precedida de los chicuelos que pataleaban entusiasmados; seguían en pelotones los que fueron a la estación.

Así cruzaron el pueblo.

En las puertas de las casas presenciaban el cortejo los que no pudieron acudir a esperar al *santet*.

Junto a la iglesia, desde la casa rectoral, el párroco con el médico admiraron aquella algarabía. El cura alzó sus ojos hacia el doctor y los dos sonrieron irónica, tristemente, compadecidos de la imbecilidad humana.

III

Vadeaban el barranco para pasar al otro lado del pueblo donde estaba enclavada la alquería del *Varell*.

Vencida casi la cuesta, de una casucha próxima se adelantó una mujer llorosa, atribulada, con un pequeño en brazos. Llegada junto al carro, alzó en vilo a su hijo, llamando la atención del curandero.

—*¡Cúralo, santet!*—clamóle ansiosa, empañados los ojos por copioso llanto.

El curandero fijó su mirada en el niño que en alto le mostraban y rápida mueca de horror apareció en su rostro,

¡Aquello que tan de cerca le enseñaban, no era

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

un enfermo, sino un monstruo! La boca enorme, rajada, contraíase al lado derecho en penoso rictus de bestial sonrisa; las fosas nasales se hallaban al descubierto, roídas, purulentas, como hediondas aberturas; uno de sus ojos—el derecho—inmóvil, muerto, miraba con fijeza desde el fondo de la atrofiada pupila; faltábale una oreja, y un pañizuelo que cubría la raída cabeza pretendía tapar las repugnantes costras que desfiguraban aquella testa asquerosa.

Gwynplaine le reconociera por hijo; Quasimodo le llamara hermano; y Goya, de conocerlo, habría eternizado sus macabras facciones en una de sus espeluznantes aguafuertes.

¿De dónde procedía aquel fenómeno?

De allí mismo: del lugar.

Era hijo de la mujer que le llevaba en brazos y de su esposo Tòni el *Mengue,* carretero de oficio. No tenían más hijos.

Meses antes, el niño era una criatura como todas; alegre, retozona, robusta y sana.

Cierto día, acompañó a su padre en el carro, camino de Valencia. El carretero había de ir al Grao a recoger unas bombonas de ácido y traerlas al pueblo. Ya de vuelta, un bache del arroyo, un descuido del carretero, lo que fuese, volcó el carro. Mal seguras las bombonas en sus cestos, rodaron al caer, quebróse alguna y el corrosivo líquido, sin salpicar al padre, roció al pequeño, que quedó allí tendido en el camino exhalando lastimosos ayes.

Cuando el médico lo vió, de regreso ya en casa, lanzó un grito de horror. Imposible o punto

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

menos salvar aquella vida, y de lograrlo, no sólo restaría inútil el muchacho, sino deforme también.

El *santet* contemplaba al desdichado sin conseguir apartar del mismo sus sugestionados ojos. Sus manos, pálidas como la cera, se agitaron con negativo ademán y habló impotente, vencido.

—*Yo no cure desgrasies...*

Gimió desconsolada la mujer; después, en súbita rebeldía, apostrofó furiosa.

—¿Que no curas desgracias? ¿Pues qué curas? Mentiras, alifafes de los que no se ven, de los que no se prueban. Ves, *santet,* ves... cura al *Varell*... si puedes...

Y abrazada a su hijo, que apretujándose contra su pecho procuraba esconder su horrenda máscara, se encaminó hacia su choza.

El *santet,* de pie en el carro, seguía con la vista el apenado grupo...

IV

Al llegar a la alquería, les recibieron la mujer y las hijas del *Varell.*

Ya en el patio, el *santet* pidió le preparasen unos cántaros con agua. Llegóse a ellos manoseando el líquido, al mismo tiempo que sus labios desgranaban extraños rezos.

Ordenó.

—Aquellos cántaros habían de guardarse; era la medicina, el remedio para el enfermo.

Pasaron a la alcoba.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Desde la puerta percibíanse mefíticos olores, deletéreos gases, pútridos efluvios, venenosos miasmas, denotando con sus pestíferas emanaciones la incurable dolencia del paciente.

Al distinguir al *santet,* el viejo *Varell* le hizo señas con la mano.

—A su lado... Que le mirase bien... Que se fijara mucho... *¡Cúram, fill!*—gemía entre sollozos.

El *santet* palpó al viejo suavemente con sus manos de cera.

—Allí en el vientre. Al lado izquierdo. ¿Apretaba más el dolor por la mañana, no?... ¡Bien, muy bien! Aquello se le iría... Pronto, no. Pasarían unas semanas así, pero al cabo desaparecería el mal... Medicinas, pocas... Agua pura, mucha agua...

—*¿Me curarás, chiquet?*—insistió el *agüelo,* mostrando a través de su pregunta la eterna desconfianza del labriego.

El prodigio aseveró con la cabeza.

Calmóse el *Varell.* Poco después dormía sosegado, y su lívido rostro de mártir se serenó: la esperanza, con su dulce hermana la fe, acunáronle cariñosas.

Las mujeres comentaron el prodigio.

Por el pueblo corrió rápida la nueva.

—¡Curaría el *Varell!*

Horas más tarde, partió el curandero.

—No hay que apurarse—repitió a la familia al marchar.—Quietud, calma y agua, mucha agua...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

V

Bien entrada la noche, los dolorosos gritos del *Varell* atronaban la casa.

Otra vez el incurable mal le atenaceaba con furia.

—¡Agua!... ¡Agua!—pedía en incesante súplica, llevando a sus labios abrasados los recipientes que su esposa y sus hijos le acercaban.

—¿Es de la del *santet?*—interrogaba inquieto, calmándose al obtener la respuesta afirmativa.

Era sólo un instante.

De nuevo el fuego interior le devoraba, dislacerando sus atormentadas vísceras y gemía en demanda del líquido milagroso que le preparó el curandero.

. . . . . .

Alboreando el día, expiró el *agüelo Varell.*

Sus postreros lamentos oyéronse en todo el barrio, escalofriando de terror a los vecinos.

En su casucha, la madre del *Menguet*, el chicuelo deforme, escuchó los gemidos del *Varell* y abrazada a su monstruo, le decía:

—Con *santet* y todo se muere el *Varell*... Tú, seguirás horrible, feo, desfigurado, pero vivo...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL DIABLO ENAMORADO

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL DIABLO ENAMORADO

La abuela habló.

Su voz, débil y temblona, rompió el silencio que guardaban los presentes, como surtidor de agua desgranándose en solitario jardín.

Y la llama crepitaba en el hogar, chisporroteando los troncos de olivo con suaves estridencias, cual si quisiesen acompañar con sus rumores las dulces palabras de la anciana. Y las ramas de brezos y romeros, al arder, sahumaban el ambiente con gratas emanaciones, que dijéranse cortejo de la leyenda que la vieja refería. Y el humo azul de la alegre fogarata, ascendía en rizadas nubecillas, serpentinescas volutas y anillados círculos que, al ensancharse, fingían esbozos, trazos, contornos y siluetas de fantásticos seres y animales y reptiles monstruosos, proteiformes, evocados con la conseja. Y el viento batía en lo exterior con furia inusitada, reme-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

dando con sus ahullidos y baladros, lastimosas quejas, suspiros de agonizantes, maldiciones de réprobos, ayes de condenados...

Oíd lo que contó la abuela:

Érase, cierta vez, tierna novicia a la que sus deudos apartaron del mundo, confiándola a los cuidados de las benditas Madres Recoletas.

La niña, pues de dos lustros ingresó en el cenobio, creció pura, cándida, inocente y recatada. Jamás pensó, que tras los altos muros del convento, existiese otra vida muy distinta: ni añoró goces, ni la conturbaron penas. El coro con sus cantos, el huerto con sus flores y la pautada y plácida sucesión de las monjiles horas, sosegadas e incoloras, colmaron sus afanes pueriles.

Mas, un día, el capullo mudó en rosa: la niña fué mujer y su alma despertó a ignotos deliquios...

Un nido en el jardín, la conmovía; las letrillas del canto, la arrobaban, y la soledad de su celda, le habló de ansias inexplicables...

La Reverenda Madre-Maestra de novicias, dispuso la profesión, y la futura esposa de Cristo, preparó las galas de sus místicos desposorios...

* * *

Satán, desde su antro, atisbó la nítida azucena y ansió damnarla.

Llamó, entre sus secuaces, a Adonaí, el Impuro.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¡Mira esa flor!—le dijo.—¿Qué harás por conseguirla?

—¡Todo, si me la das!—rugió el diablo.

—¡Tuya es!... ¡Hóllala!—mandó el Protervo.

Adonaí, marchó al mundo.

* * *

La bendita comunidad de Recoletas, se hallaba bajo la advocación del santo arcángel Mikael.

En el altar primado, corpórea imagen del Patrono presidía los rezos y plegarias. La escultura, obra de sumo arte y de desconocido autor, representaba al príncipe de las celestiales huestes en actitud gallarda, la flamígera espada centelleando en la diestra poderosa y pendiendo de la siniestra los férreos eslabones con que aprisionó al Maldito, sometido a sus pies. Mucha era la belleza que encarnaba el arcángel, mas con ser tanta, no conseguía apagar el sobrenatural encanto del efebo rebelde encadenado a sus plantas vencedoras.

¡Extraño capricho el del artista, que así truncaba la euritmia de las leyes de estética supraterrestre!

Mikael, era bello: con la majestad del poder, con el sello de la fuerza, con la satisfacción del triunfo. Su belleza resultaba divina, milagrosa, ultrahumana. La hermosura del Malo, era doliente, de vencido, triste: con gesto de sufrimiento, con rictus de dolor, con la angustia de los que penan. Los negros ojos del demonio, ardían con la chispa del deseo incumplido: las azules pupilas

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

del arcángel, traslucían el gozo del voto satisfecho. El mirar de uno, era de ángel; de hombre, el otro.

Profesas y novicias huían, tenazmente, de admirar al Impuro. Las viejas de la comunidad, lograban su empeño con holgura; las monjas jóvenes, más de una vez hubieron de acudir al confesor en demanda de luces y de auxilios con que alejar pecaminosas turbaciones.

* * *

Adonaí, audaz en sus propósitos, animó su imagen.

La cándida novicia, ignorando el peligro, contempló aquellos ojos de brasa y detalló las maléficas facciones y compadeció el sino desdichado del demonio.

Y las diablescas pupilas infiltráronle, con su dañino efluvio, intranquilos ardores, misteriosos anhelos e inquietudes torturantes que nublaron su pureza.

Y en el huerto, en el coro, en el refectorio y en la celda, los destellos de la infernal mirada perseguíanla con encono...

* * *

Una noche, la novicia, se recogió tempranera.

Ya en su celda, rezó de hinojos.

Frente al reclinatorio, una estampa del arcángel con el Malo a sus pies, reproducía la imagen venerada en la iglesia.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Recrudecióse el pensamiento constante de la virgen.

—¡Aquellos ojos, aquellos ojos fijos en ella siempre!

Y la novicia, contemplando la bendita efigie, suspiraba.

—¡Pobre! ¡Desgraciado! ¡Eternamente infeliz!

Y su mirar de gacela, tornaba en invencible atracción hacia el efebo de los ojos brunos...

Y Adonaí tomó cuerpo, llegando junto a la monja que se estremeció angustiada, y sintiéndose desfallecer, se dobló como flor que troncha el cierzo...

Los brazos de Adonaí retuvieron, ansiosos, la preciosa carga y los avarientos labios del Impuro posáronse en los carminados pétalos del clavel de la boca de la virgen, y ésta, en irresistible espasmo de amor, devolvió el beso al Maldito.

Mudo, atónito, conmovido, quedó Adonaí al verse amado.

—¡Él, el Perverso, el Indigno, amado así!

Al orgullo del triunfo por lograr el afecto de aquella mujer, primera y única que le amara a pesar de su estigma, siguióse en Adonaí extraña compasión, y desobedeciendo el odioso mandato de Satán, desapareció, respetando a su amada y glosando las últimas palabras que le oyera.

—¿Pobre? ¡No! ¿Desgraciado? ¿Infeliz? ¡Jamás!... Poseía su amor...

* * *

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Adonaí, bajó al Erebo.

Satanás, el Maligno, rugió de indignación al conocer la historia. Los ojos del Soberbio fulgieron como carbunclos; su cabellera de víboras desmadejóse amenazante, y su lengua de escorpión silbó con furia:

—¡Idiota!... ¡Iluso!

En castigo, despojó a Adonaí de insignias, dignidades y atributos.

Moloch, Astarté, Belial, Hidras y Euménides, cuantos fueran compañeros y aun siervos de Adonaí, mofáronse con desprecio; y hasta los inquietos trasgos, diminutos lutines y duendecillos maléficos, repitieron con Lucifer:

—¡Idiota!... ¡Iluso!

Adonaí, vaga solo, menospreciado y escarnecido por los candentes ámbitos de la mansión del fuego.

A veces se detiene junto a hirviente mar de plomo, cercano al confín de un camino empedrado con ascuas fulgurantes o inmediato al cráter de encendido volcán. Y Adonaí medita en su acción; y los fosforescentes resplandores de las eternas llamas irradian su faz en relámpagos cárdenos, azules, violados... Y Adonaí, sonríe tranquilo, esperanzado, casi dichoso al memorar el beso de la virgen.

—¡Me amó!... ¡Me amó!—se dice.

Y en su rostro de réprobo, transmutándose el gesto del condenado, renacen—por un momento—las facciones del ángel, del lucero caído de los cielos al seguir a Luzbel...

Y es, que el amor entraña dicha y esperanza,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

donde quiera que nace, aun en el mismo infierno.

Calló la abuela.

Las llamas del hogar continuaban sus canciones, acompañando al viento, en calma ya, suave, rumoroso, como inacabable sarta de suspiros...

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL PEDRISCO

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL PEDRISCO

Víctor Blay descendió del tren en unión de un inglés, Mr. Brob, su corresponsal en Liverpool.

Habiéndole mostrado, éste, deseos de conocer sobre el terreno la *confección* de la naranja, Víctor le invitó aquella tarde a que le acompañase a visitar uno de los varios almacenes en donde trabajaba.

—Marcharían en el tren de las tres, viendo la *confección* y pernoctando en la finca, en la que Víctor tenía la familia, y a la mañana siguiente, bien temprano, a Valencia, para estar de regreso en la oficina a la hora reglamentaria.

—*¡All-right!*—había respuesto Mr. Brob al exponerle Víctor su proyecto.

Desde la estación donde se apearan, se divisaba perfectamente el edificio. Grande, macizo, en forma de enorme T, alzábase inmediato a la misma. El frontis estaba destinado, en su parte

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

alta, para habitaciones de la familia de Víctor; los bajos servían de vivienda al encargado, utilizándose también para otros menesteres. Detrás, a espaldas de la casa, se erguía la inmensa nave, dividida en cubiertas de dobles vertientes en su centro.

A los pocos minutos de trayecto entraban en él los viajeros.

En primer término, a la derecha, junto al despacho, la báscula grande para carros; a la izquierda, el depósito acristalado donde se guardaban los materiales de *confección:* balas de papel, fardos de lías, rollos de yute, cajas de puntas y otros mil efectos, distinguíanse a través de las vidrieras, debidamente apilados, en completo orden, dispuestos para el cotidiano trabajo.

Aquello era el vestíbulo. Una puerta en arco, sin cierre alguno, franqueaba la entrada a lo que en realidad constituía el almacén: el local reservado a la *confección.*

Mr. Brob quedó suspenso al atravesar el arco, desembocando en la nave. Sus ojillos inexpresivos se animaron de entusiasmo, desapareció de su rostro la eterna flema británica y su lengua tan trabada siempre, se desató exclamando sorprendido:

—*¡Explendid! ¡Luxurious!*

Realmente era hermoso el espectáculo, que de improviso, deslumbró al extranjero.

El almacén se hallaba en plena vida, en el momento álgido del trabajo. Deslizábanse, por entonces, cortos y menguados los últimos días de otoño, y para poder cumplir, antes de fiestas,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

con las ventas comprometidas y las demandas pendientes, era forzoso confeccionar día y noche, doblando el personal que turnaba en secciones.

Más de un centenar de mujeres sentadas, arrodilladas, en cuclillas, ocupábanse en las distintas faenas; de chiquillas un rebaño. Varias docenas de hombres cruzaban en encontradas direcciones con capazos repletos de naranjas, acarreando fardos y envases, según su respectiva tarea en el oficio. Constantemente obstruían la entrada numerosos vehículos que, como eslabones de infinita cadena, caminaban en dirección de la báscula, pesando primero y descargando después su fresca mercancía.

El padre sol penetraba por las ocho ventanas de la izquierda del almacén, transparentándose por las desahogadas claraboyas, alegrándolo todo; ora besando la dorada naranja en los montones, ya acariciándola al contemplarla enfundadas en sus lujosas envolturas de sedoso papel, como en pintarrajeados trajes; bien despidiéndose con mimo al advertirla prisionera en el interior de las ventrudas cajas; reía en los vidrios del edificio que le devolvían, reflejadas en mil tonos sus sonrisas; rebrillaba en los ojos y en los pelillos rizados de la nuca de las confeccionadoras; quebrábase, inquieto y tornadizo, en las columnas de metal que sostenían la amplia nave, y acababa por mecerse, incierto, en las varillas del armazonado de los cuchillos de la cubierta.

Arriba en las claraboyas, por entre los intersticios de los marcos de las lunas, asomaban bandadas de gorriones que acostumbrados a

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

piratear a la caída de la tarde las migajas y desperdicios de las comidas del personal, admiraban con sus ojitos preñados de deseo, el continuo bullir de tanta gente, no atreviéndose a descender de sus alturas.

A mano derecha, al entrar, había amontonada gran cantidad de fruta: era el descargadero, donde los panzudos carros vomitaban con persistente afluencia sus cargas rebosantes. Apilábanse unas sobre otras las pomas de oro ocupando casi un tercio del local y sobresaliendo más de una vara desde el suelo. Resguardadas por debajo por blando lecho de paja y por los lados con colchonetas de arpillera que se prolongaban a lo largo de las paredes, caían en incesante lluvia de los repletos capazos, reuniéndose todas en el montón en dulce beso de fraterno amor, pues hermanas eran; venidas de distintos huertos, de árboles diferentes; arribadas unas de plantaciones vecinas, otras de zonas muy distantes; de tamaños gruesos, medianas, chiquititas; todas gemelas en sangre y en calidad, en aquel zumo jugoso y aromático y en su piel fina y resistente al mismo tiempo; y compañeras, hasta el final, en su destino de atravesar el mar emigrando en las disformes cajas, bien emperegiladas con sus flamantes vestiduras de sedoso papel, garantida su procedencia levantina con las etiquetas y placas de los testeros y precintadas con las repetidas vueltas de la soga del embale.

Viendo tan gran montón, Mr. Brob interrogó curioso:

—¿*How much?*

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—De siete a ocho mil arrobas; tal vez exceda, —respondió Víctor, que conocedor del carácter del inglés, parco en palabras, comprendió por la pregunta, que quería saber la cantidad, el peso de la naranja acumulada allí en el descargadero.

Junto al montón, diseminadas en triángulo, se hallaban las *triadoras* seleccionando fruta; algo más distantes, las *empapeladoras* envolvían con el papel de seda la fruta ya elegida; y apartadas, en el extremo opuesto del espacioso local, las *encajadoras* rellenaban las cajas.

Mr. Brob curioseaba aquí y allá y sus ojuelos relucían de contento.

—¿*What?*—preguntaba, admirando el trabajo de selección.

—¿*Why?*—inquiría al contemplar la ligereza increíble de las *empapeladoras*.

Y Víctor, complacido, respondía a sus preguntas, suministrándole toda clase de detalles.

Anocheció.

Iluminóse el almacén, poblándose de luces que pestañeaban cual lágrimas de fuego, irradiando bajo los reflectores y esparciendo por doquiera su claridad.

Víctor y Mr. Brob, sentados sobre unas cajas, cerca de donde los carpinteros armaban los envases, apreciaban el conjunto.

La luz artificial recortaba, destacándolas del fondo gris de las paredes, las escorzadas figuras, las diversas actitudes del personal que bullía con la fiebre del trabajo, y a sus reflejos, los lejanos montones de naranjas adquirían tonos de monedas, pátina de oro viejo.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—*As sterling pounds*—pronunció Mr. Brob en acertado símil.

Afirmó Víctor.

—¡Sí, eso eran! ¡Oro! Oro que se licuaba en manos de cosecheros, peones y operarias; que acrecía en poder de embarcadores, agentes y vaporistas; que emigraba a través del océano brumoso, y que al final, efectuadas las ventas en Inglaterra, retornaba convertido en peniques, chelines y áureas esterlinas de argentino sonar...

El personal, restablecida la calma, mirando alejada la visita, seguía en sus tareas normalmente, sin distracciones, sin la curiosidad que lo removió al llegar los forasteros.

Un grupo de *empapeladoras* comenzó a cantar a coro:

Mi padre tenía un huerto,
Tra-larà;
Muy grande y muy bien cuidado,
Tra-larà;
Todo lo que en el cogía,
Tra-larà;
Era cosecha de nabos...
Tra-larà.

Otro grupo de *triadoras* salmodiaban los Gozos de San Francisco, cual si se hallasen en la iglesia.

Desde un rincón del almacén saltó cálida y riente la coplita de moda:

Belmonte es un patatero
que no sabe torear...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Un peón, belmontista acérrimo, atajó aquel cante, replicando:

Pero el guaja del Gallito,
no pierde sus espantás...

El bullicio, la alegría, estalló poco después al percibirse el sonido de la campana señalando el alto en el trabajo. Las coplas quedaron interrumpidas; los Gozos, sofocados, convirtiéndose todo en risas y frescas carcajadas, que rodaron por el ambiente como ondas de alegría, hasta perderse poco a poco, débiles, fugitivas, tras la ancha puerta del almacén por donde desaparecieran las mujeres.

En la nave permanecieron una mujer y un hombre: la *marcadora* y el *embalador*. Ambos terminaban sus faenas: fijando las placas y etiquetas del testero de las cajas, la muchacha; aquél, ciñendo con redobladas vueltas de soga el abultado talle de las mercancías ya empaquetadas.

Presto se fueron.

Unos carros completaban sus cargamentos. *Bombos, floretas, cuatrocientas veintes, miles* y *catorces;* toda clase de cajas, absorbían sus insaciables bocas. Quedaron listos para marchar al Grao al amanecer.

El encargado extinguió las luces, saliendo con Víctor y Mr. Brob.

La oquedad del almacén restó en silencio. Cual fatigado cíclope, que tras ruda labor se adormeciese en delicioso sueño, así la solitaria nave, a obscuras ya, quedó en reposo.

* * *

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Sobre las tres de la mañana, Víctor despertó sobresaltado, oyendo el retumbar del trueno.

Abrió los batientes del balcón.

A intervalos, las negras sombras de la noche se rasgaban dando paso a un relámpago; segundos después, repercutía el trueno, conmoviendo con su eco las paredes.

Rugía desatada la tempestad y algunas exhalaciones culebrearon, describiendo zigzag en el espacio.

Víctor, desasosegado, ansioso, permaneció junto al balcón. De pronto, notó golpeteo en los cristales; era granizo rebotando contra los vidrios: uno, más grueso, quebró un cristal, estrellándose los pedazos al caer cerca de Víctor. Por la rotura, penetró en el cuarto fuerte bocanada de aire salitroso con emanaciones de azufre; Víctor, escalofriado, cerró el balcón, pasando al comedor.

Allí se encontró con Mr. Brob, que acodado sobre el antepecho del mirador, contemplaba la tormenta. En uno de los ángulos de la habitación, la señora de Víctor gemía acobardada, abrazando a los pequeños, cuyos ojitos agrandaba el terror.

Ya no era granizo lo que caía de las nubes, sino piedras; la menor como nueces. Abatíanse con tal fuerza desde arriba, que al chocar contra el suelo se fragmentaban en microscópicas partículas; después se amontonaban unas sobre otras con estridente crujido, formando alfombra. Lúgubre, aterrador, se repetía su fatal repique, machacando las tejas como desenfrenada carrera

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

de alocados brutos; abollando las canales, como siniestro tambor redoblante en la macabra danza; hendiendo los vidrios de ventanas y claraboyas, que al quebrarse parecían llorar con histéricos lamentos.

Amanecía.

Víctor miraba acongojado aquel desastre. Mr. Brob seguía en la misma postura: de codos en el mirador, impertérrito, impasible.

—¡Adiós, naranja!—pensó Víctor.—¡Se acabó el trabajo! Podía despedirse de confeccionar en aquella zona. Todas sus compras—y eran muchas—las tenía pendientes de los árboles, y el pedrisco las arrasaba: significábale muchos miles de miles de pesetas aquella pérdida... ¿Y la gente? El personal paralizado, sin pan, en la miseria dentro de poco...

Calmó la tempestad.

Muy lejos, mugía el mar, percibiéndose sus vagidos como el rumrum de enorme caracola. Llegó un tren a la estación: bramó la máquina al marchar, con grito de condenado, y su cabellera de humo perdióse en el espacio al compás del chirrido de los ejes y cadenas.

A la incierta luz del crepúsculo, se observaban los montones de granizo, apilados en medio del arroyo; y de las cunetas, y acudiendo también de otras vertientes, precipitábase el agua de la tormenta, sucia, fangosa, enrojecida, como sangre mezclada con el barro.

Mr. Brob abrió los ventanales del mirador y se asomó con Víctor. Del pueblo comenzaba a salir gente que, anhelosa y desolada, corría

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

hacia los huertos y encaminábase a sus campos para juzgar de cerca la magnitud de la catástrofe.

Al almacén acudía el personal triste, abatido, con lágrimas en los ojos, pensando en el jornal que se evaporaba, en el hambre que muy pronto invadiría sus viviendas...

Víctor, al contemplar su gente, la recordó la tarde anterior, contenta, satisfecha, en plena vida, animando el trabajo con sus canciones, entreteniendo la fatiga con sus bromas...

Cantó un gallo en el corral, repitiendo su grito otras aves de casa en casa; un corderillo balaba en el establo; y unas palomas volaron hasta perderse de vista en lontananza.

Surgió el sol: su inmenso botón de fuego ascendió lentamente escalando el firmamento azul, límpido, tranquilo, sin huellas ya de la anterior borrasca.

Mr. Brob fijó su vista en lo alto, y su diestra señaló hacia arriba, trágica, convulsa, amenazante...

* * *

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

¿AMIGO, ME DA UN TRAGO?

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

¿AMIGO,

ME DA UN TRAGO?

Corría el verano de 1885.

El cólera morbo-asiático hacía estragos en Valencia.

La avarienta guadaña de la Muerte hería a más y mejor, y su terrible segur no acertaba a mellarse con los innumerables y continuos golpes que por doquier repetía.

Aquello era un horror.

Por la mañana, a primera hora, encontrábanse en la calle dos amigos, buenos, sanos, robustos; horas después, uno de ellos recibía la noticia de que aquel a quien había visto y con el cual sostuvo conversación, era cadáver; y a veces aconteció que el mismo al que comunicaron tan triste nueva, no terminaba vivo la jornada. Es decir, que por la mañana se vieron en un paseo, en tal barrio, en cual plaza, y por la noche se entrevistaban en el otro mundo sorprendidos de lo acelerado del viaje.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

La gente rica y pudiente abandonó la ciudad huyendo de la epidemia, refugiándose en sus huertos y masías; pero también a sus escondites llegaban las garras de la Intrusa, pues el maldito virus del microbio asiático lo inficionara todo.

La ciudad se hallaba poco menos que desierta; los teatros clausurados, vacíos los paseos, paralizado el tráfico; nulo casi, el movimiento mercantil.

Tan solo a las iglesias afluía la gente, espantada, horrorizada, temerosa, impetrando del cielo con novenas, rogativas y otros actos del culto, que cesase el violento azote.

Asemejaba el *fin* del mundo. Individuo que en luengos años no se acercó a los altares, acudía ahora lleno de unción y confiando en la divina clemencia: incrédulos a los que se les importara un ardite—hasta entonces—el tremendo más allá ultraterreno, blasonaban de creyentes fervorosos, luciendo en comuniones, triduos y trisagios las benditas medallas y escapularios de que antaño tanto se mofaran.

En las calles sólo se veían transeuntes enlutados por el fallecimiento del padre, de la esposa, del hijo o del hermano; esto si el duelo no era por distintas desgracias ocurridas en la misma familia. En sus semblantes, lívidos y terrosos, asomaba su carátula la Fría, agazapada, oculta, presta, bien como rememoración del golpe acabado de asestar, ya como trágico aviso de inmediata zarpada.

El mes de Mayo discurrió sombríamente con numerosos casos y no pocas defunciones. Junio

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

comenzó mal y acababa peor, y en grado ascendente el contagio pestífero de la horrorosa plaga. La antevíspera y víspera de San Pedro, llegaron a ochocientas las víctimas diarias: el 29, fecha del Apóstol, se excedió dicha cifra.

Los servicios fúnebres se prestaban a la carrera, escapados, al vapor.

Los cleros de las parroquias, mermados también por la epidemia, se hallaban siempre en la calle, en dantesco vaivén de un punto a otro.

Médicos no había suficientes, así como sacerdotes, para atender al sinnúmero de enfermos, moribundos y agonizantes que reclamaban sus auxilios.

Se llegó a prescindir de velatorios, amortajamientos, cera y cajas. Tal como morían, al cementerio. Si el mal les cogió vestidos, así iban y si les atacó en la cama, las sábanas servían de sudario.

Anochecido se hacía la requisa: la portera comunicaba al guardia más próximo los casos y las defunciones que ocurrieran en la casa. A lo mejor no acudía la portera: era uno de los coléricos. Subía el guardia a cumplir tan triste ministerio y, alguna vez, quedó en la habitación donde interrogó o en la escalera que no llegó a ascender, rígido, cadavérico, con fulminante ataque del bacilo infeccioso.

El Municipio montó un servicio para el traslado de los cadáveres, además del que prestaban las cocheras fúnebres. Estableciόse, más que nada, por los vecinos pobres. Consistía en varios carromatos tirados por uno o dos caballejos y

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

conducidos por infelices empleados a los que por cierto había que pagar muy bien, pues muy pocos aceptaban tal oficio.

A última hora de la tarde, los *carros de la carne*, como algún desaprensivo chusco los bautizó, recorrían cada cual su respectiva demarcación, tomando su carga donde las porteras, guardias o vecinos avisaban. Los cadáveres de los coléricos apilábanse en los vehículos de ultratumba calientes aún, fríos, yertos; con ropas o desnudos; en actitudes de desesperación o en plácida rigidez, como si con lo imprevisto del ataque no se hubiesen apercibido de su espantoso sino.

La macabra comitiva se dirigía por las afueras de la población, camino del cementerio, ocultando aquel horror a los vivientes. Balanceábase la carga con los baches, surgiendo del montón, brazos contraídos en ademán de maldecir; manos con los dedos engarfiados, cual si hubiesen pretendido arañar en su agonía; testas cuyos ojos, sumidos en las profundas cuencas, vidriados ya, miraban con gesto de supremo pavor, de indecible rabia o con marcado desdén por aquella vida que les arrebató la Eterna.

Uno de los encargados del servicio era un hombrón joven y robusto.

Teníase por valiente, y satisfecho del crecido jornal que le abonaban, se acostumbró muy pronto a la ingrata tarea. Al respeto y aun algo de temor de los primeros días, sucedió la habitud de la costumbre, y con ella, la frialdad e indiferencia ante aquellas escenas.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Llamábase Pepet.

Todas las tardes, entre dos lúces, acúdía con sú carro al barrio de sú turno: Güillem de Castro, Borrúll, Lepanto, el Socós y calles adyacentes eran sú zona. Uno más, úno menos, rellenaba el carromato y... al cementerio.

Una botella de agüardiente y múchos púros, eran para Pepet los únicos desinfectantes.

Sentado en el estribo, mataba el corto trayecto con sendos tragos de licor y fúmando cigarro tras cigarro.

Llegado al cementerio, descargaba y a Valencia otra vez, crúzándose en el camino con seis, veinte, treinta, carros, coches y tartanas abarrotados de húmana podredúmbre.

Uno de aqüellos días de Júnio, cargó su carromato con exceso; llevaba veinte y dos cadáveres. El último qüe tomó, fúé el de un anciano al qüe conocía como compinche suyo en las tabernas: el apestado hallábase vestido, la gorra en la cabeza y las manos agarrotadas por el súbito ataqüe en plena calle. Lo izó arriba de todos.

Camino del cementèrio, Pepet, tras de haberse empinado la botella, como media docena de veces, iba a beber de nuevo, cuando a sus espaldas, desde el mismo carro atestado de coléricos, oyó qüe le decían:

—¿Amigo, me da un trago?

Era el viejo que cargara el último, el cúal, vúelto en sí con el fresco de la noche, púes sólo padeciera algún colapso, se había incorporado y visto beber al carretero.

Al sesgar la cabeza y distinguir al viejo, sen-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tado sobre los muertos, Pepet echó a correr, sin gorra, sin látigo, espantado... No paró hasta Ruzafa.

El ex difunto, muy tranquilo, se trasladó a la estribera, recogió la botella y las riendas que el otro abandonara, y arreando con la fusta al caballejo, exclamó:

—¡Arre, caballo *Moro*, arre!

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

VENGANZA HUERTANA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

VENGANZA

HUERTANA

I

LENTAMENTE moría la tarde de aquel interminable día de verano. La tierra, abrasada por tantas horas de ardiente sol, suspiraba satisfecha mirándole alejarse por Poniente entre dorados reflejos que nimbaban su ocaso.

Terminado, por aquel día, el pesado trabajo allá en la era, Nelet, dejándose llevar al tardo paso de la cansada bestia que montaba, dirigíase hacia su barraca.

—¡*Contra*, y qué fatigado se sentía! ¡Vida más perra! Apuntando apenas el alba, hala al trabajo. A los campos de huerta unas veces. Jamás faltaba tarea: escardar hoy, mañana el agua, a transplantar al otro... Siempre así, sin tregua, sin descanso; a todas horas cuidados y atenciones...! ¡Tierras mas mimadas las suyas del *Regacho*...! Otros días, los menos, al secano: de allí venía...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Comenzada la trilla la semana anterior, quedábale faena para el doble... Buena cosecha: eso sí... Daba gozo ver el trigo aquel año: grueso, duro, rubio, candeal legítimo. En cuanto que acabase con el grano, le esperaba la cosecha de algarrobas que, ya en sobrada sazón, desprendíase impaciente de las cargadas ramas... No podía descuidarse en recogerla: aquello estaba muy apartado y siempre abundaban los golosos de lo ajeno...

Llegaba a su barraca.

De un salto se apeó del caballo. Le acarició las ancas; el animal sacudió agradecido la cabeza, venteando con las narices dilatadas el conocido lugar.

—Bravo, *Noble*. Ya hueles tu cuadra. Ahora mismo llegamos: en seguida el pienso y a dormir bien tranquilo después... De sobra lo ganaste hoy en la era...

Tomóle del ronzal para sortear el vado.

—Un poco de carrera... ¡Apa!... ¡Listos!

Entraron bajo el parral. A un extremo gran cantidad de haces de paja traídos de la era días antes, formaba ingente pila; en espera de la restante paja de la trilla, quedara allí el montón para formar después la cubierta del futuro pajar.

Torcieron un poco su camino, evitando el obstáculo.

De pie, junto a la puerta de la casa, Roseta, la esposa de Nelet, acuciaba con un palo a las gallinas, obligándolas a guarecerse dentro. Corrían las aves presurosas enfilando la entrada; un gallo irguióse altivo, vigilando receloso el paso de sus hembras, y desapareció con las últimas.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Nelet envolvió a su mujer en intensa mirada de ternura.

—¡Cristo y cómo la quería!... Con solo verla, olvidó su cansancio...

Sonreía, Roseta, dulcemente, al esposo que llegaba.

Ya en la puerta, encontráronse sus manos, transpasando el umbral unidos, abrazados.

A sus espaldas, caminaba el *Noble,* relinchando satisfecho al oliscar su pitanza en el pesebre.

II

Terminaban la cena contrariados; la noticia que le diera Roseta, poco antes, disgustara a Nelet.

Tenía *tanda* de agua aquella noche... Y la hora, de lo más oportuna, a las diez... Lo menos que necesitaba para regar los campos del *Regacho,* cinco horas; y media al ir y al volver; sí, la noche entera; allá a las cuatro, de día ya, de vuelta en casa, y en seguida, acabado de llegar, al secano otra vez a proseguir la trilla... ¡Bonito regalo el de la *tanda...!* Al menos su compañero, el *Noble,* dormía bien tranquilo unas horas...

Afirmaba Roseta, asintiendo al furor de su marido.

—¡Sobrábale razón! Por su gusto callara el aviso, pero vió al tío Pepe el *Cafís* tan obstinado... Dos veces estuvo allí, mañana y tarde,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

porfiando por verle... ¡Viejo más tozudo...! Quizás volviese...

Y Roseta, con femenina gracia, repetía imitándolas, burlona, las inflexiones de voz, remedando a la par los gestos simiescos del vejete.

«No lo olvides, Roseta; repítelo a Nelet... A las diez, estará el agua en el *Regacho,* en lo suyo... Los campos piden agua y la *tanda* de esta noche ha de saciarles: abundante, copiosa, la acequia llevará su caudal de banda a banda... ¡Que no falte Nelet...! Si no acude, adiós turno y adiós cosechas; su *tanda* pasa a otro...»

Asentía ahora Nelet, a cabezadas, riendo alegre con las donosas burlas de Roseta.

—¡Cierto...! ¡Verdad...! ¡Tenía razón *Cafís!* No faltaba a la *tanda* aunque le aspasen; no perdía su turno aunque después, fatigado, dormitase junto a un ribazo...

En la huerta, dos campos plantados de cebollas, pedían su bebida impacientes; era su último trago; en seguida podría recogerse la cosecha. El *cacahuet,* días ya que en lo amarillo de sus hojas denunciaba cuánto le agostaba la sequía, y el campo de maíz, repleto de ventrudas panochas, resistíase a cuajar su grano reclamando el riego con imperio... ¡Imposible dejar la *tanda!*

Y cuidado que malditas las ganas que sentía de acudir a la huerta. Falto de descanso, rendido de fatiga, de modo bien distinto contó pasar la noche... ¡Maldito turno! Al trabajo otra vez, solo, cayéndose de sueño y dejando allí en la barraca a su Roseta, la cual, más tarde, después que él se ausentase, recogeríase, a solas también, en el

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ancho camón del matrimonio esperando, medrosa y encogida, su regreso allá al alba...

Ante aquella visión de carnes tibias y rosadas desnudeces, sintió flaquearle, débil, la voluntad; rehízose al momento, esquivando resignado la amorosa imagen. ¡Bah, no era un niño!

Se levantó, dirigiéndose a la cuadra. Tenía que aviar al *Noble*, renovándole el pienso. De paso cogería el farol; no era cosa de andar a tropezones por las sendas; tomaría también un legón para abrir y tapar las bocas de los riegos.

Roseta, en tanto, quitaba de la mesa la vajilla con restos de la cena.

Airoso, esbelto, su grácil cuerpo de diosa infecunda, acusaba las más justas proporciones. Suave curva henchía su pecho, modelando la firmeza de las tremantes pomas aprisionadas bajo el sutil corpiño que las cubría. El quebradizo talle robustecíase junto a las combas caderas, y sus manos y pies dijéranse de niña por lo breves. Enmarcaba el óvalo perfecto de su rostro sedoso pelo que, en rizosos bucles, coronaba sus sienes de rubias guedejas; la frente recta, de pura línea, cortada por aterciopeladas cejas, arcos gemelos de fino y limpio trazo; negros los ojos, dulcificando su negrura tupidas pestañas que los ensombrecían mansamente; descendía leve y graciosa la nariz hasta su justo término, y los menudos dientes, marfileños, asomaban junto a la roja grana de sus labios, nidal de besos.

Nelet, de vuelta del establo, mirábala embebecido.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

III

Caminaba Nelet hacia sus huertas.

Leve brisa, que compasivo el mar mandaba de la costa, templaba el pegajoso bochorno de la noche. Croaban las ranas en las acequias inmediatas, zambulléndose espantadas al aproximarse Nelet; un grillo chirriaba con furia su monótona cantinela, que otros más lejanos repetían en coro debilitado ya por la distancia; en los ribazos cabrilleaban las luciérnagas sus tenues focos de luz...

Mohino iba Nelet.

En su mente perduraba el recuerdo de la imagen tentadora de Roseta, turbándole con dulces sensaciones que extremecían su cuerpo sano y fuerte.

...Quizás entraba en la alcoba a recogerse; veíala en su *estudi,* enarcados los brazos en torno a la gentil cabeza, desmadejando las rizadas crenchas del nocturno tocado... La imaginó, después, corriendo presurosa en breve salto, a guarecerse cabe el inmenso lecho, fijando la mirada en el vacío hueco que dejara el esposo ausente aquella noche... ¡Roseta, su amor! ¡Oh, cómo la quería!

Dos años transcurrieran ya desde la boda y la posesión colmando sus anhelos, no entibió el amor en Nelet; cada vez más potente, arraigaba más hondo, más profundo; sus campos, su barraca, su Roseta, compendiaban toda su vida.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Huérfano desde niño, ninguna afección sintiera hasta que conoció a su mujer, y al amarla, pródigo de su amor, lo ofrendaba sumiso, confiado, en adoración continua, interminable, eterna.

El plácido recuerdo de su dicha, rememoró a Nelet la historia de sus amores.

Fué en Torrente donde conoció a su mujer. Un viernes, día de mercado, acudió allí Nelet; vióla junto a la acequia, lavando ropa con otras compañeras; quedó prendado; volvió un día y otro; la habló por fin y se arreglaron. Pasaron unos meses de noviazgo, sabrosos precursores del casamiento; Nelet, lo deseaba; Roseta, parecía no tener prisa en acordar la fecha.

Un amigo de Nelet, de la huerta también, contárale que su novia anduvo enamorada, tiempo atrás, de un perdido, Pepet el *Farinero,* que en Valencia cumplía por entonces su empeño de soldado. Habló de ello a Roseta.

—¡Sí! Cosas de chicos... Pasó aquello para no acordarse... Baba asquerosa de comadres y vecinas que la querían mal; chismes de pueblo exagerados...

Aquella tarde, estuvo alegre, parlera, decidora. Creyó Nelet. Convinieron el día del enlace, quedando en que a primeros de Noviembre. Roseta contaba con los dedos.

—¿El uno?... ¡No!... Es fiesta: Todos Santos. ¿El dos?... ¡Tampoco!. Animas; ¡qué pena! ¿El tres?...

Y calló, sonriendo ruborosa, mostrando alzados los restantes dedos. Presuroso, Nelet, aprisionó aquella mano entre las suyas.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¡El día tres!: conformes.

Faltaban tres semanas, que se deslizaron rápidas, entre compras y arreglos y detalles, prólogos dulces de la ansiada fecha...

Orientóse Nelet.

—¿Dónde estaba? Sin duda, distraído, equivocó el atajo. Alzó un poco el farol... Iba bien... A su frente, perdida en las negruras de las sombras, se esfumaba la alquería del *Cafís*.

Prosiguió su camino.

El rumor de sus pasos sonó, agrandado por el eco, en la callada noche.

IV

Cerca ya del *Regacho*, distinguió una luz que avanzaba.

—Otro regante—pensó Nelet.

A poco, se encontraron. Era Tòni, el hijo de *Cafís*, compañero en la *tanda*.

—No tenía por qué seguir el viaje—dijo a Nelet.—Un desarreglo, una rotura del azud, allá en Mislata, les dejaba sin agua aquella noche. Con un propio enviaron los del pueblo la noticia. Él y *Panera*, otro también del turno, se hallaban ya en los campos; *Panera* marchóse y él quedó allí para advertirle. De lejos vió la luz del farol, adelantándose para ahorrar camino. Ya avisado, podían irse a casa. Caminarían juntos.

Viró Nelet, marchando junto a Tòni; liaron un cigarro y comentaron lo del azud.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¡Vaya una gracia!—murmuró Nelet.—De seguro, cinco o seis días para arreglar la presa... Y mientras, los campos muriéndose de sed...

—Una vez—afirmaba *Cafís*, chupando su cigarro—se rompió el mismo azud... Tres semanas tardaron en componer la esclusa... ¡Claro, volaron las cosechas!

—Les importa mùy poco el pan del pobre—le repuso Nelet.

Vecinos a la alquería, al ruído de sus pasos, ladró el perro y en el corral graznaron alarmadas unas ocas. A la voz de Tòni quedó todo en silencio. Ya en la puerta, se despidió Nelet.

Siguió solo su camino.

—¡Vaya un chasco que se va a llevar Roseta! Llegado a casa, abriría la puerta con cautela, penetraría con el mayor sigilo sorprendiéndola dormida, descuidada... ¡Qué susto el suyo...! Bah, era una broma, era él, su Nelet, que ya volvía...

Avivó el paso.

V

Estaba junto al vado. La luz del farolillo reverberó en la charca; cruzó el parral, llegando hasta la puerta. Iba a abrir; inquieto, percibió leves rumores; prestó atención... Horrible angustia demudó su rostro... Oyó apagadas voces, débil cuchicheo de palabras... Hablaban, sí; y hablaban allí dentro, en su casa, en su cuarto... Arrastrándose torció hacia la ventana, pegán-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

dose a la misma hasta hincarse los hierros en la frente... Ahogó un gemido... Tornó a escuchar. Un mazazo en el cráneo, no le aturdiera más que la inesperada revelación de aquella infamia. Los leves balbuceos, los débiles murmullos que allí dentro sonaban sofocados, eran voces, sí; palabras de ternura, y eran también ¡oh rabia! besos, que Roseta, la infiel, cambiaba con su amante... Y él, el muy ladrón, que todo de una vez se lo robara, era Pepe, el antiguo rival, aquel maldito novio!...

Nelet, aferrado a la ventana, bebía gota a gota su martirio. Como en horrible sueño, percibía las frases amorosas, sintiendo el restallar de las caricias... No pudo más; retrocedió atontado; dando traspiés reculó hasta el parral, y allí, desesperado y loco, cayó junto a los haces.

Tornó en sí presto. El recuerdo de la afrenta le sugirió el deseo de vengarse. ¿Y cómo? Pensó entrar y ahogarles... No: conocerían todos su vergüenza... Meditó sombrío... Súbito, le asaltó feroz idea.

—¡Sí! Tenía su venganza, grande, inmensa, como fué la burla; al lograrla sepultaba el agravio para siempre... Y la tenía allí mismo, en sus manos, en los haces...

A rastras, encogido, volvió hacia la ventana y escuchó: nada, silencio...

—¡Sí, dormirían, ebrios de amor, ahitos de lujuria, boca con boca, en apretado lazo!

Caminó quedamente hasta la puerta y palpó la cerradura; con exquisito tacto hundió la llave que giró sin rechinar siquiera.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¡Que saliesen ahora!

Atravesando el parral, se dirigió al montón de paja y cargó con cuantos haces pudo; una, dos... tres veces repitió el siniestro viaje hasta cegar la puerta; después, hizo igual con la ventana...

Respiró fatigado; frío sudor corría por su frente.

Muy lejos ahullaba un perro, y un murciélago removido de su sueño allí en la paja, rozó con sus viscosas alas las sienes de Nelet.

En el suelo, olvidado, yacía el farolillo; alcanzóle, y llegándose a los haces que apilara, extrajo del fanal la débil lucecilla y la aplicó, uno tras otro, a todos los montones.

Rápido, brotó el incendio en dos puntos distintos; las ondulantes llamas lamieron las paredes; densa humareda envolvió la barraca. Sombrío, rencoroso, Nelet vigilaba aquel desastre.

¡Su casa, el bravo *Noble,* el cerdo, las gallinas... pavesas no más dentro de poco! ¿Y que le importaba todo eso? ¡Su vida, su alma, su Roseta, moría allí también!... ¿Para qué quería lo otro sin aquélla!

Y Nelet, al recuerdo de la ingrata mujer, sintió que le abrasaban las mejillas lágrimas tan candentes como el mismo fuego que en su horrenda venganza provocara...

. . . . . .

Crepitaba la techumbre de la barraca, mordida con ansia por las voraces llamas; cedieron las crujías poco a poco; al cabo, derrumbóse todo con estruendo, sepultando entre los calci-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

nados escombros de la inmensa hoguera aquella terrible venganza huertana.

Esfumábanse, rápidas, las sombras de la noche. En la vecina arboleda, los pájaros piaban dulcemente anunciando la aurora...

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

LOS RESABIOS DE LA GLORIA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

DRAMATIS PERSONÆ

ENCARNA, novia de

PACO EL *GUIRI*, novillero, hijo del

SEÑOR JUAN, dueño del colmado, y de la

SEÑÁ PALOMA, su mujer.

NICASIO, padre de Encarna, zapatero.

PEPÓN EL *VARILLAS*, maestro cajista.

DOCTOR LUARCO.

COLÁS, mozo encargado del mostrador.

UN ORDENANZA DE TELÉGRAFOS.

CAROLO, mozo de estoques.

UN AMIGO DEL TORERO.

JUGADORES 1.º, 2.º, 3.º Y 4.º

UN GUARDIA.

UN CHIQUILLO, vendedor de periódicos.

VECINOS.

La acción en Madrid y época la actual

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

LOS RESABIOS DE LA GLORIA

(CUENTO REPRESENTABLE)

CUADRO PRIMERO

Interior de una taberna con pretensiones de colmado. A la derecha, mostrador, con anaquelería, botellas, etc. Al foro, en el centro, puerta de entrada de la calle; a la izquierda, reja; en la pared anuncios de vinos, jarabes, licores y cervezas y uno o dos carteles de toros. A la izquierda, puerta que conduce a las habitaciones interiores. Mesas, veladores, sillas, etc.
Izquierda y derecha, las del lector.

ESCENA PRIMERA

COLÁS, en el mostrador, limpia vajilla y cristalería. Al fondo del foro, entre la puerta de la calle y la reja, varios parroquianos juegan a la baraja. El señor JUAN, inmediato al mostrador, paséase revelando muestras de impaciencia. De la calle, llegan ENCARNA y el señor NICASIO; ella viste como las jóvenes de los barrios bajos; él, achulado. Es prima noche.

Enc.—¡Felices, señor Juan!

Nic.—¿Hay noticias?

Juan.—¡Hola, Encarnita! (A Nicasio). ¡No! Aún no ha venido el telegrama. Debe estar al caer... (A Encarna, señalando la puerta que conduce a las habitaciones).

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Pasa, chiquilla... Allá dentro tienes a la vieja. Hasta que no le lea el parte no sosiega... Estará, reza que reza, allí en su cuarto...

Enc.—Con ella voy (al señor Juan). Es natural que espere ansiosa el papelito azul que calma sus angustias...

Juan.—Y las tuyas...

Enc.—También... Ya ve usted, yo no pude aguardar y aquí me tiene... Al ver salir a padre (por Nicasio) quise venir con él...

Nic.—Es claro... La vieja, es madre; tú, su novia; nosotros (indicándose y señalando al señor Juan) *papás de entrambos*... Todos estamos impacientes de que nos lleguen noticias de Paquillo.

Enc.—¡Sí! Esperamos todos... Cada cual a su modo... Mientras ustedes desean las noticias como tales, con pormenores de orejas, ovaciones... o de gritas, la vieja y yo ansiamos, no más, nos diga el papelito: «Sin novedad. Estoy bueno...» Y no es igual. Gozan ustedes al recibir el telegrama, pregonando su triunfo si estuvo bien o rebuscan excusas si tuvo mala tarde... Su madre y yo, tememos, sufrimos. Jamás, jamás se les ocurre a ustedes que alguna vez nos advierta el telégrafo: «Me lastimaron; estoy herido...» Para ustedes, Paco, es Paco el *Guiri*, el novillero de postín; el pariente, desaparece y no piensan que puede recibir cornadas...

Juan.—¡Niña, que es mi hijo!

Nic.—¡No, si Encarna lleva razón! El mocito es de oro. Con él, no hay que acordarse de que gastan cornamenta los *moruchos:* los conoce mejor que tú el vino (por el señor Juan) y que yo las

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

leznas condenadas... A cada res, le da lo que le corresponde; que el bicho es bronco, pues recortes que le quitan remos y facultades; si es bravo, ¡toma tela, *¡abaíto!;* y si es pastueño y noblón, bueno, entonces, entonces hay que subir el tratamiento al *chavó* y decirle de usía para arriba. Disloque, cataclismo, terremoto: *papas* todo eso... Al *Guiri* hay que calificarle de algo así como de catástrofe europea... Zepelines, submarinos, *tobes,* al lado de su pincho, escopetas de caña...

Juan.—No va mal, no va mal el muchacho. Hoy toreó Palhas en Pamplona con el *Laveño.* Los dos chiquillos se han puesto de moda: siempre van juntos en el cartel y las empresas los buscan hasta con reflector. Mi Paco, con la de hoy, suma catorce; y le quedan por torear más de veinte y... y las que pesque, que algunas más serán... Estamos al principio... El domingo matará Miuras aquí en Madrid, y como apriete... le firman las que quiera.

Nic.—Y aunque no... Fuera de los de alternativa, el amo...

Enc.—(Aparte). Ya se les fué la cuerda... (Alto). Me voy adentro. (Vase).

ESCENA SEGUNDA

NICASIO y JUAN: poco después, PEPÓN EL «VARILLAS».

Nic.—(Por Encarna) Hay que dejarla... Al fin y al cabo, es natural que esté en pinchas hasta que lleguen nuevas...

Juan.—Sí... Pero entre mi mujer y tu hija, los días de función, ni ellas viven, ni nos dejan res-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

pirar a gusto... Que si podrá ser; que el telegrama no vino; que debió llegar ya... Son como las canturias del mosquito que al pronto no molestan, pero si dan en zumbar, cargan más que las continuas llamadas del tranvía... Y lo peor, es que uno se contagia; y si alguna vez, como hoy, se retrasa el papelucho, te entra murria y te descompones y te enfadas y... Mira, mira (advirtiendo que entra Pepón) el *Varillas*... ¡Y que ese prójimo no traerá afinada su cantata...!

Var.—¡Muy buenas, señor Juan! ¡Salud, Nicasio! (Al señor Juan) ¿Se recibió aviso?

Juan.—Aún no...

Nic.—Buenas, Pepón.

Var.—Malo, malo... A ver si hoy nos sueltan un disgusto... Los toros son muy brutos y a lo mejor no pegan en tres años, pero si dan, hay que comprar el árnica a quintales, si no precisa avisar también a las *funes*, como en los accidentes de auto...

Nic.—¡Pero, hombre, que siempre ha de sonar usted la misma placa! ¡Y lo oportuna que es! ¿No ve usted, que estamos intranquilos con la tardanza?

Var.—Pues por eso; porque debió haber llegado la noticia y no llegó conviene prevenirse...

Nic.—¡Bueno, bien! (Aparte). ¡Maldito moscón! (Alto). Voy con Encarna. (Vase hacia el interior).

Var.—Salúdela en mi nombre y también a Paloma y dígalas que cuezan tila... para usted, por si acaso...

Juan.—No me gustan las bromas de esa índole, Pepón.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Var.—Son por ese (por Nicasio). Y ahora, en serio; es que temo lo que puede ocurrir.

Juan.—¡Vaya un consuelo!

Var.—Y usted también lo teme, señor Juan... Yo quiero al *Guiri*, no tanto como usted que es su padre, pero no mucho menos... Desde pequeño le tuve allá en mi imprenta y le tomé ley y él a mí. Allí aprendió a leer; conmigo quedó cuando eligió un oficio y hasta que dió en la flor de los dichosos toros, no se apartó de mí... No fué suya la culpa: otros encalabrinaron al muchacho; su suegro en ciernes, uno; y usted, otro, señor Juan, aunque lo niegue... Le animaron, aplaudieron sus primeros pujos y el chico fué torero... Dicen que sirve; tal vez... Me es lo mismo: no miro más que una cosa... Que no es feliz y pudo serlo. Vive, loco de luz, borracho de sol; de plaza en plaza, de tren en tren, de fonda en fonda. Sin tiempo, en muchos meses, de permanecer tranquilo al lado de su madre y de su Encarna y de usted, señor Juan... Expuesto a que un mal día un toro me lo clave por el pecho, igual que los chiquillos enhebran un insecto; o a que lo traigan lisiado a casa, inútil para su profesión y para cualquier oficio; a que el público lo injurie y lo patee cuando flojea el ídolo o cuando se harte de él. Gana dinero, sí; su nombre es conocido. ¡Ah, el *Guiri!*... Pero, quizás el mozo, de cajista conmigo o aquí en el mostrador, casado con la Encarna que le adora, y regalando a sus padres muchos nietos, hubiese sido más feliz...

Juan.—No siga usted, Pepón. Ya no es posible. ¡Cualquiera le habla al *chaval* de lo contrario!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Var.—Lo sé... Ahora, es tarde... Voló muy alto y para bajar...

Juan.—(Con afán). ¿Qué?

Var.—Sería indispensable una cornada y tal vez no bastase...

Juan.—Dejemos eso... Usted aprecia mucho a mi Paco; por lo mismo, resulta más penoso hablar de lo que ya no tiene remedio. (El señor Juan se sienta frente al mostrador, quedando pensativo. *Varillas* se aproxima a la mesa donde están los jugadores).

ESCENA TERCERA

LOS MISMOS. («VARILLAS», al acercarse a los jugadores, recorre sucesivamente los puestos examinando las cartas de cada uno de ellos).

Jug. 1.°—¡Arrastrot

Var.—(Al jugador). ¡De sota, bobo!

Jug. 2.°—Yo monto con el rey...

Var.—(Al jugador). ¿Y no te achicas?

Jug. 3.°—(Amoscado). ¿Quiere usted ver mis cartas, amiguito?

ESCENA CUARTA

DICHOS y UN ORDENANZA DE TELÉGRAFOS, con el despacho.

Ord.—¿Se puede, señor Juan? (Adelantando). El de Pamplona. (Le entrega el telegrama).

Juan.—(Impaciente). ¡Ya era hora, muchacho! ¡Toma! (Le da una propina y fijándose en que el chiquillo queda allí sin marcharse, añade). ¿Te quedas? Ya: quieres enterarte...

Ord.—Si no estorbo...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Juan.—(El señor Juan lee para sí el despacho; los jugadores interrumpieron la partida; *Varillas* se acerca; y hasta Colás, desde el mostrador, saca el busto ansiosamente. Expectación. El señor Juan leyendo en alta voz y rebosando satisfacción). «Superior; dos orejas. Palhas bravos.—*Paco*».

Ord.—¡Olé su madre! Con Dios, señor Juan; corro a dar la noticia...

Juan.—Espera, chico. Tómate una copa. (Indica a Colás con el gesto que sirva al ordenanza).

Ord.—¡Por el matador...! (Bebe).

Colás.—¡Ele los chicos!

ESCENA QUINTA

LOS MISMOS, salvo EL ORDENANZA

Var.—(Al señor Juan). ¡Vaya, celebro pase el susto!

Juan.—¡Y flojillo que fué con el retraso! (El señor Juan se dirige, cruzando el foro, en dirección de la puerta que da a los aposentos interiores; durante el trayecto, le hablan los jugadores, como sigue):

Jug. 1.°—¡Se lució el chico!

Juan.—Así lo canta el papel... ¡Colás! Sirve *chartreusse* a los señores ¡les convido! (Sigue su camino y al llegar a la puerta, exclama): ¡Nicasio, Paloma, Encarna! (Mientras, Colás habrá servido a los jugadores).

Jug. 1.°—¡A la salud del *Guiri!* (Bebe).

Jug. 2.°—¡Por el *gateras* que quita tantos humos! (Bebe).

Jug. 3.°—¡Ésta por los Madriles, caballeros! (Bebe).

Jug. 4.°—¡Por la familia! (Bebe).

Juan.—¡Gracias, gracias...!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ESCENA SEXTA

LOS REPETIDOS y NICASIO, PALOMA y ENCARNA que salen del cuarto.

Nic.—¿Quedó bien?

Pal.—¿Está sano?

Enc.—(Al señor Juan, que desde lejos, le enseña el telegrama). ¡Deme, deme el papelito! (Lee en alta voz). «Superior: dos orejas. Palhas bravos.—*Paco*».

Nic.—¡Si es la fija! ¡Ese es de la madera de los *ases!*

Pal.—¡Gracias a Dios! ¡Pobre hijo mío!

Enc.—Por hoy, pasó la pena; pero nos quedan tantas...!

Nic.—¡Y que lo digas, niña! ¡Ese va a torear hasta en los martes! ¡Como que le hipotecan las fiestas!

Juan.—(Sirviendo unas copas a Nicasio y a Encarna). ¡Compadre, nena! ¡A la salud de Paco! (Beben).

ESCENA SÉPTIMA

LOS MISMOS y varios vecinos que irrumpen en la tasca; entre ellos un guardia de orden público.

Uno.—El de telégrafos lo dijo...

Otro.—¿Dos orejitas *ná* más?

Otro.—¡Si no es *ansioso...!*

Otro.—¡Vivan los *gatos...!*

Juan.—Calma, señores, calma. ¿Queréis Cazalla? ¿Valdepeñas? ¡Vivo, Colás! (Con el gesto indicando les sirva).

Nic.—(Al guardia). Tú... *Romanones,* pon orden a estos locos...

Guar.—¡Yo actúo de... *mirón!* (Al mismo tiempo bebe).

TELÓN

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del cuadro primero. Son las tres y media de la tarde.

ESCENA PRIMERA

(El señor JUAN, que viene de las habitaciones interiores, y el señor NICASIO, que llega de la calle. Ambos visten de *gran gala*, pues es domingo y aquella tarde torea el *Guiri* en Madrid).

Nic.—¿Y el chico? Ya casi es hora.

Juan.—Está terminando de vestirse. ¿Y Encarna?

Nic.—No quiso venir conmigo por no afligirse al ver marchar a Paco. Vendrá después y le hará compañía a la Paloma... ¡Chico, cómo está el cielo!... ¡Arde! Entré en el Imperial y no hablaban de otra cosa. Que si el *Guiri*, que si el *Laveño*... Que el madrileño es más juncal y con más salsa. ¡Pues vaya que el sevillano se queda corto!, saltaron unos. Y una *gachí* de esas con ojos como si fueran *talmente* farolas del paseo, va y les dice: «Pues Sevilla *pa ustés*, niños. Yo si me dan a elegir me quedo con el *gato*...»

Juan.—¡No estuvo muy pesada la mocita! Mira, ya viene Paco.

ESCENA SEGUNDA

(DICHOS y PACO EL «GUIRI», que viene abrazado a su madre; el novillero viste traje de luces y lleva al hombro el capotillo de paseo).

Paco.—¡Ánimo, madre! Dentro de un rato estoy de vuelta.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Nic.—¿Qué tal, valiente? ¿Los machos de esa taleguilla se apretaron?

Paco.—¡Hasta más no poder! ¿Y Encarna?

Nic.—Ahora mismo vendrá: no quiso verte ahora, no le diesen denteras al quedarse... (Suenan los cascabeles del coche de los toreros. Nicasio corre a asomarse a la reja).

Nic.—Ya tenemos ahí el coche. (A Paco) ¡Vamos, chico! (A Juan) ¡Andando, Juan!

Paco.—(Despidiéndose de Paloma) Ea, hasta luego... ¡Carolo!

Pal.—¡Que todos los santos te protejan! (Carolo cruza la escena cargado con los líos de estoques, muletas y un botijo).

Car.—¡Pa luego es tarde! (Marchan todos: Paco el primero. A la puerta asoman chiquillos y curiosos. Paloma, después que queda sola, entorna la puerta y se sienta junto a la reja).

ESCENA TERCERA

Señá PALOMA

Pal.—¡Pobre hijo mío! ¡Cuánto mejor estarías, como antes, sin esos colorines y ese oro, conmigo y con tu Encarna! (Se apercibe de que abren la puerta). ¿Eres tú, Encarna?

ESCENA CUARTA

PALOMA y ENCARNA

Enc.—¡Sí! Yo soy... Aún les ví al marchar y oí los cascabeles de las mulas que, como alfileres, claváronse en mi pecho... Y también le ví a él, algo pálido, muy guapo, sentado al lado de mi padre y de su padre que... vamos, a los dos les pegaba por *frescales*... Bueno, ahora a pasar

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

el mal rato entretenidas y seguras de qüe dentro de poco le tendremos aquí. (Con dulzura a la señá Paloma) ¿No es eso? ¿Encendió usted las luces a la Virgen? ¿Y las velillas al Patrón? (Paloma afirma). Pues a esperarle con toda confianza... ¿Y *Varillas?* Me dijo vendría esta tarde a acompañarnos. No tardará en llegar. (Pausa). ¿Paco descansó bien?

Pal.—¡Pobre chico! Llegó aquí muy cerca de las ocho. A la estación acudieron a recibirle su padre, el tuyo y los amigos: le entretuvieron. Cuando vino, ya tenía su cama bien mullida, arregladita y hasta el embozo abierto. Cayó en ella como si fuese plomo.

Enc.—¡Es claro, toda la noche en el tren!

Pal.—Al acostarse, le entorné el balcón y me pasé hasta las doce sentada junto a la puerta de su cuarto... Temía viniesen a despertarle, hablándole del apartado y del sorteo...

ESCENA QUINTA

DICHAS y «VARILLAS»

Var.—(Desde el umbral) ¿Me permiten?

Pal.—Adelante, Pepón.

Var.—Se le saluda, amiga. ¿Qué tal esos ánimos, Encarna?

Enc.—Tal cual, tal cual; ¿y usted como los gasta hoy?

Var.—Pues hoy... Verán si es raro... Hoy lo veo todo alegre, satisfecho: no sé por qué, pero así como otras veces, tiemblo y padezco y me repudro—no tanto como ustedes, pero tampoco

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

es grano de anís—pues hoy, repito, desde que me levanté que estoy tranquilo... Hoy no le ocurre nada malo, no... Y queda bien... Y le aplauden... Y en vez de traerle el coche, nos lo vuelven a caballo de los *golfos*...

Pal.—Que acierte, amigo, en que nos llegue sano.

Enc.—¡Quién pudiera saltar de un golpe estas dos horas!

Pal.—Me voy un poco adentro. Quiero rezar.

Enc.—También voy con usted.

Var.—Yo quedaré aquí cuidando de la casa.

(Salen las dos mujeres).

ESCENA SEXTA

PEPÓN, paseando desinquieto

Var.—No sé cómo pude mentir de tal manera. ¿Tranquilo, eh? ¡Y de llevar campanillas sonaban al andar de lo que tiemblo! ¿Contento, no? ¡Y con una seda no más, me ahogarían! ¿Satisfecho, verdad? ¡Y estoy tragando hieles! ¿Alegre, sí? ¡Y para no llorar, desde que entré me remuerdo los labios! Porque es hoy: hoy cuando le ocurre la desgracia. Aquí dentro me lo advierte el corazón a grandes voces... Y no me engaña, no. La angustia que me ahoga, me dice que ya llega el peligro, que se avecina el golpe, que la catástrofe temida... (Queda sin terminar la frase: el señor Nicasio aparece en la puerta trastornado, pálido, sin sombrero, con gesto de terror).

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ESCENA SÉPTIMA

«VARILLAS» y NICASIO.

Nic.—(En voz baja). ¿Y las mujeres?

Var.—En el cuarto... ¿Qué ocurre, qué pasó? ¡Hable! ¡Diga!

Nic.—Fué en el primer toro... Al tomarle de capa le empuntó por la muñeca, zamarreándole como un guiñapo; una desgracia que nadie pudo evitar... Al despedirle el bicho, Paco quedó manando sangre del brazo. La cornada es de cuidado, por el sitio en que está... En un coche, vine escapado para preparar a Paloma y a Encarna antes que él llegue; viene detrás, en otro coche, con Juan y el Doctor Luarco, que quiere curarle aquí y reconocerle bien la herida...

Var.—No debe usted entrar: se asustarían más al verle... Yo las prepararé... (Aparte). ¡Ay, corazón, no me engañaste! *(Varillas* entra en el cuarto).

ESCENA OCTAVA

NICASIO.

Nic.—¡Qué lástima! La tarde será para el *Laveño,* que queda con los seis toros para él solo... ¡Si hubiese sido al revés...! (Se oyen lamentaciones y lloros de la señá Paloma y Encarna). ¡Ya recibieron esas la lanzada!

ESCENA NOVENA

NICASIO, PALOMA, ENCARNA y el «VARILLAS».

Pal.—¡Ay, mi hijo!

Enc.—¡Padre, yo quiero la verdad! ¿Qué fué, qué ha pasado?

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Nic.—No alarmarse. Está herido en un brazo... Poca cosa... (Escuchánse voces en la calle; Nicasio atisba por la reja). ¡Ahí viene!

ESCENA DÉCIMA

Los anteriores. PACO, el señor JUAN, el doctor LUARCO, CAROLO y dos o tres amigos del torero. PACO camina por su pie, apoyado en su padre y en CAROLO: intensamente pálido, sin chaquetilla; una manta o capote le cubre parte del torso, y en el brazo izquierdo, manchas sanguinolentas salpican el vendaje.

Pal.—(Abalanzándose al herido) ¡Hijo! ¡Hijo!

Enc.—¡Paco!

Paco.—¡No es nada, madre! Un rasguño... ¡Encarna no te asustes!

Doc.—Vamos adentro. (Las mujeres lloran y siguen al herido que al marchar se apoya en ellas).

ESCENA UNDÉCIMA

«VARILLAS», NICASIO y los amigos.

Nic.—Hay que atrancar la puerta, si no nos vamos a ver cuajados de curiosos...

Var.—Yo cuidaré de ello. (Vase hacia la puerta y corre el cerrojo).

Nic.—Tan sólo deben de pasar los periodistas... (Aparte) ¡De esta vez, me conoce todo el barrio y salgo en los papeles!

Amig.—Yo espero a que termine la cura... Lo que diga el doctor, será para mí artículo de fe...

Nic.—¡Sí! Ve mucho ese hombre... Al *Tajuña* le dejó como nuevo y eso que la cornada era espantosa...

Var.—Pues que acierte con Paco y no sea nada.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Nic.—Nada, sí qué es... El cuerno atravesó la muñeca y al campanearle en el aire, quizás quebró el hueso...

Var.—¡Qué horror!

Amig.—¡Bah, no será tanto! Si no hay rotura, antes de tres semanas en la plaza.

Nic.—¡Ojalá!

ESCENA DUODÉCIMA

DICHOS y el doctor LUARCO, al que acompañan ENCARNA y el señor JUAN.

Enc.—¿Doctor, es muy grave?

Juan.—¿Tardará en curar?

Nic.—¿Quedará útil?

Doc.—Grave, es decir de peligro, no... Curar, tal vez cure en plazo no muy largo, pero quedar útil... temo que no. Tiene cúbito y radio fracturados y se notan esquirlas... Quedando bien, muy bien, restará con la mano anquilosada: para su profesión, inútil... Al herido, no hay que decirle nada de esto...

Nic.—¡Maldito toro y cómo se lleva entre sus cuernos tantas cosas!

Doc.—¡Ánimo, Juan!

Juan.—¡Ya lo tengo...! ¡No llores así, Encarnita! Muy grande es la desgracia, pero peligro no hay, según dice el doctor, y curará pronto... Y si no es torero, queda tuyo del todo, sin cuidados, sin temores, como antes...

Var.—(Aparte). ¡Como antes, no: lo estorbarán los resabios de la gloria!

TELÓN

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

CUADRO TERCERO

Habitación interior, modesta y decorada con pulcritud y aseo. A la derecha, puerta que comunica con la taberna-colmado de los dos cuadros anteriores. Al foro, reja que da a la calle. A la izquierda, puerta de alcoba. Anochece.

La colocación de los personajes, como sigue: Paloma, de espaldas a la reja; Encarna y Paco, a ambos lados: los tres sentados alrededor de un tendur o camilla. El *Varillas,* pasea, aproximándose de conformidad con el diálogo.

Paco lleva encabestrillado el brazo izquierdo.

ESCENA ÚNICA

Señá PALOMA, ENCARNA, PACO el «GUIRI» y el «VARILLAS»

Pal.—No estés así, Paco, hijo mío... ¡Siempre triste! Considera que pudo ser mucho más... Sólo al pensarlo tiemblo...

Paco.—¿Pudo ser más...? ¡Sí...! ¡Tal vez lo hubiese preferido!

Enc.—Paco no digas esas cosas.

Pal.—No blasfemes... ¿Y tu padre? ¿Y yo? ¿Y Encarna?

Paco.—Tenéis razón... No sé lo que me digo... Los otros días, casi me conformo y pienso que a vuestro lado aún puedo ser feliz... Que los toros, el sol, los colores, los aplausos, fué un sueño no más, y a no ser por mi mano mutilada, que siempre me recuerda la realidad, lo olvidara... Pero los días de fiesta, los domingos, como hoy, no puedo... Son los días en que yo bregaba y no puedo menos que pensar en ello... Desde que nace el sol, comienzan mis memorias... Carolo, me despertaba después del apartado: «Paco, tie-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

nes unos *moritos,* que ni de encargo; gordos, lustrosos, sus morrillos relucen como la seda; uno berrendo, cornigacho; el otro, retinto, mogón del derecho, del de la muerte...» Después del desayuno, venían los amigos; un ratito de cháchara y a vestirse... «¿Qué traje?», preguntaba Carolo, y casi siempre, prefería de mis ternos, el perla y oro con que me cogió el maldito... Me afeitaba Carolo... Puestas las medias de algodón y las de seda, calzábame los zapatos de torear; la taleguilla; la faja sujetando la cintura; el chaleco cuajado de caireles brillantes como joyas, y la chaqueta, tan pesada a fuerza de bordados; la amadroñada montera; el capotillo y... al coche, camino de la plaza...

Pal.—Olvida, hijo...

Paco.—¡No puedo, madre! Al entrar en el coso, ciego y deslumbrado por el sol, la turba que lo llenaba me parecía el mar, susurrante, embravecido o manso como un estanque... Movíanse los abanicos, como flores; gritaban los vendedores, como pájaros; y las músicas, dijérase que sonaban en las nubes... El dejo del clarín lo sofocaba todo y se sentía pavor aquel momento... Después, ya no. Después, los aplausos, enardecían, emborrachaban, galvanizando el miserable cuerpo, y por lograr uno más, se ofrecía la vida innumerables veces... Hoy todo pasó... Quedé lisiado e inútil... Cortastéis mi coleta... Tenéis razón... Vosotras dos sois mis amores. Grande el tuyo, ¡oh madre...! Inmenso el tuyo, mujer... Y ellos me salvan, pues si no fuera por ellos...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Pal.—¿Otra vez, Paco?

Var.—Pues si así las quieres, a probarlo, niño grande, mimón... Ahí tienes a tu vieja, esa santa que tanto pasó por tí... Tú, lo ignoras. Los días de corrida, sufrió más, mucho más que tú has sufrido... Siquiera, tú, tenías los aplausos; ella, penas no más... Mira a tu Encarna, pendiente de tus labios, viviendo de tus ojos... Aún puedes ser feliz... Olvida, Paco; olvida y ama...

Paco.—¡Sí, Pepón! ¡Madre, Encarna, os lo prometo! (Junto a la verja, cruza un chicuelo voceando los periódicos de la tarde).

Vend.—*¡Heraldo,* la *Corres,* con el triunfo del *Laveño!*

Paco.—(Al escuchar el pregón, cambia la expresión del rostro de Paco y se troca en gesto desesperado, amargo). ¿Olvidar? ¿Y cómo, cómo? (Inclina la cabeza en silencioso lloro; Paloma y Encarna sollozan también. Por la puerta que comunica con la taberna entran el señor Juan y Nicasio, que regresan de los toros; el último lleva una banderilla en la mano. Al sorprender a triste escena, Nicasio interroga a Pepón con la mirada).

Var.—(Contestando al gesto de Nicasio). ¡Esos, esos son los malditos resabios de la gloria!

TELÓN

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

CUENTO TRISTE

BIBLIOTECA VALENCIANA - VALENCIA -

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

CUENTO TRISTE

I

La primera vez que la ví, me llamó la atención por eso: por la infinita tristeza que observé en sus ojos.

Pálida, demacrada, aún conservaban sus facciones restos de lo que fué: una hermosa mujer. Mas aquellos vestigios de belleza desaparecían, velados y borrosos, con la mirada de pesadumbre y pena que, en estereotipado gesto, le ensombrecía el rostro.

Sentada en alta silla, junto a las mal unidas tablas que formaban su puesto en la plazuela, apenas si se fijaba en la sabrosa mercancía que, tentando la codicia de los madrugadores parroquianos, ofrecía a la venta.

Pilas de langostinos, temblaban bajo sus caparazones de viviente cristal; más allá, los nacarados salmonetes lucían sus escamas irisadas junto

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

a las plomizas merluzas de albo vientre; las langostas, con sus corazas de púas, alargaban sus brazos esqueléticos cerca de las viscosas masas de los pulpos; azuleaban las sardinas, inmediatas al bronce leonado de los meros y las rayas, ventrudas, mezclaban su asquerosa tripa a los lechosos tonos de los pálidos lenguados; cangrejos negruzcos como arañas gigantescas, pescadillas con destellos de cadmio y calamares rezumando obscuros líquidos, confundían sus formas y colores.

La vendedora, sin las ansias de las otras compañeras por atraer compradores a su puesto, permanecía muda, taciturna, como doliente esfinge o imagen sombría de ignorado drama.

Al acercársele un comprador le atendía deferente y amable, pero con gesto sobrio y parca conversación, cumpliendo su deber escuetamente. El charloteo, la picante gracia, las discusiones, bromas e improperios de las demás amigas y compañeras, le era desconocido, o si lo conoció, lo olvidara.

Alcanzaba de la mesa el género pedido, lo pesaba, se embolsaba su importe y otra vez a mecerse en sus recuerdos.

Los concurrentes al mercadillo, sabían su sistema.

¿Regateos? No valían... ¿Discutir precios? Para qué: trabajo inútil. Si querían comprar, bueno, que comprasen... Qué no... Era igual... Quedaba como traspuesta, con la vista perdida allá a lo lejos, solicitada por la eterna visión que la afligía.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Tenía buena parroquia. Su triste historia, conocida de algunos; la carencia, en su puesto, de soeces burlas, palabras malsonantes y... otras lindezas que gastaban las del gremio, le atrajo compradores.

Sus compañeras la respetaban todas, uniendo a su respeto visos de conmiseración por sus desdichas.

—¿Quién, Carmen? ¡Pobre...! ¡Virgen qué martirio...! Otras desgracias plañieron todas; pero fueron golpes, hachazos que aturdían de pronto; después, el tiempo cicatrizaba la pena quedando solo el recuerdo... Lo de Carmen era muy fuerte... ¡Siempre la misma cruz!

Me empeñé en conocer el triste drama. Torné por el mercadillo. Hice amistad con otras vendedoras. Una, al fin, satisfizo mis preguntas.

—¿Lo de Carmen...? ¡Sí! Una desgracia horrible... Vino en los papeles... ¿Quiere que se lo cuente...? Bueno... Espere... Cuando acabe.

Regateaba con unos compradores, defendiendo unos céntimos. Se fueron sin comprar. Volvióse a mí, furiosa.

—¿Ve usted...? ¡Cochinos...! Se marchan por unas *perras*... ¡Pues no dicen que el pescado es caro...! Oiga, señor, escuche... Conocerá lo de Carmen... Ni apropósito...

II

Carmen nació en el Cabañal.

Su padre y sus hermanos, ganábanse la vida con las redes; su madre, murió siendo ella niña.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Carmeta—la llamaban así entonces—odiaba al mar.

¿Presentía, agorera, su desgracia? No: aborrecíale por instinto, maldiciendo indignada el perro oficio que tenían su padre y sus hermanos.

—¡Señor, qué vida! ¡Siempre en un ay!

Y era verdad.

Al comenzar la pesca—la temporada del *bou* —escapaba de casa la alegría yéndose con los hombres, en sus barcas, lejos, muy lejos, a aquel maldito mar y no tornaba hasta la vuelta de ellos.

Mas ¡ay! que para algunos, jamás volvió. Quedaba allá, muerta, sepultada en el abismo con los que la llevaron.

Y Carmen temía por los suyos.

Así vivió.

Al hablarle de novios, afirmaba que de tenerlo sería de otro oficio.

—¿Pescador? ¡No, muchas gracias! Bastante pasaba ahora... ¿Había de sufrir así toda su vida, primero con el padre y los hermanos, con el marido luego y después con los hijos, iguales amarguras, los mismos sinsabores, aquella incertidumbre cruel de los días de pesca...? ¡Palma mil veces!

Burlábasele su padre y reían fisgones sus hermanos.

—Qué cosas tienes, Carmeta—decíale el viejo lobo de mar.—¿Pues dónde y nada mejor que nuestro oficio? Libres, sin amos, dueños del mar y de las barcas, tenemos pan, salud... ¿Nos falta algo...? ¿Que hay peligro...? ¡Bah! Menos del que se dice... ¿Que de tarde en tarde algunos de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

los que van al mar ya no regresan...? Cierto... Al fin y al cabo, cada cual tenemos escrita nuestra suerte y al que le toca en el mar... allí se queda. ¿Y el que en tierra se cae de un andamio? ¿Y aquel a quien aplasta el tren...? ¡Bien están los oficios! Además del peligro, huelgas, maquinarias que abaratan el trabajo y un jornal miserable... Ya cambiarás, Carmeta, ya cambiarás, si no has cambiado...

Se interrumpió, mirándola risueño.

—¿Con que novio que no sea de los nuestros?—saltó el hermano mayor.—Pues no dicen eso tus amigas. Cuentan que...

—¡A callar!—atajó el padre.

Carmeta enrojeció como la grana.

—¿Qué cuentan, dí, qué cuentan...?

Reían sin contestar a su pregunta.

Carmeta quedóse pensativa,

¡Sí! Todos daban como cierto lo que ella pretendía desvirtuar constantemente.

Sènto, el mozo más bien plantado del Cabañal, la quería y no se recataba en proclamarlo. Era amigo de casa y pescador también, como los suyos.

El padre del muchacho, patrón de barca, lo repetía a cuantos querían escucharle:

—...«Cuando Carmeta quiera, a la iglesia... Su barca, la *Remedios*, era para los chicos. Sería su regalo... Con el primer nieto la pagaban...»

Y Carmeta, adoraba al guapo mozo por el que las demás chicas del Cabañal se perecían. Su miedo al mar, aquel fatídico pavor que

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

le infundía, la hicieron resistir desesperada y terca.

—¿Qué hacer, Señor, qué hacer?

Pasaba las noches desvelada, luchando, rebelándose contra aquel amor que, contrariado, metíase poco a poco en su pecho, arraigando contra su voluntad en lo más hondo... Algunas veces, creyóse vencedora: le bastó encontrarse en la calle al pinturero chaval, para sentir derrumbada su fingida fortaleza, baratija de naipes que su imaginación forjara.

Pudo más el cariño.

Se casaron. Vino un niño: *Miliet*. Crecieron los negocios. Sènto, compró otra barca, la *Carmeta*. Todo iba bien. Carmen, olvidada de sus terrores, se acostumbró a aquella vida.

—¡Tenía razón su padre! Cada cual se traía su sentencia al nacer...

Miliet cumplió ocho años. El mar le atraía con la maldita afición de la familia. En vano, Carmen, buscaba contrariarle. Jugó de pequeño con barquitas; después, con redes, anzuelos y aparejos. Una vez se escapó, mar adentro, en una lancha. Carmen le pegó: tornó a escaparse.

El padre, los tíos, los abuelos, todos aplaudían las tendencias marineras del chiquillo.

—Tú, pescador ¿no?

—¡Sí! Patrón de barca. Amo de la *Carmeta*, —contestaba *Miliet*.

—Mira, Carmen, la cabra tira al monte y el chico al mar—adujo el suegro en más de una ocasión, defendiendo al muchacho.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

La primera vez que embarcó, por la noche no pudo conciliar el sueño.

—¿Ya es hora?—preguntaba intranquilo, temiendo le dejasen en tierra.

A bordo, parecía loco. En alta mar, brincó pataleando de alegría.

Fué, más tarde, otras veces.

Una noche, preparando las barcas para botarlas al mar de madrugada, su padre le preguntó.

—¿Vienes mañana? Tú no has visto pescar al *palangre*.

Para que más. Saltó a su cuello, alborozado.

—Bueno... Bien... Quietecito... Irían en la *Remedios*, acompañándoles Batistet el grumete. El abuelo embarcaría en la *Carmeta*...

III

Salieron de noche aún.

El cielo, constelado de estrellas, parecía infinita almáciga de oro rutilante. De cuando en cuando, se ocultaba una luz naciendo otras: dijérase continuo parpadeo de millones de ojos que, invisibles, asomaban tras el misterioso más allá de las negruras.

Entraron mar adentro. La brisa de Levante estremecía la latina vela, y la *Remedios*, espoleada así, adelantaba en bruscos saltos, cortando con la proa las inquietas olas que le oponían resistencia.

Se hallaban a bastantes millas de la costa.

—A pescar—ordenó Sènto.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Lanzaron los *palangres* y cebaron los cabos.

A poco, salió el sol. Como hostia ensangrentada surgió a ras de las aguas, tornando del infinito donde estuvo oculto. Cárdenas nubes huían a su paso, transformándose en celajes encendidos: una, más atrevida, nubló su faz quedando rezagada. Ascendió el planeta: la obscura nubecilla, quedó en el horizonte, como turbio borrón que lo manchaba.

Asentado en la popa, junto al timón, Sènto contemplaba el crepúsculo. Su mirada se detuvo en la lejana nube, escudriñándola con ira. Arrugó el entrecejo.

—¡Malo! Tendremos fiesta. Cambia el viento... ¡Pronto! ¡A casa!—gritó a los chicos, que entretenidos tiraban de los cabos.

Rápidamente embarcaron los aparejos, virando hacia la costa.

—Con el andar de la *Remedios*, en hora y media en casa—pensó el patrón.

La nube medraba a toda prisa. Creció agrandándose; se agigantó después, corriéndose por el espacio, velando el sol. Sopló el viento con fuerza: súbito se convirtió en huracán. Anchas gotas, como monedas, cayeron precediendo al aguacero. Tronó el cielo, fulgurando numerosas exhalaciones.

La *Remedios* cabeceó. Después, al fuerte embate de las olas, ora se inclinaba de un lado acobardada por las disformes lenguas que pugnaban por atcanzarla, bien se embravecía mostrando erguida la proa a la tormenta.

Sènto en la popa, sujetaba al niño con una

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

mano y con la otra regía la caña del timón. Batistet, se abrazó al mástil, clavando sus uñas en el palo.

—¡Quita de ahí!—gritaba Sènto, advirtiéndole el peligro. El *gato* loco de terror, no le escuchaba.

Rugía la tempestad, siguiéndose las olas, grandes como montañas unas veces, arrebatando la barca hacia lo alto; otras, traidoras, mansas, la sumían en las simas procelosas. Cuerdas, remos y aparejos desaparecieron en las aguas. Un golpe de mar tronchó el mástil, que se hundió arrastrando a Batistet, envuelto en la vela como en fúnebre sudario. Quedó desarbolada la *Remedios*. ¡No había salvación!

Sènto, agarrado al chiquillo, esperaba la catástrofe.

Una ola enorme levantó la barca y al bajar la volcó.

Sènto al caer, aseguró a su hijo.

—¡No te asustes!... Vendrá una barca y marcharemos en ella...

Pasó algún tiempo.

Sènto nadaba con firmeza, sosteniendo a *Miliet* en sus espaldas. Los bracitos del niño, se apretaban ansiosos a su cuello.

De pronto el dulce lazo se aflojó.

—¡Sostente, *Miliet*, aprieta!—gimió Sènto.

Miliet no pudo obedecerle. El cansancio abrió sus bracitos y fuese al fondo, recto, a plomo, como una bala. Siguió el padre trás él. Buceó largo rato... El instinto, más que la voluntad, le sacó a flote. Miró a lo lejos.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—Ahora, sí... Ya cerca distinguió una barca... Venía hacia él... Le habían visto...

Se echó a reir.

El auxilio llegando demasiado tarde, cuando ya su *Miliet* dormía allá bajo para siempre, robárale la razón.

Al izarlo a bordo, quedó como atontado, sin contestar, sin comprender, mirando las verdosas olas que se estrellaban contra las bandas de la barca.

. . . . . .

Hubo que llevarlo a Jesús, al Manicomio. Y allí sigue. Su locura, es la misma, invariable. Aquellas horas terribles cristalizaron su cerebro. Piensa que está en el mar. Lucha, bracea, rema. De cuando en cuando, repite en su agonía:

—¡Sostente, *Miliet,* aprieta!

Cree tener al hijo aferrado a sus espaldas e inclínase, escorzando la cabeza, como sintiendo en torno de su cuello los contraídos brazos, y sus ojos acechan anhelosos el mentido horizonte creado en su locura, vislumbrando la fingida barca que ha de salvarles...

Carmen le visita con frecuencia: la desconoce, y la infeliz, regresa cada vez más desconsolada.

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

UNA BROMA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

UNA BROMA

En casa de Francisco, en la taberna del *Sirialòt,* era donde se armaba la partida.

Pepe *Rata*, Tòni el de *Chimeta,* Chuano el *Carniser* y Huiso *Talála,* componían el cuarteto para el tute.

Todos los domingos del año, más las fiestas, ya se sabía: ni precisaba aviso. Dando las tres, en el *Sirialòt*. Jamás faltaron.

Sólo una vez, *Talála* cayó enfermo de pulmonía y no pudo asistir. Mientras la enfermedad fué grave, siguieron los otros la partida en la taberna: cuando Huiso convaleció, dejaron de ir al *Sirialòt* y, provisionalmente, trasladáronse a casa del doliente, reanudando allí el interrumpido tute. Huiso, incorporado en la cama, abrigada su cabeza con la gorra y unas mantas alrededor del cuerpo, febricitante aún, jugó con sus amigos.

Tornaron al *Sirialòt* al estar bueno.

A su llegada a la taberna, no paraban: diri-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

gíanse rectos a un cuartito habilitado para el caso: su reservado. El tabuco, inmediato a la entrada, era mezquino, mal oliente, con luz escasa que por una sola ventana recibía: sin embargo, para ellos, la misma gloria. Allí olvidaban lo corto de las cosechas, el último pedrisco que asoló los campos, la dolencia del cerdo, el próximo parto de la mujer... ¡Allí, no había más que tute!

Al entrar, tendían una manta sobre la mugrienta mesa, ocupaban cada cual su respectivo puesto y... al avío. Poco después, llegaba el tabernero con un *porrón* de vino, enorme, a colmo; dejábalo inmediato a los jugadores en otra mesita más pequeña, y desaparecía, igual que entró, mudo, silencioso. Al salir, entornaba la puerta con cuidado, no fuese que algún curiosón molestase a los amigos.

Los cuatro contertulios pasaban allí la tarde entera.

—¡Veinte de oros!—decía uno de cuando en cuando, interrumpiendo el monacal silencio.

—¡Arrastro!—retrucaba otro.

—¡Fallo!—respondía el de más allá.

Jugaban con verdadera unción a pesar de que interesaban poca cosa: unos céntimos. Defendíanlos con rabia, con encono, como si se tratase de cantidades fabulosas. Una jugada difícil, se meditaba mucho: si había algún renuncio, los comentarios eran violentos.

El que repartía las cartas no jugaba: aprehendía el *porrón* y durante unos segundos... escudriñaba las telarañas que hubiesen en el techo.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

De tarde en tarde, ronda de cigarros. Suspendían el juego unos minutos. Hablaban de las últimas jugadas. Prendían fuego.

—¿Quién es mano?—demandaba uno.

Y proseguían de nuevo la partida.

Al menguar la luz, retornaba el tabernero sin llamarle. De un clavo pendía un candilejo, les renovaba la ración de vino y se escurría otra vez, cerrando la consabida puerta.

Al dar las ocho, cesaba la partida. ¡Cada mochuelo a su olivo!

Salían siempre igual.

—¡*Ché*, qué tute el de Huiso!

—¡Si tú hubieras seguido con los bastos...!

—¡Para cuarenta *ful*, las de Pepe: de sota y... pie!

—¡Sí! Una *chamba*...

Acompañábanse hasta sus casas. Primero dejaban a Chuano: vivía cerca, en la calle Mayor. Después, se despedía Tòni: su casa se hallaba junto a la iglesia. Los otros dos, descendían la cuesta del barranco, subiendo al barrio de Vistabella: a la entrada, en la segunda casa a mano izquierda, quedaba Huiso. El último, Pepe, residía dos puertas más allá.

Y hasta el domingo próximo, si es que no se terciaba alguna fiesta entre semana.

En el pueblo se conocía de antiguo la partida. *Los del tute,* llamábanles comunmente, y algunos, más malévolos, exageraban la ironía apellidando a Huiso el *Rey de copas,* por lo borracho; *el de bastos*, a Tòni, por las frecuentes palizas con que obsequiaba a su mujer; *Rey de espadas,* al

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Carniser, por su oficio, y *el de oros* a Pepe el *Rata,* por ser, entre todos, el de más posibles.

Los parroquianos del *Sirialòt,* curioseaban a veces la partida, entrando en el cuartito donde se hallaban los del tute. Algunos permanecían con ellos largo rato, interesándose en las diversas alternativas que ofrecía el juego. Entre aquellos curiosos, asistía un viejo, el *agüelo Colom,* que aficionado al tute, lamentaba no ser de la partida. Los días que Huiso estuvo grave, jugó con los otros formando el cuarto punto. Pero no les servía: de mucha edad ya, sorprendíale el sueño, bien jugando, bien cuando actuaba de mirón, y sus ronquidos, como silbar de fuelle, escuchábanse desde fuera del cuarto. Dábanle con el codo.

—¡Mire, *agüelo*, qué cartas!

—¡Con eso, iba yo solo!—respondía, fingiendo que estuvo atento al juego.

Y al instante, recomenzaba su modorra y sus ronquidos eran mayores, como caño de desagüe que se atranca.

Un día, Huiso *Talála,* miró a sus compañeros, y señalando al viejo *Colom,* que doblada la cabeza iniciaba la quinta o sexta siesta de aquella tarde, les dijo:

—¿Le damos una broma?

Interrogaron los otros con la mirada.

Huiso, en voz baja, expúsoles su ocurrencia.

Asintieron.

—¡Buena idea!

—¡A ello!

—¡De seguida!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Levantáronse dos con sumo tiento: uno de ellos, cerró con cuidado la ventana, tapándola además con unos trapos, evitando penetrase la luz por los resquicios; el otro, llegándose a la puerta, cerró el pestillo y por debajo, apelotonó una manta cubriendo las ranuras.

Quedó el cuartucho en total obscuridad.

Con gran cautela, tornaron a sus puestos ambos jugadores.

Los ronquidos de *Colom,* en progresión creciente, repercutían como pródromos de tormenta.

El que estaba sentado junto al viejo, dióle fuerte codazo, despertándole; en tanto que los demás amigotes decían, de acuerdo con lo que les previno Huiso:

—¡Veinte en copas!

—Espera que no lo cantas: te fallo con el tres.

—¡Qué lástima...! ¡Mire, *agüelo,* mire con qué cartas me lo birlan!

Creyó el viejo soñar al despertarse... Oyó las voces de los que fingían jugar... Miró en la obscuridad... Se restregó los ojos... Volvió a abrirlos. Y con lastimoso grito, clamó desesperado:

—*¡Sego...! ¡Estic sego...!*

Los cuatro *Reyes* soltaron alegre carcajada.

Al abrir el ventanuco, dando fin a la broma, el infeliz *Colom* yacía desmayado, tendido en el suelo sobre las baldosas...

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

JUSTICIA DIVINA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

JUSTICIA DIVINA

PARA MI HERMANO
ALFONSO TODA Y NUÑO DE LA ROSA

CRISTO-JESÚS andaba por el mundo. Le acompañaban Pedro y Juan, sus predilectos.

Desde el excelso trono en donde está, en su Gloria, sintió la nostalgia de la tierra y a ella se encaminó con sus discípulos.

Jesús iba vestido de *moujik;* Pedro representaba un *pope* anciano, y Juan parecía un joven mercader de los Urales.

Caminaban por los dominios de nuestro padre el Czar, y habían recorrido en su jornada muchas *verstas*.

Las postreras luces del crepúsculo penumbraban la tierra con la sombría gama de sus desmayados tonos.

El sol traspuso las rocosas cumbres de los Braskacks.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Comenzaba a nevar y los menudos copos, semejando albas flores, se detenían, congelados, en los vértices de las ramas de pinos y de alerces, recubriendo líquenes y helechos, posándose en las rasantes de las peñas, formando extensa capa en los declives más pronunciados de la árida llanura, yerma, infinita, como dormido mar.

Pedro, se sentía fatigado; Juan también; Jesús tan solo avanzaba animoso, ágil, fuerte.

A la vista de los celestes peregrinos, lejana aún, apareció ingente mole de señorial mansión.

Los cubos de la robusta fortaleza, las cortinas de sus baluartes y murallas, los huecos de sus ojivas y ajimeces y la dentada crestería de almenas y bastiones, se ensombrecían con las opacas tintas de la vecina noche. Solamente en lo más alto, en la cima del sólido edificio, reflejando en el pizarroso techo del torreón central y en los escarolados herrajes de las agudas veletas, flotaba, casi imperceptible, el último jirón de luz del moribundo día.

Cristo y sus Apóstoles dirigieron hacia allí sus pasos.

A su llegada, tendían el rastrillo para que entrase el *barine* que tornaba de la caza.

Numerosos siervos conducían las traillas de atigrados podencos, alanos de quijadas poderosas y corredores galgos. Otros arreaban los caballos de la narria en la que, en confuso montón, se apilaban las piezas cobradas en el monte: dos jabalíes añosos, colmilludos, mostrando en sus ensangrentados cuerpos las señales de la rabiosa lucha con que defendieran su vida; tres ciervos

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

de poblada cornamenta; una zorra; varias martas, y un armiño, componían el botín de la jornada.

El castellano, cabalgaba en fogoso corcel que, aun después de las fatigas de la caza, revolvíase impaciente, regido por la dura mano del *barine*.

Dos hijos del señor, marchaban a ambos lados, también jinetes, en potentes brutos.

Los santos viajeros admiraron la comitiva que atravesaba el puente.

Rendido, humilde, pidió Jesús hospitalidad y cena.

Los contempló el *barine* con expresión soez de burla y menosprecio.

—¡Raza de vagos! ¡Miserables...! ¿Eso queréis no más? ¿Contáis con oro? ¡Ni un *kopek!* ¿Cierto...? ¡Idos, idos lejos de aquí y cuidad que no os suelte mis alanos!

Insistió Jesús, dulcemente.

—*Barine,* el frío es duro... La noche larga... El hambre aprieta... ¡Por caridad!

—¡Oro, esa es mi ley! Si lo tenéis, pasad: si no marchaos. ¡Oro, oro quiero!

—¡Tendrás lo que deseas!—le respondió el Señor.

Se apartaron de allí, internándose en el bosque.

Anocheció.

El cielo, se pobló con multitud de estrellas; eran los ojos de los ángeles fijos en Cristo-Dios, su eterno dueño. Rutilaron más luces en incontables constelaciones de diminutos luceros; serafines y querubes que acudían presurosos a contemplar a su Rey.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Seguía la nevada.

Hería el frío como punzante aguja.

—¿Señor, qué hacemos?—interrogó San Pedro.

—¡Esperar, Pedro, esperar... esperar siempre!

Juan callaba resignado.

Aún muy distante, titiló incierta lucecilla.

Pedro la distinguió.

—Señor, mirad qué luz.

—Vamos allá—le respondió el *Rabí*.

Arribaron.

Era una *isbá*, pobre, pequeñuca: nido de mendigos, albergue de infelices. Su única ventana transparentó el resplandor de una fogata y a través de los vidrios, distinguieron a débil viejecita que acurrucada junto al hogar, extendía sus manos sarmentosas al amor de la lumbre.

Llamó Pedro, obedeciendo a Jesús que lo mandara.

—Entrad quien quiera que seáis—contestó la ancianita.—Levantad el pestillo... Yo no puedo acudir... Estoy enferma...

Adelantaron, entrando en la *isbá*.

Interrogó Jesús:

—¿Madrecita, quieres darnos pan, lecho y abrigo por esta noche?

—De seguro... Avanzad... Estáis calados... La nieve derretida gotea en vuestras túnicas... Venid aquí... Cerca del fuego... ¡Más aún! En la alacena, hallaréis *puds* de pan, queso y vino... Comed y bebed... Animaos... Después que os fortalezcáis, ahí dentro, en el establo hay abun-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

dante paja: os servirá de lecho... No sentiréis el frío: mi corderillo caldeará la cuadra... Perdonadme la pobreza de lo que os doy... No tengo más...

Jesús, sonreía con inefable gesto; Pedro, callaba, junto a las brasas; Juan, silencioso, quedóse pensativo.

Comieron y aplacaron su sed los divinos viandantes.

—...Y ahora, madre,—demandó Jesús,—dime: ¿Estás satisfecha de tu vida? Te veo pobre, enferma, nadie te acompaña...

—¡Sí, buen *moujik!* Soy pobre: Dios, bendito sea, así lo quiso. Estoy doliente: Quien de todo dispone, me dió esa cruz para purgar mis faltas. Estoy sola: Él, llamó a su seno a cuantos formaron mi familia y con Él me aguardan... Sólo una cosa me inquieta: el corderillo. No tengo más bien ni otro caudal... Hay días que le escasea el alimento... Quisiera estar tranquila...

—¡Será como tú quieres!—profetizó el Señor.

Pasaron al establo.

Ya allí, Cristo-Jesús y sus Apóstoles, cumplida su misión, volaron a los cielos. Mas antes de arribar al Santo Empíreo, Pedro aún pudo ver que un lobo, trincando del cuello al corderillo, salía de la *isbá,* arrastrándolo al bosque... Atónito contemplaba el Apóstol a la fiera, cuando en raudo vuelo pasaron junto al castillo. Sonaban voces y gritos de alegría. Pedro atendió.

—¡Gloria al *barine!* ¡Dichoso él que ha encontrado un tonel de oro!—escuchó entre los vítores.

El santo dirigió su mirada hacia el Maestro.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¿Qué piensas, Pedro?—dijo Jesús.

—Señor, yo...—y el santo no se atrevió a responderle.

—¿Piensas en mi justicia? ¿En que a quien nos ofendió le he dado oro y a la que nos bendijo le mandé una fiera que le hurtó el corderillo? ¡Torna, Pedro, te lo permito, te lo mando...! Baja otra vez al mundo, pasa por la mansión del *barine,* penetra en la cabaña... ¡Marcha, marcha!

Pedro volvió a la tierra.

Llegó a la *isbá:* inmenso halo de luz circundaba la choza, irradiando en celestes claridades. La madrecita descansaba en inmutable sueño. Al desaparecer con la fiera, su único cuidado, descansó para siempre en el seno de Dios.

Se dirigió al castillo. Desde lejos, percibió tremendas llamaradas. Cuando llegó, la mansión señorial se desplomaba convertida en crepitante hoguera... Algunos siervos huían del incendio, temblando de terror. Preguntó el santo.

—...El *barine,* con sus hijos, descendió a la bodega en busca de provisiones. Al abrir la espita de añejo tonel, manó inmenso tesoro. Padre e hijos se pelearon por recoger el precioso metal, porfiando por quién tomaba más. El padre mató a un hijo... El otro pudo escapar, pero alocado, con la luz que llevaba, prendió fuego al castillo. Y en él murieron abrasados con el mortal tesoro.

El Apóstol ascendió a la Gloria. Ya próximo, distinguió que Jesús se avecinaba y columbró la nube en que venía, precedida de truenos, escoltada de cárdenos relámpagos y refulgiendo en deslumbrantes culebrinas... Junto al Eterno, la

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

vieja de la *isbá*, sonreía dichosa; y en la base de la nube, donde bramaba la infernal tormenta, un rayo hundía en los abismos el alma del *barine*...

Pedro se prosternó anonadado.

—¡Cuán grande es tu justicia, mi Dios!—murmuró entre sollozos.

* * *

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

LUCHAS FRATRICIDAS

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

LUCHAS FRATRICIDAS

I

A las tres de la mañana del primero de Octubre de 1838, el redoblar de los tambores carlistas despertaba a las partidas de Cabrera acampadas en Valdealgorfa.

De las angostas callejas del poblucho afluían a la vía principal, en apresurada marcha, confusas masas de soldados que, orientándose difícilmente en la obscuridad, tomaban la dirección de las afueras de la villa.

El trote de los caballos, el tintineo de espuelas y el rechinar de sables y fusiles, mezclábase a las distintas voces de mando surgidas de puntos diferentes.

Cabrera había concentrado en Valdealgorfa, no sólo sus propias fuerzas, sino también las de otros cabecillas que operaban bajo su mando. Forcadell, Quílez y algunos más se le habían

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

reunido en la noche anterior, y aunque las más de las veces preferían campar por sus respetos, en aquella ocasión, tan insistentes fueron los apremios de Cabrera, tan terminantes sus órdenes, que dejando todos sus proyectos y correrías, acudieron puntualmente al lugar de la cita: Valdealgorfa.

A prima noche celebróse consejo.

Cabrera expuso su plan.

Tratábase de sorprender a los cristinos que pernoctaban cerca de allí. Pardiñas, el general más joven del ejército contrario, al frente de la división llamada el *Ramillete,* dormía aquella noche en Maella. Tenía confidencias de aquella misma tarde. Obraban en su poder dos partes interceptados al enemigo. Los leyó. En el primero, aseguraba Pardiñas conocer el rastro de Cabrera; en el otro, prometía para muy en breve, decisiva victoria... Y él, Cabrera, quería contestar con hechos a tales provocaciones... Para eso los había reunido... Marcharían de madrugada... Saliendo el sol, en Maella...

Formaban las tropas en las inmediaciones del pueblo. Los batallones de Mora, dos de Guías, los de Tortosa y el 2.º de Ligeros alineáronse a ambos lados; en vanguardia, las guerrillas compuestas en su mayor parte de valencianos y aragoneses, mas los contingentes de las partidas que acudillaban Quílez y Torner.

Cabrera avanzó a caballo, inspeccionando los cuerpos. Detúvose junto a los batallones tortosinos y les arengó en su lengua. Después, pasó al frente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¡Muchachos, ya sabéis qüe nunca os engaño!—gritóles con voz recia.—¡Hoy hemos de destrozar a los cristinos! ¿Me ayudaréis?

Aclamáronle los soldados.

Un redoble de cajas sofocó los vítores.

Queda, silenciosamente, iniciaron su avance las partidas.

Apretaba el frío.

Los soldados, con el fusil en bandolera, pugnaban por abrigar sus manos ateridas entre los pliegues del capote.

Un lucero titiló estremecido, como en doliente adiós, y desapareció en el firmamento. De los caseríos que poblaban la campiña surgieron con las estridentes dianas de los gallos, balar de ovejas y aullidos de mastines. La tierra despertaba envuelta en grisáceos vapores, como vahos de inmenso dormitorio. A la indecisa luz del alba, retamares y lentiscos aparecían cubiertos de perladas gotas que depositó la escarcha.

La columna carlista avanzó por el camino de Maella, como anélido monstruoso de coloración bermeja, verde, azul, que mentían las boinas y uniformes de las tropas...

* * *

Pardiñas durmió en Maella, bien ajeno al peligro que de tan cerca le amagaba. Ya de día, un confidente advirtió al general la proximidad de Cabrera.

Se tocó a generala y formaron las tropas. A

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

las seis emprendían el camino de Alcañiz. Poco después, las avanzadas cruzaban sus primeros fuegos con los carlistas.

El general Pardiñas, joven, valiente y ganoso de gloria, deseaba—de mucho tiempo atrás—el combate con Cabrera. Se sentía cansado de la perpetua lucha de guerrillas con fuerzas más o menos numerosas, pero incapaces de afrontar un encuentro campal, que asomando unas veces a vanguardia de la columna y a sus espaldas otras, escapaban ocultándose tras las breñas y peñascos al primer conato de formación estratégica de las tropas. Tal sistema, más que pelear de ejércitos, tenía trazas de cacería al acecho, de emboscada alevosa en la que los hombres caían sin defenderse, descuidados, sin ver la cara al cobarde enemigo que los diezmaba a traición, guarecido en la espesura del bosque o abroquelado en los riscos de un desfiladero. De sobra se le alcanzaba al general, que en una batalla con Cabrera, habría que aventurarlo todo... ¿Y qué...? Vencer a Cabrera, abatir al *Tigre* del Maestrazgo era su ilusión más cara. La del Gobierno también: para combatirle, para destrozarle le había confiado el mando de la mejor división de aquel ejército... ¡Bien cerca tenía al enemigo...! Allí, junto a las mismas puertas de Maella, en el camino de Alcañiz, donde graneaban las descargas de las guerrillas, las masas facciosas, con su caudillo al frente, brindaban al general cristino ocasión propicia a sus anhelos.

La fresca brisa que oreó sus sienes, antojósele al joven general aleteo de próxima victoria

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

que, anhelosa e impaciente, pretendía acariciarle de antemano.

Seguido de su Estado Mayor adelantó a vanguardia. Con minucioso examen reconoció el terreno, juzgando los detalles de estrategia que pudieran favorecerle. Rápido, volviéndose a sus ayudantes, ordenó el ataque.

La división formó en dos alas: los batallones de Córdoba—primero y segundo—a la derecha; el tercero, de Córdoba también, al lado izquierdo. Dos batallones de Africa y la caballería, al centro.

¡Brava acometida la de los cristinos! Al grito de *¡Viva la Reina!* arrollan a los batallones de la derecha carlista que ceden, replegándose asombrados... La indecisión perturba las filas enemigas... Pretenden sus oficiales contenerlas... ¡Es en vano...! Irresolutos, sorprendidos ante empuje tan vigoroso y temiendo que la caballería, que avanza al galope, los destruya y aniquile, retroceden... El pánico sucede a la sorpresa y el repliegue se convierte en fuga.

Cabrera atisba, desde su centro, el desastre de los suyos, y picando espuelas a su caballo, acude presuroso al sitio del peligro... Grita, amenaza, ruega... Nada detiene sus huestes fugitivas.

—¡Viva Don Ramón! ¡Viva nuestro general!—claman al divisarle, y arrojando sus armas y fusiles, escapan velozmente en alocada carrera.

Rabioso, decidido a encontrar la muerte donde buscó la victoria, arremete, él solo, contra los jinetes cristinos que adelantan. La faz verdosa, ronca la voz, con un palo en la diestra—por toda

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

arma—y ondulando al aire la blanca capa de vueltas rojas, el *Tigre* del Maestrazgo, soberanamente trágico, corre hacia el enemigo. Sus ayudantes de órdenes le siguen; media docena de sus fieles tortosinos le acompañan también. Una bala le hiere el brazo izquierdo y la sangre le empapa la zamarra. Los más próximos quieren que se retire.

—¡General, estáis herido! ¡Huyamos!

Contéstales, despreciativo y furioso:

—¿Huir? ¡Jamás...! Quien quiera morir, venga conmigo...

Y otra vez, con más rabia, espolea a su caballo que, encabritándose al sentir desgarrados sus hijares, se lanza loco, como su jinete, en dirección de las filas enemigas...

Los que le rodean, míranse aterrados ante el delirio del jefe... Síguenle los más... Uno entre ellos, subteniente de Guías, vuelve grupas, y galopando, llega junto a los batallones que huyen. Les increpa, les detiene...

—¡Han herido al general...! ¡Va a morir...! ¡No sólo sois cobardes, sino traidores, si conmigo no volvéis para salvarle...!

¿Cabrera herido...? ¿Muerto tal vez...? Las palabras del subteniente, corren como reguero de pólvora entre los carlistas. Reaccionan. Contiénese la fuga del ejército y el heroico oficial, señalando con su sable el punto donde quedó el caudillo, parte en rauda carrera seguro de que los soldados han de seguirle. No se equivoca. Un batallón de Mora, otro de Guías y parte del 2.º de Ligeros, corren tras él, llegando donde está el cabecilla.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Este sonríe al verlos; los soldados husmean el perdón detrás de aquella sonrisa. Cabrera les arenga vivamente, y como avalancha que todo lo atropella y arrasa cuanto le estorba en su camino, se lanzan a la bayoneta contra los soldados de la Reina, recomenzando el combate.

En tanto, Pardiñas, creyéndose victorioso, desguarnece su ala derecha en su afán de terminar la lucha.

Cabrera, venteando el desquite, observa tal descuido, y distinguiendo cercanos sus batallones de tortosinos y aragoneses, les dice, señalándoles la presa:

—¡Valientes a cobrarse lo que os deben!

Y aquella alusión a su anterior derrota, enciende en ira a los soldados que, ciegos de coraje, acometen a los cristinos.

Cámbianse bruscamente los papeles y trócanse en vencedores los vencidos. Titubean los de Córdoba, flaquean los de Africa y ceja la caballería. Cuatrocientos infantes son cortados por los batallones carlistas y se rinden. El primer batallón del Regimiento de Africa casi no existe, mutilado. Un escuadrón de lanceros es copado por un destacamento de Guías.

Cabrera ordena a sus jinetes que aceleren el triunfo, y el ejército cristino acaba de amedrentarse ante aquel alud que se desploma.

Pardiñas, loco de dolor, columbra lo inmenso de su derrota. Ve cómo los restos de sus batallones escapan por el Valle de las Eras y corre, en desesperado esfuerzo, a contenerles. Certera descarga siembra la muerte en torno del general

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

y queda éste envuelto, con los pocos que sobreviven de su escolta, por un centenar de jinetes carlistas. Iníciase heroico combate cuerpo a cuerpo. Los de la escolta son acuchillados; algunos, muy pocos, viéndose perdidos, huyen. Queda solo Pardiñas. Una bala le abate del caballo y busca abrigo junto a un árbol; con el sable tiene a raya, por un momento, a los contrarios... Tanto arrojo les pasma... Pídenle que se rinda... Deniega con la cabeza... Una lanzada le tiende moribundo...

¡Infeliz Pardiñas! La ficción de victoria que acarició su frente al comenzarse el combate, beso fué; más de la muerte, que ya entonces le diputó por suyo...

II

Las fuerzas carlistas pernoctaban de nuevo en Valdealgorfa la noche que se siguió a la acción de Maella.

Corría el vino a discreción. La soldadesca, ébria también de orgullo, comentaba detalles del combate.

En el hogar, junto a alegre fogata, atendían los vecinos el relato de las hazañas de las tropas, mientras que las mujeres cuidaban de los heridos alojados en los aposentos interiores.

En los soportales de la Plaza Mayor sonaban las vihuelas y palillos acompañando las cadencias del baile.

Rodeada de nubes, asomaba la luna su cada-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

vérica faz de astro muerto, burlándose tal vez de aquel jolgorio.

Cabrera, en su alojamiento, recibía felicitaciones y cumplidos. El rostro gatuno del caudillo carlista, reflejaba la inmensa satisfacción que el triunfo le produjera. Encabestrillado el brazo, no prestaba atención a las naturales molestias de su herida.

Forcadell, Quílez, Bosque y otros jefes, recordaron la muerte del general cristino.

—¡Bravo hombre! ¡Murió como un valiente!

Torner, aludió a la hombrada de Cabrera.

—¡No fuí yo—saltó rápido el cabecilla—quien salvó la batalla! ¡Otro fué el que nos dió la victoria!

Y llamando a un ayudante, le susurró una orden al oído.

Poco después, en la puerta de la habitación en que se hallaban Cabrera y sus tenientes, erguido, cuadrado con marcial rigidez, la derecha mano a la altura de la boina, apareció el oficial de Guías, el héroe de Maella.

—Pasa, muchacho. Aquí a mi lado. Me gusta tener cerca a los valientes. A tí debemos el triunfo de hoy...

—Mi general...

—¡Sí, hombre, sí! ¡Sin tí, no estaríamos aquí ahora... Desde hoy, eres capitán y mi ayudante de órdenes.

Palideció de gozo el oficial.

Los que presenciaban la escena, felicitaron al joven, que agradeció los cumplidos sonriente.

Adelantó unos pasos.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¿Deseas algo?—interrogó Cabrera.

—Un favor, general. Hace mucho que no veo a mi familia. Una licencia de seis días...

—De diez—le atajó el cabecilla, gozoso de que se le presentase aquella ocasión de complacerle.

—¿De dónde eres?—demandó a poco.

—De Bellmunt, general.

—Sí... Lo olvidaba. Tu nombre es Quiquet... Estás un año en filas. ¿No es eso...? A mí, no se me despintan mis soldados... Tú estuviste en Cherta y en Morella también: allí te hice oficial... ¿Verdad...? Bueno; mañana saldrán fuerzas convoyando los heridos que marchan a Cantavieja... Te viene al paso... Toma tú el mando de la columna hasta Bellmunt... Llegado allí, te quedas, y pasados diez días, te espero...

III

Quiquet, al frente del convoy de heridos, dejó marchar su cabalgadura al paso, meciéndose aislado en sus recuerdos.

Mediaba ya la tarde y aproximábanse a Bellmunt. Llegado allí, resignaría el mando, bajando al pueblo.

Ardía en deseos de ver a su familia... Recordaba su escapatoria...

Un año antes, Cabrera, al frente de sus soldados, entró en Bellmunt. Exigió víveres y raciones. Se le dieron. Mientras se proveían las fuer-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

zas, Cabrera y sus segundos descansaron en casa del Alcalde, padre de Quiquet... Allí estaba el muchacho. La vista de las tropas le deslumbró; impetuoso en sus decisiones, quiso seguirlas... ¿Cómo? ¿Consultar al viejo...? Se negaría... Decidió escaparse.

Cuando, horas después, tocaron a botasillas, ya Quiquet, apostado en el monte, esperaba el paso de los carlistas para marchar con ellos.

Aquella noche durmieron en Falset, villa cercana. Al día siguiente, se alistó, incorporándose al batallón de Guías. Dos semanas después, en el primer encuentro, le nombraron cabo en premio a su bravura. Ascendió en Cherta a sargento. En el sitio de Morella, llegó a oficial... Maella ayer: capitán, ayudante del caudillo... ¡No, no podía quejarse de su suerte!

Su pensamiento voló hacia su familia.

—Un año sin noticias y sin verles... ¿Qué le diría padre...? Chillaría, sí: mas de seguro perdonaba su trastada... ¿Y Juan, su hermano...? ¿Y Cinta, la adorada chiquilla...? ¡Qué admiración la suya, al verle convertido en oficial!

Un soldado de las avanzadas gritó anunciando Bellmunt.

Quiquet, adelantóse. Comunicó instrucciones al oficial a quien entregaba el mando. Descabalgó...

IV

El tío Juan, el Alcalde de Bellmunt, aborrecía de muerte a los carlistas.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Un año antes, las fuerzas de Cabrera invadieron el pueblo en demanda de vituallas: abastecidas, abandonaron la villa al atardecer. Aquella noche, Quiquet, su hijo mayor, no tornó a casa. ¿Lleváronle los carlistas? Fué un misterio... Jamás se supo del joven.

Meses después, otra partida, se aproximó al lugar. Esta vez, no se conformaron con víveres tan solo. Requisaron caballos y forrajes y exigieron fondos, más los mozos. Negóse el Alcalde a la última petición... Alguno de la partida, le amenazó. Su hijo Juan saltó, pronto, en su defensa; un balazo de uno de los carlistas, tendióle muerto.

Loco el padre con la desaparición del primer hijo, desesperado por la vil muerte del segundo, juró vengarles.

Armó a los vecinos: fortificó el pueblo.

—¡Guay de la primera fuerza carlista que aportase por allí!

Una tarde el tío Juan, discurría por las inmediaciones del Calvario, a solas con sus recuerdos y sus penas. Ensimismado en su idea, el triste viejo maldecía la tardanza de la suerte en presentarle ocasión favorable a sus deseos. De pronto, su despierto oído percibió lejanas voces, trotes de caballos. Desciñóse el retaco pendiente a sus espaldas, se acurrucó entre las jaras y bejucos y espió.

Fuerzas carlistas cruzaban a lo lejos. Por las trazas convoy de heridos. Su dirección no era la del lugar... ¡Maldita suerte, que otra vez se empeñaba en contrariarle!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Súbito, su corazón brincó, batiendo el pecho con ansia. Uno de los carlistas, descabalgaba, quedando allí...

—¿Un espía quizás?

Sintió el tío Juan latirle las venas de las sienes con vertiginoso martilleo, y sus manos, crispadas por la emoción, acariciaron el arma que sostenían.

En tanto el carlista, de pie junto a un árbol, miraba perderse en lontananza las siluetas de sus amigos. Después, adelantó...

De nuevo la imagen del rencor cegó al anciano. Lenta, pausadamente, alzó el retaco a la altura de sus ojos. Apuntó con cuidado. Salió el tiro...

El desdichado carlista, herido en el corazón, giró sobre sí mismo, rodando exánime.

Abandonando el viejo su escondite, acudió velozmente...

—El espía, tal vez llevase consigo documentos.

Llegó junto al cadáver.

El horror, dilatando sus pupilas, paralizó al tío Juan. Nadando en sangre, asesinado por sus propias manos, reconoció a su Quiquet, al hijo que lloró perdido...

Miróle, idiotizado, unos segundos. Rápido distinguió en el cinto del muerto una pistola. La empuñó febril, ansioso; apoyóla en su sien y apretó el gatillo...

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL ANACORETA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL AÑACORETA

En el nombre de Dios.

Amén.

Bendito sea.

Esta historia la escribí yo, Arnulfo, el más indigno de cuantos visten sayal en Cataonia.

Y a mí me la mandó escribir Armorio, mi maestro en el yermo, quien la escuchó de los propios labios del abad Pafnucio, el primero que habitó estas soledades, el cual conoció a los protagonistas del verídico suceso.

Y pues tan autorizadas son mis referencias, no mire el que me lea el desaliño de quien tan mal supo interpretarlas, sino el ejemplo saludable que de las mismas puede deducirse.

Dios me ilumine y Armorio y San Pafnucio me asistan en este mi empeño de obediencia.

* * *

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Hubo un tiempo en Nazianzo, urbe de Capadocia, cierta famosa cortesana, nacida en Melitene, cuyo nombre era Myrrina.

Piedra de escándalo, baldón del sexo, oprobio de la ciudad, vergüenza del imperio, todo lo pervertía con su contacto impuro.

Una vez se atrevió a mostrar en público su impúdica desnudez, imitando a Afrodita emergiendo de las aguas; en un banquete, se entregó a todos los que invitara, en saturnal orgía; y con loco desenfreno, apostó y logrólo, que uniciría al carro de su belleza a Euforbos, el mancebo hijo del ex arca que gobernaba la provincia, único varón que se le resistió hasta entonces.

El Averno la protegía. Su carne, dijérase que se amasó con rosas y azucenas; las líneas de su cuerpo, nada tenían que envidiar en corrección a las de las Gracias esculpidas en los frisos de la Acrópolis de Amasia; y su rostro, de diabólica hermosura, cautivaba, fascinaba, enloquecía con sortilegios de lamia, bebedizos de arpía y filtros de hechicera. Tal era su poder, que los viejos embrutecían al mirarla, temblaban los hombres al distinguirla y los mancebos precipitábanse a su encuentro, alucinados, locos de deseo, frebricitantes por su amor maldito.

Una tarde, Myrrina regresaba de las termas. Al pasar junto a la Ephoria Ágora, gran multitud obstruyó su camino, y a su pesar detúvose el cortejo que acompañaba a la hetaira.

En medio de aquel gentío, de pie sobre unos escalones elevados, Pablo de Tarsos predicaba al pueblo:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

«¡Lloraréis por toda una eternidad, y vuestras lágrimas, continuas, infinitas, aun cuando formen mil lagos, no lograrán extinguir aquel inmenso mar de fuego!

¡La Eternidad...! ¿Sabéis lo que es?

¡Sufrir siempre sin tregua, sin respiro, sin alivio y sin descanso! ¡Vivir siempre sin morir jamás!

¡Jamás...! ¡Palabra horrible que lo dice todo! ¡Jamás una alegría, jamás ningún consuelo, jamás toda ventura y esperanza...!»

Y así siguió el Apóstol, fulminando su mágica palabra en torrentes de elocuencia prodigiosa que estremecían a los que atentos le escuchaban.

Y Myrrina le oyó también, y sus ojos, ciegos hasta entonces a la divina luz, se abrieron al escuchar el verbo profético de Saulo y creyó y lloró.

* * *

Myrrina repartió entre los pobres sus bienes y sus joyas, vistióse el sayal del penitente y huyó de la ciudad en busca del desierto.

Y remontó el Argeo y pasó el Tauro y cruzó el Eufrates y el Halys y se estableció aquí, morando en una caverna miserable, nutriéndose de raíces y de plantas, dedicada por completo a santas penitencias.

Y en los diez años que habitó esta soledad, jamás habló a sér humano, ni se distanció media legua de su albergue. Fijas en su mente las terribles palabras del Apóstol, mortificó su cuerpo y

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

hermoseó su alma y sus culpas le fueron perdonadas y olvidados sus yerros, hasta tal punto, que la gracia de Dios le ayudó con milagros portentosos, aconteciéndole que en los días de temporales y ventiscas en que le era imposible salir a procurarse sus frugalísimos hierbajos, un águila proveía a su sustento aportándole panes de extraña levadura; y las cabras y ciervas, huyendo del vendaval, se refugiaban allí en la gruta brindándole con el néctar de sus ubres; y en la época calurosa del estío, como se agostaran las plantas y raíces, y se extinguiera el curso del Pyramo, una datilera de tamaras copiosas y colgantes brotó junto a la caverna, y de un peñasco vecino saltó un hilo de agua clara y cristalina.

* * *

Euforbos, el amigo predilecto de la hetaira, aquel por quien apostó en nefastos días, no se hallaba en Nazianzo cuando la conversión de la famosa pecadora.

A su regreso a la ciudad, preguntó por su amor, y al no encontrarle, peregrinó en pos de sus fugaces huellas, buscando a Myrrina en Comana y Arquelais, y en Cesárea y Hericlea.

En Sínope, límite del territorio leucosirio, dió por casualidad con Psiquis, la esclava favorita de su amada y de ella supo detalles de cuanto sucedió en su ausencia.

—¡Por Júpiter que he de hallarla aunque el mismo Plutón la oculte...! ¿Dices que partió hacia

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

el desierto y vestida con andrajos de mendigo...? Poco es, pero me basta para encontrarla.

Y Euforbos se disfrazó de mendicante y tomó la ignota ruta del desierto. Y caminó días, meses y años. Y conversó con solitarios y habló con anacoretas y compartió sus agapes y convivió con ellos en sus chozas.

Y una noche en que zumbaba el Noto con espantosa furia, y el eco repetía sus bramidos en la oquedad misteriosa de las peñas, divisó una luz a lo lejos.

* * *

—La paz de Dios te auxilie, hermano.

—¿Quién va?—preguntaron desde dentro.

—Un descarriado a quien extravió la noche...

—¿Y qué queréis?

—Asilo...

Tardóse la respuesta unos instantes.

—¿Vuestro nombre?—interrogó el que habitaba la caverna.

—Acayo. Vengo siguiendo el cauce del río ya hace días. Conozco a Efrén, a Antonio y a Pafnucio... Mañana he de emprender otra vez mi caminata... Marcho al Ponto...

—Entrad—le respondieron.

Y Euforbos penetró en la garganta de la cueva.

* * *

—Perdonad que dudase en admitiros. Sois el primero y único que penetra hasta aquí... Al reci-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

biros y hablaros quebranto un voto, mas si Dios os envía en noche tan tormentosa, Él sabrá para qué... Pecado hubiera sido negarme a vuestra llamada... Ahí tenéis dátiles, aquí agua y allí mi lecho de piedras: vuestro es todo... Yo he de rezar...

Y el solitario, arrodillándose junto a una tosca cruz que en un rincón de la gruta extendía sus brazos protectores, continuó su plegaria interrumpida.

Euforbos, al escuchar la voz del anacoreta, quedó suspenso y mudo, y a favor de la débil lucecilla que un poco de grasa alimentaba, examinó al prosternado penitente. Lo burdo del ropaje no permitía adivinar líneas ni hechuras y el capillo cubriendo su cabeza ocultaba por completo las facciones, pero el timbre de aquella voz, tantas veces oída en momentos de abandono, le bastó para afirmarse en sus sospechas.

—¡Myrrina!—murmuró dulcemente.

—¿Quién eres tú que conoces mi nombre de pecado?—demandó la atribulada penitente.

—¿Quién soy...? Quien te busca desde que te perdió... Euforbos...

—¡Calla, perverso! Tú no eres Euforbos, sino Satán que tomó su corporal aspecto para tentarme... ¡Aparta, Malo; vete de aquí!

—¡Soy Euforbos, Myrrina! Repórtate y escúcha... Te amo, no puedo vivir sin tí... Años me ha costado el encontrarte... Has de seguirme, olvidando tu locura...

Y Euforbos, abrazando a Myrrina, la atrajo junto a sí, buscando aquellos labios que le huían.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¡Cristo, valedme!—musitó la ex hetaira.

Y en el mismo momento, Euforbos no estrechó más que un cadáver hediondo, descompuesto y lívido, montón de podredumbre, envoltura de gusanos y miserias.

—¡Perdón, perdón!—clamó Euforbos aterrorizado con aquel prodigio.

* * *

Euforbos socavó una huesa en la que enterró a Myrrina. Buscó a Pafnucio y le confesó sus faltas, y aquél le bautizó. Y Euforbos retornó a la caverna que habitó su amada y permaneció allí luengos años, lloroso y arrepentido, haciendo vida de asceta. Y en la sepultura de la cortesana florecieron espinos y asfodelos, y veinte años después nacieron rosas y alelíes, y veinte años más tarde, cuando Euforbos se hallaba próximo a emprender el eternal viaje, la misma mañana del día en que murió, halló la fosa cubierta de lirios y azucenas, nuncio dichoso del perdón logrado.

* * *

Esta es mi historia, hermano.

Si la leíste, cédela a otro, y tú, medita.

Y la semilla de Dios que corra y vuele y se propague y se divulgue y medre y fructifique...

Y la paz te acompañe.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

DE LA GUERRA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

DE LA GUERRA

ATARDECE.

En la terraza del Casino de X..., los bañistas entretienen con juegos y periódicos las últimas horas del día, aburrido y tristón.

En uno de los grupos se discute sobre la guerra.

—¡Cuán diferente de la verdad, resulta a través de los relatos de los diarios y partes oficiales...! De cerca mata toda ilusión, destruye toda leyenda. Y hay en la misma tal floración de odios inexplicables, de rencores extraños y enconos tan crueles, que las diversas contingencias de la lucha convierten en amorales, malvados y perversos a seres que antes fueron muy distintos... No es paradoja, no. Lo sé por experiencia... Patria, honor, sentimientos, deber, conciencia, todo se mixtifica y confunde, desaparece y se borra ante la realidad maldita... Por desgracia, puedo probar mis asertos...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Y el teniente Ravier, joven apuesto, de cabellos rizosos, nariz aguileña y ojos vivos y ardientes, suspiró interrumpiéndose un momento. Prosiguió.

—Con la promoción del año 12, salí oficial de Saint-Cyr. Tenía fe absoluta en mi carrera. Puedo asegurarles que desde que tuve uso de razón, despertó en mí con ímpetu tenaz e irresistible la vocación militar. Recién salido de la Escuela, me incorporé al 3.° de dragones, y al estallar el actual conflicto, marché al Mosa con mi escuadrón... ¡Con qué noble afán acudí donde mi patria me llamaba! Asistí a la batalla del Marne en Septiembre, estuve en los combates del Woevre, Haye y Les Epargues, y aquellas carnicerías me conmovieron, destemplando mis nervios; mas la costumbre, el hábito, el peligro mismo, amortiguó mi sensibilidad y apaciguó mi angustia. ¡Persistió el ideal; siguió mi sueño...!

Cierto día del pasado Mayo, hube de ir con una sección de mis jinetes, de descubierta, a Thiancourt. Finaba nuestra jornada cuando nos sorprendió la noche. La luna rieló en nuestras armas y corazas, rumoreó el bosque con misterioso batir de alas de insectos, tenues roces de las hojas de los árboles, mansos susurros de arroyuelos que surcaban la floresta y agudos gritos de las aves noctívagas que escondía la espesura... De cuando en cuando, el silbar de una granada, estremecía el aire, interrumpiendo los murmullos campesinos. Los alemanes bombardeaban nuestras trincheras de Aspremont... Más de una vez se encabritó algún caballo al

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

percibir bultos inmóviles que obstruían el camino o llenaban las cunetas. Eran *boches* caídos al batirse en retirada hacia Mortmare.

Uno de mis soldados, conocedor de la localidad, que marchaba en vanguardia, volvió grupas:

—Mi teniente, ahí en el Bois-Brûlé, a la izquierda, está la granja de Hartot...

Mi consigna era pernoctar entre el Bois-Ailly y el Bois-Brûlé. La indicación del soldado era oportuna. Penetramos en el bosque en pos de nuestro guía. A la media hora de marcha por la fronda, llegamos a la granja. Mi dragón llamó, aporreando la puerta:

—¡Annie! ¡Madre Vauclin!... Soy Juan Guelû, el de la granja de Saint-Mihiel. Me acompañan un oficial y veinte soldados del 3.° de dragones.

No respondieron.

Un perro ahulló en la corraliza.

Segundos más tarde, a través de la cerradura del portón del patio, brilló débil hilo de luz, y una voz cascada, interrogó medrosa:

—¿Quiénes sois?

—Franceses, madre Vauclin. Ya os lo dije: soldados del 3.° de dragones...

Chirriaron cadenas y cerrojos, y una vieja decrépita, nos franqueó la entrada.

—Annie está en cama; dió a luz ayer—dijo la anciana dirigiéndose a Guelû. Luego añadió:

—Adelante, señor oficial... Entrad, entrad todos...

Aviados los caballos y dispuesto el servicio de vigilancia, pasamos al interior de la vivienda.

Mis hombres, despachaban con avidez sus

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

provisiones con el apetito natural después de tan larga caminata. Les imité.

—¿Y Jacques?—preguntó a Guelû la vieja.
—¿Qué sabes de él?

—Que antes de tres días, se hallará aquí con el grueso de las tropas. Ahora está en Aspremont, en la cota tercera... Si persiste el avance del ejército, no tardaréis en verle. ¡Qué alegrón para Annie!

La anciana movió tristemente la cabeza.

—¡Quién sabe...! Temo y deseo su llegada... ¡Pobre Annie!

Clavando en mí su mirada con fijeza, continuó:

—¡Oidme, señor oficial; escuchadme vosotros, soldados de la Francia, y si podéis, vengadnos! Mi hijo Jacques, casó en Agosto último. Tú estabas aquí cuando la boda: ¿la recuerdas, Guelû? Sí, Annie era hermosa; Jacques era el mozo más galán de la comarca... La pareja gozó poco tiempo de su dicha: tres días después del enlace, la patria llamó al varón. Annie y yo quedamos solas. La misma noche que partió mi hijo, invadieron el país los alemanes, y a la mañana siguiente, una sección de tiradores bávaros aportó por aquí. Tendieron cables, montaron aparatos telefónicos, y ultimadas sus tareas, pidiéronnos provisiones y bebidas. A media tarde se fueron, permaneciendo en la granja seis soldados y un subteniente para cursar los despachos y comunicaciones a sus fuerzas... Llegó la noche: el oficial y sus soldados hablaban en su jerga incomprensible. De pronto el subteniente se arrojó sobre Annie y uno de los soldados se

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

abalanzó hacia mí... ¡Oh, como nos vejaron y ultrajaron aquellas fieras! Marcharon al clarear la aurora. Annie quedó como atontada; yo también. Pasadas unas semanas, Annie conoció que estaba en cinta. ¿De quién, Dios mío? ¿De Jacques, de su esposo, o de uno de aquellos bávaros miserables? Transcurrió el tiempo y aún sigue la horrible incertidumbre... Dió a luz ayer; ambas contemplamos al pequeño ansiosas, febriles, esperanzadas, creyendo encontrar en sus facciones un indicio, un destello, un vestigio, una sombra que aclare nuestras dudas... ¡Es en vano...! Hay veces, que en los ojos azules del niñito creo ver la mirada de mi Jacques, y otras, hallo en sus cabellos rubios el trazo inseguro del maldito que quizás lo engendró... Annie está desesperada. Su horroroso suplicio acabará por matarla, si antes no enloquece...

. . . . . .

—Desde aquella noche, dejé de ser soldado. Me obsesionó el recuerdo de la infeliz Annie. Patria, honor, deber, conciencia, sentimientos, todo quedó supeditado al amargo sabor del triste drama... Y desde entonces maté y herí con gozo insano, con delectación furiosa, con sadismo increíble, con amoralidad perversa... Una bala de obús libróme de aquel infierno... Perdí un brazo; de haber quedado útil, hubiese solicitado mi retiro...

El teniente Ravier enmudeció y sus ojos vagaron en contemplación de las postreras luces vespertinas que teñían el horizonte con sombríos ramalazos como huellas de sangrientas pinceladas...

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL LORO

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL LORO

(Despacho en la Inspección de Policía de uno de los distritos de París).

(El señor inspector dispónese a proceder al interrogatorio de los causantes de esta escena).

(Un escribiente, raquítico y desmirriado, con manguitos negros resguardando las bocamangas del flamante *chaquet* y la pluma en la oreja, dobla y prepara el papel de oficio para extender la *ênquete)*.

(Dos guardias, de pie, junto a la puerta, impiden el acceso en el local a personas extrañas al asunto).

(Los comparecientes, hombre y mujer, de alguna edad ambos, permanecen sentados frente a la mesa del inspector: guardan riguroso silencio, esperando la indagatoria).

(El hombre, tiene trazas de *boutiquier* o empleado en las *halles:* ciñe su abultado abdomen recio mandil de lienzo. Su semblante, rubicundo y acalorado, revela cólera contenida. Su mirada, fija en la mujer, es ceñuda y hosca).

(La mujer, órnase con blanca cofia, medio desprendida de la testa con los esfuerzos de la lucha que sostuvo con los guardias; mechones de cabellos grises, asoman lacios. Gime y baja la vista, avergonzada).

(Sobre el hombro izquierdo de la mujer se posa un loro: su corvo pico se hunde, de vez en cuando, entre las plumas de metálicos

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

reflejos y, a intervalos, apoya su gruesa cabezota en el cuello de la anciana, como en muda caricia).

(Comjenza el acto).

—¿Su nombre, señor...?

—Morel, Celestino Angel: vendedor de pájaros en las *halles*.

—Y dice...

—Que la detenida me hurtó el loro, de mi tienda, esta mañana... Verá el señor inspector cómo ocurrió el hecho... Esa mujer, ya dos días que rondaba mi *oisellerie*. Desde el primer momento, noté en ella algo anormal y la vigilé, ordenando a mis dependientes no la perdiesen de vista. Anteayer y ayer, vagó por los alrededores del establecimiento con disimulo, con astucia, a la espera de un descuido mío o de mis empleados: no lo hubo y fracasó su plan... Esta mañana me hallaba solo en la tienda: los dos chicos que tengo a mi servicio salieron a cumplimentar unos encargos. Una señora entró, pidiéndome unos canarios holandeses: al atenderla, descuidé mi vigilancia, y entonces, esa mujer, se aproximó con cautela, abrió la jaula del loro, tomóle y echó a correr. Desde el mostrador, donde despachaba, atisbé la maniobra: grité, la perseguí. Los guardias (señalando los dos que se hallan inmediatos a la puerta), cortándole el paso, la detuvieron. Prorrumpió en llanto, no dió excusas de ninguna clase y se negó a entregar el loro; los guardias intentaron cogerle a viva fuerza; yo también; pero el maldito animal nos acometió a todos... Aún me sangra el dedo de un picotazo. (De debajo del mandil saca su mano derecha entrapajada, mostrándola al inspector). Arremolináronse los curiosos en la acera, gritando unos en contra

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

y otros en pro, sin conocer la historia... Los guardias, con muy buen acuerdo, nos trajeron aquí...

(El inspector).

—¿La jaula, colgaba...?

(Monsieur Morel).

—De un clavo, en una de las bandas de la puerta, dando a la calle: a poca altura...

(El funcionario mira al escribiente, como indicándole consigne el detalle en el atestado).

(Pausa).

(El loro ha saltado al hombro derecho de la vieja: sus ojillos esféricos rebrillan con descaro).

(El inspector, dirigiéndose a la acusada).

—¿Su nombre y profesión?

—Courtin Agueda, viuda, portera en el número 52 de la *rue du Bercy*.

—¿Qué alega a lo expuesto por Mr. Morel?

—Que es cierto, señor... Que hurté el loro, tal como cuenta Mr. Morel... No debí hacerlo: lo sé. Fué en un momento de extravío, de ofuscación, de locura... No lo digo por disculparme; pero me pesa, sí, me pesa... ¡Y sin embargo, no podía obrar de otro modo...! ¿Me permite el señor inspector que le refiera la verdad? Deseo sincerarme por no aparecer ante todos como una vulgar ladrona...

(El inspector asiente con la cabeza. La detenida solloza. Mr. Morel, el escribiente y los guardias atienden con viva curiosidad).

—Yo, señor, tuve un hijo: al ser mozo, se enganchó en la marina de guerra. Durante tres años perteneció a la dotación del «Gambetta». De regreso de un largo crucero por América, en regalo me trajo un loro: éste. (Señala el ave). Declarada la guerra, mi hijo marchó en su buque: cam-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

bió después de acorazado, asistió a las operaciones de los Dardanelos y allí, murió. De mi hijo, no me quedó más que el recuerdo, un retrato y una carta: la última que me escribió remitiéndome la fotografía. «*Cuida al loro, mamá, añadía en su misiva...*» Y le cuidé y le mimé: os aseguro, señor, que en todo París no había *perroquet* más festejado. Era el nexo de unión con mi hijo desaparecido en las olas, sepultado en el mar, muerto por su patria... El loro fué cariñoso, mimón, agradecido: aprendió a hablar y el nombre de mi hijo lo repitió constantemente desde sus primeros balbuceos... Pero era inquieto, revoltoso y no gustaba de permanecer preso en su jaula: prefería correr por el cuarto en libertad completa... Un día fuí a dar un recado: mi habitación quedó abierta en torpe olvido y a mi regreso el *perroquet* no estaba... ¡Lloré, señor, lloré...! Gasté dinero en anunciar su pérdida en los diarios; prometí una modesta recompensa si me lo devolvían; indagué y busqué por todas partes... ¡Inútil, inútil todo! ¡No pareció...! Una mañana, al pasar por las *halles*, en una pajarería—la del señor Morel—ví un loro que creí el mío, y lo era: el animalito me conoció también, y desde lejos, a grandes voces, repitió sus palabras de siempre, para mí tan dulces... Me acerqué: iba a entrar, mas de pronto, distinguí colgando de la jaula un cartelón con el precio. Decía: «Loro del Brasil, 100 francos...» Escapé confundida, asombrada, ciega de dolor y coraje... ¿Cómo probar que era el mío? ¡Imposible! ¿Y comprarle? Mucho menos... No dormí... Rondé ayer por la tienda, y hoy, loca, desespe-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

rada, robé, sí, robé el loro, el único lazo que me une a mi Renato...!

(El loro, al oir el nombre de su dueño, grita con voz aguda):

—¡Renato...! ¡Renato...! ¡Renatito!

(La mujer, llora inconsolable. El inspector la mira con simpatía. El escribiente, escuchando a la anciana, suspendió su escritura. Los guardias ocultan su emoción fingiendo que se retuercen los bigotes. Mr. Morel se levanta y dice):

—Señor inspector, retiro la denuncia: el loro pertenece a Madame Courtin. ¿Señora: me permite que le ofrezca el brazo y le acompañe a casa?

(La vieja acepta el brazo del *boutiquier*. El inspector y el escribiente abrazan y felicitan al tendero por su bella acción. Los guardias abren paso a la pareja de ancianos que caminan hacia la puerta, y el loro repite con insistencia):

—¡Renato...! ¡Renato...! ¡Renatito!

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

FATALISMOS

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

FATALISMOS

La primera, abrió enorme boquete en uno de los macizos del jardín de la *gare;* saltando plantas y flores por el aire, como destrozadas vísceras, y descendiendo después, confundidas y revueltas con el turbión de tierra que elevó la explosión. Otra, cayó sobre la cubierta del mercadillo, y rebotando en las tejas, estalló al borde mismo del alero, llevándose gran trozo del mismo. Dos más, explotaron en las calles, produciendo en la costra del asfaltado deschaduras de trazos irregulares y estrellados, como cristal roto a pedradas. Varias, atravesando las techumbres, reventaron en el interior de las viviendas. La última, se fraccionó en el espacio al tropezar con los hierros de la verja de la iglesia del Sacre-Cœur, volando la metralla en opuestas direcciones.

La nefasta lluvia de bombas duró escasos minutos, que fueron siglos de horror para el amedrentado vecindario.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Los *taubes* aparecieron de improviso sobre la indefensa ciudad, semienvueltos en la bruma de aquel día opaco y gris, impropio del florido Mayo: el mosconeo de sus hélices, zumbando como infernales abejorros, denotó su presencia. Formaban la escuadrilla tres *fokkers* y dos biplanos. Los siniestros pájaros de muerte, describiendo espirales cada vez más amplias, bombardearon la ciudad, y cumplida su maldita misión, huyeron velados entre nubes, en cobarde escapada. Un débil rayo de sol atravesó la niebla, como pretendiendo indicar la ruta que siguieran los aviones; de los *hangars,* aledaños al Polígono de Tiro, se remontaron dos bimotores en persecución de los fugitivos.

El alevoso *raid,* causó seis víctimas: dos niños despedazados; tres heridos leves, y una señora—Madame d' Estrangues—que al salir del atrio del Sacre-Cœur, al estallar la última bomba, quedó indemne de heridas, pero ciega a causa de la impresión y susto que sufriera.

Inhumóse a los pequeños, acompañando el fúnebre cortejo toda la población; curaron los heridos; la desventurada ciega, nunca tornó a gozar de la luz, y en sus pupilas anidó eterna noche para siempre.

* * *

El capitán Guy d' Estrangues, jefe de la sección aeronáutica anexa al ejército defensor de Verdún, conoció la infausta nueva de la ceguera de su mujer, pocos días después del fatal acci-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

dente. Su alma varonil, curtida en los peligros y avezada a las cruentas carnicerías del combate, sangró de pena.

—¡Bien que los horrores espantosos de la guerra alcanzasen a los combatientes! Soldados y en lucha, su destino era la muerte: o recibirla, o darla. Sentir su helado beso en las fangosas trincheras donde yacían ocultos como topos; en el aire, como zarpada brusca del huracán, o en campo abierto, mirando cara a cara a la Intrusa... ¡Pero bombardear poblaciones indefensas; ametrallar niños y mujeres era cruel, cobarde y contra derecho...! ¡Berta, la adorada mujer, ciega...! ¡Aquellos ojos de reflejos de ópalo, no le acariciarían más con sus miradas...!

A las palabras de simpatía de amigos y compañeros conocedores de su desgracia, el capitán d' Estrangues opuso un silencio reconcentrado, hosco, sombrío, de siniestra intención; desplegando al frente de su sección de bimotores una actividad febril, loca, rabiosa. Repitió sus vuelos atrevidos, insistió en sus *raids* aventureros; dijérase que la desesperación le aferraba a su aparato, y que su alma lacerada no se avenía más que a la soledad del inmenso firmamento, asidas las crispadas manos al volante del motor y explorando el horizonte con ira rencorosa al recordar las ciegas pupilas de su Berta.

Partía de noche aún. Caminos, desfiladeros, pasos, cañadas y trincheras; baterías ocultas en las frondas, fosos cegados con mentido ramaje, *blokaus* encubiertos en el llano: todo lo descubría en sus excursiones de águila, y, prestamente, la

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

artillería, siguiendo sus informes, los valerosos *bleuets*, maniobrando de acuerdo con sus datos, herían certeramente al enemigo.

Fué el héroe. En la acción de Vaux, junto al Mosa, a sus noticias se debió el contraataque afortunado; su vuelo entre Mort-Home y Cumieres, estorbó el avance rabioso del contrario.

El General en jefe, en premio a su bravura, condecoróle con la Legión de Honor.

D' Estrangues, al recibir la cruz que le impuso el caudillo, dejó correr lágrimas de amargura:

—¡Berta, su Berta no vería jamás aquella cinta roja que soñó tantas veces!

* * *

Un domingo, d' Estrangues, partió al amanecer.

Al volar sobre el bosque de la Caillétte, divisó dos aviones enemigos. Éstos, al distinguirle, precipitáronse a su encuentro; d' Estrangues, en rápida virada, les hizo frente y se empeñó entre los tres una lucha ágil, terrible, violenta. A los pocos momentos, uno de los aviones, tocado por los disparos del capitán, se abatió roto, maltrecho, como flecha que retrogradase en su carrera; el otro desapareció en difícil vuelo, alcanzado también. D' Estrangues retrocedió a su campo: en el tórax, junto a la cruz de honor, un rosetón sangriento denotaba la certera puntería de los aviones. Cercano al *hangar*, acometióle un vértigo motivado por la pérdida de sangre; sus manos, sin tacto, abandonaron el timón, y el apa-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

rato, campaneando en el aire con vertiginosa vuelta, descendió raudo, desgobernado, coronado de llamas al incendiarse el motor...

* * *

Un mes más tarde, d' Estrangues convalecía en la Posta Sanitaria.

Tal fué la gravedad del capitán, al retirarle de entre los destrozados restos del bimotor, que los facultativos desesperaron de salvar su vida: la herida del pecho, con ser peligrosa, no lo era tanto como las múltiples quemaduras que en la cara, manos y brazos, padecía el infortunado aviador. Recubierto de gasas y vendajes, como una momia; sometido a absoluta inmovilidad; martirizado con inyecciones y reactivos, pasó muchos días en lucha con la muerte. Al cabo, la robusta naturaleza del paciente y los heroicos esfuerzos de la ciencia, triunfaron del peligro y se inició, decisiva y franca, la mejoría.

Alejada la probabilidad de funestas complicaciones, el director de la Posta Sanitaria, accediendo a los deseos del capitán, cursó el *brevet* para que la señora de d' Estrangues, pudiese visitar a su esposo.

El día de la entrevista, el herido, preocupado con sus naturales hábitos de acicalamiento, pidió un espejo para hacer su *toilette:* resistióse la enfermera, con humanitaria precaución, a satisfacerle el deseo, pero ante las reiteradas súplicas del doliente, accedió...

D' Estrangues, al contemplar su faz desfigu

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

rada por cárdenos costurones, su nariz corroida por el fuego, y la distensión macabra de su boca, cuyos músculos relajaran las horrendas quemaduras, lanzó una exclamación de rabia:

—¡Oh en lo que le convirtió la guerra! ¡En máscara de lo que fué! ¡En carátula espantosa!

Abatido y desesperado, se desplomó sobre el lecho.

Un roce de sedas le advirtió la llegada de su esposa.

Berta apareció en el umbral, rígida, indecisa, con el incierto titubeo de los ciegos. La enfermera la guió hasta el herido.

—¡Berta!

—¡Guy!

Los labios de Berta, posáronse sobre el rostro deforme, ardientes, pasionales, amorosos; su ceguera ocultábale las horrorosas cicatrices, y Guy sería, para siempre, el héroe de ensueño, apuesto, gentil y amado, a través de la eterna niebla de sus ojos...

D' Estrangues, comprendiéndolo así, musitó quedamente:

—¡Fatalidad, fatalidad, cuán insondables son tus misterios!

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL AZAFRÁN

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL AZAFRÁN

SALVE, Aben-Yacub, Emir de Murcia!

Escucha mis *kasidas*.

Para tí las compuse al comenzar la luna del Moharem.

Allah me inspira, y mis palabras te serán dulces como las suras del Kitab; desgranándose en tus oídos como sartas de aljófares de Ormuz; copiosas como támara de dátiles del Yemen; fluídas como tus fuentes del Zaib; cálidas como tus verjeles de Benior.

Atiende, Emir.

Mis versos hablan de amor y en mis *kelams* hallarás el doliente susurro de dos vidas, el triste lagrimeo de sus almas y el fatídico chispear de un querer imposible.

Oye, Yacub.

Hace cien años, reinaba en Murcia tu abuelo Abu-Hacén.

Los rumíes le temían y odiaban.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Su divisa era una frase del Profeta: la sura de un capítulo del Korán:

«*La llave del paraíso, está en la espada*».

Fiel a ella, y acompañado de sus fuertes caballeros, taló, arrasó y redujo a su obediencia mil villas y lugares del cristiano.

Ilch, la perla de esta corona, la que peina palmeras por cabellos y se aroma y embellece con las flores y frutos del granado, fué suya.

Al tomarla, reedificó sus adarves y murallas, abrió fosos y levantó castillos, dejándola inexpugnable.

Para *algaid* de la ciudad nombró a Yahia-Humeya, varón docto, justiciero, y bravo entre los bravos de su ejército.

Abu-Hacén, cargado de preseas y trofeos, partióse para Murcia.

A su regreso a la capital, licenció sus huestes y entregó numerosas limosnas a santones y alfaquíes, glorificando a Allah por sus victorias.

* * *

Yahia-Humeya gobernó Ilch muchos años.

Envejeció, y sus barbas del negror de la endrina, tomaron la albura de la nieve. Encorvóse su cuerpo, y su brazo, acostumbrado al peso de la espada, apenas si podía sostenerla.

Azza, su hija, divina hurí de ojos de cielo, endulzaba la vida del alcaide. Sus labios, como flor bermeja, tenían caricias filiales para el viejo, y sus manos, con aletear de pájaros, peinaban las plateadas hebras del dichoso anciano.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Pidiéronla en matrimonio una y diez veces, mas la doncella, con razones amables, rehusó el compromiso.

Y a cada negativa, Yahia temblaba de contento, temeroso de perder su dicha.

* * *

«Abu-Hacén, Emir de Murcia, Cartadah y Alacant, a Yahia-Humeya, su algaid en Ilch.

No hay fuerza sino en Allah. Bendito sea.

Amigo:

El monarca castellano rompe otra vez su tregua y afila sus rapaces uñas en busca de Ilch.

En tanto que reuno mis muslimes, procura defenderla.

Presto seré contigo.

Dada en Murcia, en la primera luna de Rabic y signada con nuestro sello verde.

Sólo Él, es poderoso y fuerte. ¡Gloria a Allah!».

* * *

«Yahia-Humeya, algaid de Ilch, a Abu-Hacén, su Emir.

Toda alabanza que no se dedica a Dios, es vana: todo bien que no proviene de Dios, no es bien.

Mi dueño:

El castellano apareció por aquí días después de tu carta. Mas no trabó pelea. A distancia, pretendió reconocer fuertes y baluartes. Para impedirlo, dispuse dos salidas, y en una de ellas cobré un prisionero de calidad: Ferrán Alvar,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

sobrino del monarca castellano. Un bote de lanza, le tendió malherido. Le atiendo con esmero y sanará.

Ordena con sosiego tus ejércitos.

Respondo de Ilch.

De tu ciudad, en la cuarta luna de Rabic.

No hay más Dios que Allah. Sólo Él es grande».

* * *

Ferrán Alvar quedó alojado en la Algaidía.

Yahia-Humeya, auxiliado por Azza, cuidó al herido con celo extraordinario.

El cautivo era un mancebo vigoroso y fuerte, y aunque extenuado por la pérdida de sangre, reaccionó bien pronto.

Habló de su rescate. Yahia, atajóle:

—Rumí, no hables... Estás débil aún. Cuando tú estés repuesto trataremos... Duerme ahora... Descansa.

Y le aplicó unos vendajes en la herida.

Azza dióle a beber una infusión de aljonjolí.

La benéfica bebida sumió al joven en reparador descanso.

Yahia-Humeya, se adormeció fatigado.

Azza, veló a los dos, sin que lograse apartar sus ojos del pálido rostro del cristiano.

* * *

Ferrán, curó.

Más que los cuidados y desvelos, la presencia de la divina hurí obró el prodigio.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

El día que abandonó el lecho el castellano, Yahia-Humeya le habló así:

—Ferrán Alvar, ya estás fuerte. ¡Gracias sean dadas a Allah! Yo quisiera tratar hoy contigo tu rescate, pero mi Emir dispone que esperes su llegada. Mientras viene, esta es tu casa: manda y ordena como señor y dueño.

—Gracias, Humeya. Ya te debo la vida. No quisiera abusar de tu hospitalidad...

—No será larga, cristiano. Dentro de dos lunas vendrá el Emir.

Leve suspiro, como débil queja, cruzó el aire, y los ardientes ojos del mancebo entrevieron tenue sombra que cruzó junto a la inmediata celosía.

* * *

—¡Te amo, rumí...! Te amé desde que entraste herido... Mi cariño es un crimen contra mi sangre, religión y raza... ¡Pero te amo, te amo!

—¡Azza, mi bien! ¿Ves esas luces que brillan en el cielo? Son infinitas... Pues, más, muchas más veces bendigo yo la herida que me llevó hacia tí...

—Cuenta, Ferrán, cuenta si puedes las hojas que en los árboles bate la brisa rumorosa... Más repetí yo tu nombre desde que llegué a saberlo...

—No temas por nuestro amor, mi vida. Cuando trate mi rescate con el Emir y retorne a Castilla, hablaré con mi Rey: es justo y bueno...

—Allah te ayude, rumí.

* * *

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—Vuelve a Castilla, Ferrán Alvar, y le dices a tu Rey que accedo a tu rescate con tal que él renuncie al cerco de Ilch. Ya ves mis tropas; conoces las defensas de la ciudad. Mi pretensión no entraña miedo. Si tu Monarca no admitiera mi oferta, retorna prisionero. Llevas sangre de Rey y no has de faltarme a la palabra que aquí empeñes.

Así habló Abu-Hacén.

Ferrán Alvar partió para Castilla.

Aquella noche, la perla de Ilch lloró amargamente.

—¿Qué piensas, Yahia? ¿Admitirá el castellano mi propuesta?—demandaba Abu-Hacén.

—Sospecho, Emir, que no termina la luna sin que Ferrán regrese prisionero.

* * *

Conforme recelara Yahia-Humeya, Ferrán Alvar se presentó a Abu-Hacén antes que mudase la luna.

—Aquí me tienes, Emir... Mi Monarca rechaza tus ofertas... Dispón de mí...

Y el cristiano, dichas tales palabras, se desplomó presa de mortal desmayo.

Acudieron a socorrerle los presentes, y al quitarle la cota le hallaron tres heridas, frescas, sangrantes, recién abiertas.

El mancebo tornó en sí.

—Abu-Hacén, muero por cumplirte mi palabra... Mi Rey me prohibió volver... Logré escapar... Me hirieron...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Más tarde, deliraba.

—¡Azza, mi bien! ¡Quiero verte! ¡Te amo, te amo!...

Ferrán murió al anochecer.

* * *

Azza veló a su amado.

Desencajada y pálida, secos los ojos, pasó la noche mirándole con gesto de sombría pena.

Rayando el alba, la apartaron de allí.

Poco después, sonaban gritos y voces en su estancia.

Yahia y Abu-Hacén, acudieron.

El cuerpo de Azza pendía de un ajimez, rígido, oscilante, segando el albo cuello la seda del *haick*...

Las esclavas gemían aterradas.

* * *

Abu-Hacén dispuso espléndidas exequias, y en compasiva admiración, quiso que los amantes durmieran su eterno sueño juntos, en una sola huesa que mandó abrir en la colina de Gabel, a espaldas de la ciudad.

Y el primer sol que alumbró aquel sepulcro, descubrió un milagro de Allah.

La colina en donde se verificó el enterramiento, amaneció cubierta de infinitas flores, de cáliz violado, recordando el livor de Azza la desdichada hurí, y estigmas rojos como la sangre del mancebo castellano.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valénciana)

A esas flores, nosotros los alárabes las llamamos *azza-ferán*, y los rumíes, corrompiendo este nombre en su aljamía, las dicen *azafrán*.

* * *

Salve, Emir de Murcia, descendiente de Abu-Hacén.

Oiste mis *kasidas*.

Yo, errante *hadjí*, prosigo mi camino.

Allah te guarde, Emir.

* * *

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

HISTORIA VULGAR

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

HISTORIA VULGAR

A LUIS FORCADA, fraternalmente

I

El sol, en lo más alto del cénit, fulgía perpendicularmente sobre la tierra, calcinándola con sus besos ardorosos.

Los esbeltos álamos, que en doble hilera ornaban la polvorienta cinta del camino, apenas si movían levemente sus agrisadas hojas que, al rozar entre sí, runruneaban con fru-frú de sedas. Setos de aromos y zarzamoras, crecían bordeando las cunetas; y los globulillos gualda de las acacias y los grumos carminosos de los espinos, constelaban la urdidumbre de las cercas con sus esferillas de aterciopelado oro y sus innúmeros rubíes, bermejos como salpicaduras de roja sangre. Infinitas cigarras, repetían incansables sus estridencias de serrucho; pululaban saltamontes y libélulas, escapando aquéllos con extraños

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

brincos, pretendiendo resguardarse del ardor solar tras las tupidas enramadas, y cerniéndose los otros a ras del suelo, como poseídos del vértigo de la velocidad; deteníanse otras veces, atontados, posándose al extremo de descarnado arbusto, y, un segundo después, tornaban a sus saltos violentos y reemprendían sus carreras furibundas, irradiando los reflejos del sol en sus cuerpecillos grana y ópalo.

Junto a los setos, comenzaban las viñas invadiendo la planicie: unas al lado de otras se extendían las cobrizas cepas, asomando a través de sus pámpanos rugosos los triangulares racimos, como ubres repletas de rica savia; empolvados, sedeños, copiando el sol miriadas de veces en sus granos. Los viñedos prolongábanse por la ladera y cubrían los altozanos, hasta bien cerca de la casa de labor de la masía. Márgenes de pedruscos separaban unos campos de los otros; y entre las piedras, yerbecillas parásitas festoneaban los linderos con la gama multicolor de sus flores diminutas.

Fronterizo a los campos de cultivo, pasada la carretera, azuleaba el monte: pinos, enebros, abetos, sabinas y carrascas, erguían sus troncos retorcidos, añosos y corcovados, balanceando sus copas de verdor perenne; jaras, retamas, brezos y citisos, tejían espesas manchas en las que los arbustos se entrelazaban, confundiéndose en abrazo prolongado.

La vendimia comenzó aquel día: la tarde anterior, Damián, el viejo aperador de la casona, bajó a la villa a reclutar el personal, y aún no

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

era amanecido, ya estaban las cuadrillas en el campo.

En toda la mañana apenas si se vendimiaron tres bancales; de tal modo cundían los racimos.

Las mujeres, encorvadas sobre las cepas, medio oculta la faz por los sombreros, sudorosas, anhelantes, enervadas, seguían su trabajo silenciosas, como sumidas en irresistible somnolencia; alguna vez, chillaban alarmadas al descubrir un alacrán dormido bajo las piedras que, al separar los sarmientos, removieran.

A intervalos regulares, acudían los carros acopiando la vendimia recogida en las seras y capachos; revoloteaban, con el trasiego, las avispas y moscas que chupaban el mosto; y cargados los vehículos hasta más allá de los varales, iniciaban otra vez el ascenso de la cuesta, encaminándose hacia la casona al paso cansino de los bueyes, hostigados por el aguijón del mayoral y acuciados con sus gritos:

—¡Ahilá, *Rubio!* ¡Ahilá, *Lucero!*

Roque, el hijo del aperador, se hallaba al frente de las cuadrillas de mujeres. La mirada del mozo perseguía con delectación las curvas y perfiles de las vendimiadoras que, dobladas sobre las cepas, dijérase adoptaban actitudes de entrega; lagotero y meloso en su lenguaje, gastábales bromas de subido color que las ninfas campestres acogían con risueñas carcajadas; y, harto largo de manos, enredábanse las suyas con las de las trabajadoras al tomarles los capazos colmados de vendimia.

Una de ellas, Nieves la *Blanca,* era el objeto

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

preferente de los donaires de Roque el *Rolo*, y el imán que atraía sus ojos con más fuerza: la muchacha, una rubia de cutis sonrosado, ojos garzos y formas opulentas, conocía de antaño la adoración del mozo, pero arisca y zahareña, evitaba cuanto podía la proximidad de Roque.

—¡De sobra se le alcanzaba aquel querer del *Rolo!* Tiempo atrás dió en cortejarla, acudiendo en su busca a los bailes y festejos de la villa... Y no le disgustaba el galán; al contrario. Pero el hijo del aperador tenía fama de mujeriego y caprichoso. No le atendió, y picado el mozo dejó de ir por el pueblo... ¡Si la quisiese de verdad! ¡Si su cariño fuese firme y duradero...!

Y la ingénua enamorada, que la tarde anterior se brindó, con propio impulso, a acudir a la vendimia con tal de ver a Roque, ahora, ya a su lado, acobardada, rehuía sus bromas y ternezas sin percatarse de que sus ojos traicionaban todo el afecto que en su interior dormía...

—¡A comer!—ordenó el *Rolo*.—Ya son más de las doce... Yo subo un rato a la casa; allá para las dos estaré de regreso y emprenderemos de nuevo la tarea...

Las mujeres, saliendo de los viñedos, cruzaron el camino, desparramándose por el monte.

* * *

Nieves la *Blanca*, casi oculta en una de las manchas del boscaje, recomenzó sus sueños.

—¡Le quería, sí...! A poco que él le dijese se

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

vería forzada a confesarle su cariño... Ya no podía con tanto disimulo...

Y aunque despierta, entornaba con fuerza las pestañas como queriendo retener en su cerebro la silueta del apuesto galán de sus amores.

Un roce de hojas en las matas próximas la distrajo, y se incorporó recelosa.

Era el *Rolo* que venía en su busca: al ver la actitud de la muchacha, se detuvo.

—¿Por qué me huyes, Nieves?—interrogó dolido.

—No te huyo; me asustaste al apartar las ramas.

Y un poco pálida y un mucho más temblona, sentóse otra vez sobre la hierba.

—Sí; me huyes... No me quieres—insinuó tenaz el *Rolo*.

—Quizás te engañes, Roque...

—No eres franca conmigo...

—Voy a serlo... Cuando el año anterior me pretendías, un domingo, antes de la hora del baile, hube de subir no sé por qué al granero de mi casa; la obscuridad era completa, ya que estaban cerradas las ventanas; para orientarme y hallar lo que buscaba, abrí una de ellas; y en el mismo momento, una lechuza, deslumbrada con lo brusco de la claridad, voló ciega, y chocando en las paredes, cayó muerta a mis pies... ¿Te acuerdas que aquel día me esperaste en vano? Fué el mismo que te recuerdo... Di en pensar que si aceptaba yo tu cariño, había de ocurrirme igual que a la lechuza... Tú estás muy alto para mí, y si llego a quererte y tú me olvidas...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—¡Calla, niña! Te quiero bastante más de lo que piensas... Y eso, que ignoraba tu cariño... Ahora te querré siempre...

—¿De veras? ¿No me engañas?

Lo plácido de la hora, el sol de fuego, la complicidad de aquel lecho de verdura y las promesas del mozo, rindieron la esquivez de la inocente...

—¡Júralo, Roque!—musitó en un suspiro, al mismo tiempo que sus labios, sangrientos como herida de granada, se unían a los del *Rolo,* en triunfante himno de amor, canto de vida, eterna estrofa...

II

Bien entrada la mañana, el «Vicente Puchol» enfiló la bocana del puerto; ya en la dársena, se detuvo un instante, como dudoso e indeciso, husmeando el fondeadero que la Comandancia le hubiese señalado; y doblando de pronto hacia la izquierda, puso proa en dirección del muelle del Martillo, al compás del ronco gemir de sus sirenas que, en demanda de puesto libre para atracar, hiparon clamorosas.

Momentos después, cesaba el monorrítmico martilleo del timbre de la corredera, se extinguía el sonido de los silbatos de contramaestres y oficiales, y el jadear de las sirenas se acallaba: chirriaron las cadenas de las áncoras; quedaron tensas las amarras, y el buque, pegando su costillar a lo largo de la riba, quedó anclado.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

El vapor correo rendía allí su viaje, habiendo conducido desde Ceuta dos batallones y algunos centenares de soldados ya cumplidos, pertenecientes a los diferentes regimientos de guarnición en nuestras posesiones africanas.

Agolpados a las bordas, en los puentes, a proa y popa, asomaban los expedicionarios con sus uniformes *kaki,* que los asemejaban a soldaditos de cartón; con los exóticos *salakofs* que, a distancia, dijéranse un vivero de setas, o con los gorritos de cuartel, de tonos vivos como botones de flores tropicales, lujuriosas y encendidas. Cruzábanse gritos, oíanse canciones y repercutían carcajadas de contento.

El vapor, empavesado, parecía unirse a la alegría flameando sus lenguas de telas multicolores que la brisa acariciaba suavemente. Un sol tan africano como el que dejaran al otro lado del Estrecho, caldeaba la escena; el cielo de desvaído añil, endoselaba el brillo del planeta, y una franja azulina, como infinita banda, cortaba en el lejano horizonte la inmensidad del regio manto.

A lo largo del muelle, se escalonaban las fuerzas que vinieron de la ciudad a esperar a los soldados; el Capitán General, con su Estado Mayor y algunos jefes superiores, presenciaba también el espectáculo: a una orden suya, vibraron los clarines, sonaron las charangas y el desembarque comenzó.

El gentío agolpado en la riba, y al que un cordón de tropas domeñaba, se agitó impaciente, como un campo de mies oreado por la brisa.

* * *

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Anochecido, un grupo de licenciados penetró en una de las callejas que irradian de la vía central de San Vicente. La indumentaria de los soldados era especialísima, pintoresca y abigarrada: unos, conservando los pantalones *kaki* y el gorrillo militar, cubrían sus torsos con las blusas que adquirieran horas antes en las tiendas del Tros-Alt; otros, uniformados por completo, libraron sus pies de los incómodos borceguíes cuarteleros, sustituyéndolos por holgadas alpargatas; en torno al cuello llevaban anudados pañuelitos de colores chillones; y asomando por el peto de la guerrera, surgiendo del bolsillo del pantalón o pendiente de un cordón de seda, mostraban todos el soñado canuto conteniendo la licencia tantos meses ansiada y que entrañaba la suspirada libertad, mucho más grata tras de haber gustado las esclavitudes del servicio.

Ya en la calleja, los ojos de los soldados se detuvieron con ansia en atisbo de las mozas que asomaban a los balcones o permanecían de pie en las portaladas: sacerdotisas del amor fácil que, al distinguir el pelotón de fieles, bisbiseaban ofreciéndose a cumplir los ritos de su innoble culto.

Súbitamente, al llegar al centro de la calle, los soldados se detuvieron; cuchichearon; inspeccionaron el portalillo ante el cual paraban y, decididos, entraron en la vivienda.

La ola de lujuria irrumpió en el zaguán, ascendiendo la pina escalerilla a saltos, a zancadas.

La mujer que estaba de guardia tras la can-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

cela, una vieja alta, seca, peliblanca, con los ojos hundidos en la profundidad de sus órbitas bolsudas, intentó impedir el asalto.

—¡Sois muchos: en la casa no hay bastantes mujeres!

Uno de los soldados, saltó autoritario y procaz:

—¡Abre, Concha!... ¿No te acuerdas del *Rolo*? Llama a Laura: de seguro no olvida, como tú, a los amigos.

La cancela cedió.

En el recibidor, cinco mujeres y el ama, que al ruído y las voces acudieron, rodearon a los soldados encaminándose todos al llamado salón, habitación espaciosa, húmeda y destartalada, con desconchaduras y goterones en las paredes y en el techo, y los baldosines del piso movedizos y saltones; divanes deslustrados, butacones de reps, sillas y banquetas de estilos diferentes amueblaban la estancia; en un rincón, sobre un trípode, un gramófono de los baratos avanzaba su bocina de metal pintada de azul prusia, como inmensa campánula de extravagante flora; de los muros pendían oleografías románticas: Romeo y Julieta, Otelo, Hamlet y Doña Juana la Loca, parecían llorar con sus colores deslucidos y murientes la atmósfera de impurezas que a todas horas escarnecía sus históricos amores; del techo colgaba una lámpara grande, amazacotada, cubierta con un tul mugriento, moteado por el trazo de las infinitas generaciones de moscas que en el mismo se posaron años y años.

Las pupilas, despechugadas, poco menos que

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

desnudas, emanando de sus cuerpos olores a perfumes penetrantes, charlaban con los soldados, mareando con su proximidad a aquellos hombres, hambrientos y ganosos del hartazgo de amor, cuyo prólogo les enardecía la sangre lujuriosa.

—Concha la *Larga,* no me conoció—dijo el *Rolo.*

—No te extrañe—replicó el ama.—Ya hace mucho que faltas de aquí.

—Seis meses he servido en África. Vinimos hoy en el «Puchol»; esta tarde, en Monte-Olivete, nos dieron la absoluta. Podíamos haber marchado al pueblo en el mixto, pero quisimos celebrar la despedida. Queremos unas horas de juerga y de alegría: pasaremos la noche aquí...

—No hay bastantes chicas: vosotros sois siete y ellas cinco...

—Busca más: por dinero no lo dejes. La fiesta ha de ser completa...

—Enviaré a la Concha en casa de la Balbina...

—Tú ya sabes mi tipo. ¿Verdad, Laura? Concha tal vez ni se acuerda...

—Por eso te hablé de la Balbina: tiene en su casa una rubia que te gustará.

—Pues a buscar la rubia. ¡Concha, ven!—añadió el *Rolo.*—Por de pronto, tráete manzanilla y pasteles... Luego despachas el recado de la Balbina...

—Dile que es cosa mía—aclaró Laura.—Que vengan Aurorita y la Nieves.

—¿Nieves?—demandó el *Rolo.*

—Sí; la rubia que te he dicho. Nieves la *Blan-*

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ca, la llamamos... ¿La conoces?—preguntó al observar la sorpresa del *Rolo*.

—Quizás. Conocí una en mi pueblo de igual nombre y con el mismo apodo.

—¿Y ha de ser la misma?

—¡Ojalá! Me alegraría recordar otros tiempos...

Fuése la mandadera; voceó el gramófono una polka ramplona, y, soldados y mujerzuelas agarráronse a bailar.

. . . . . .

De un periódico de la mañana:

«La noche última se ha cometido un crimen en la calle de Ribot. En una de las muchas mancebías que infestan dicha calle, una pupila apuñaló a un soldado; el interfecto, llamado Roque, era uno de los licenciados que llegaron ayer mañana en el «Puchol»; la matadora, se apoda Nieves la *Blanca*. Dícese, que entre la víctima y la mujerzuela mediaron, hace tiempo, relaciones amorosas, y que al encontrarse anoche, estallaron rencores que dieron lugar a la tragedia.

Lo avanzado de la hora y las premuras de edición, nos impiden dar más detalles del sangriento suceso; bien entendido de que nuestra información futura, contendrá datos completos de cuanto afecte a este crimen horroroso».

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

III

Los alrededores de la Audiencia, poblábanse otra vez con el gentío que acudía a presenciar el desenlace de la vista causa del crimen de la calle de Ribot. A la puerta principal del edificio, era incesante el llegar de abogados y jurisconsultos, ávidos de conocer el resultado final de aquel proceso; en los jardincillos inmediatos a la plazuela, gente del bronce y mujeres de vida airada, esperaban con ansia la hora de penetrar en el local para saber el fallo del Jurado que, a aquellas horas, laboraba el veredicto; y a las espaldas del vetusto caserón, otros grupos de curiosos se apiñaban con el mismo objeto.

En la Sala de Togas, algunos colegiales comentaban los incidentes de la vista.

—El fiscal apretó de firme: frío, calmoso, con elocuencia serena y reflexiva apuntó bien los cargos—afirmaba un letrado.

—¡Qué defensor, señores!—dijo otro.—¡Cómo entendió la causa y con qué talento aprovechó todos los detalles favorables de la prueba! ¿Y como orador? El colorido con que refirió la historia de la procesada; su seducción y el abandono en que la dejó el *Rolo* al partir al servicio; su salida del pueblo, vilipendiada, envilecida y muerta de hambre; y su caída en el vicio como consecuencia lógica y forzosa, ha de impresionar mucho al Jurado.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—Pues, ¿y cuanto afecta al hecho de autos? Lo tocó como un maestro. La sorpresa de la *Blanca* al encontrarse con Roque en la mancebía; su negativa rotunda y terminante a acceder a las pretensiones del soldado ébrio y pendenciero; las amenazas y brutalidad de éste al verse despreciado por la misma que sedujo en otro tiempo; y, sobre todo, el examen de los testigos. ¡Qué bien lo dirigió! ¡Con cuánto tino formulaba sus preguntas! Todos los testimonios están contestes en que el arma con que la Nieves mató al *Rolo,* la llevaba aquél en su guerrera; y afirman que la esgrimió contra la *Blanca,* cuando ella, al quitársela, le hirió...

—¡Audiencia pública!—gritó el ujier, de servicio en el pasillo.

—¡Señores, vamos a conocer el veredicto!

Y los letrados, interrumpiendo sus comentarios, dirigiéronse hacia la sala.

* * *

La luz discreta, y como cernida, que penetraba a través de los vidrios de los altos ventanales, dejaba el amplio salón en una semipenumbra transparente, matando toda crudeza. En el artesonado brillaban algunas facetas luminosas.

Los señores que componían el Tribunal, graves y dignos como la Justicia que representaban, hallábanse en el estrado envueltos en sus negras togas, cuyas notas de obscuro color rompían los vuelillos de albo encaje. A derecha e izquierda,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ocupaban sus banquetas los representantes del Ministerio Fiscal, defensa y numerosos letrados. Entre el defensor y los magistrados, los jueces de hecho formaban en semicírculo.

Acallados los rumores del gentío que llenaba el salón, el Presidente del Jurado, con voz débil y velada por la emoción, dió principio a la lectura del veredicto.

Profesionales y público escuchaban con religioso silencio, y a medida que adelantaba la lectura, la ansiedad era mayor, el interés más manifiesto e insostenible la tensión nerviosa.

Una pausa ligera precedió al final del documento.

El veredicto era de absoluta inculpabilidad; el Jurado no negaba el homicidio; pero al afirmarlo, admitía todas las atenuantes y eximentes que alegó la defensa.

Un rumor de simpatía recorrió la sala.

Nieves la *Blanca,* lívida y llorosa, apenas si entendió la grata nueva, y solamente cuando su defensor se le aproximó confirmando con sus palabras de albricias lo feliz del resultado, pareció comprender.

Una sonrisa triste desfloró sus labios y, maquinalmente, dirigió su mirada hacia el gentío: en las primeras filas del público descubrió a Laura con algunas amigas; estremecióse al verlas.

—¡Absuelta! ¡Libre! ¿Y qué? Otra vez al lupanar, al burdel, a consumir allí su vida miserable. A ella,—como la lechuza del granero,—la deslumbró y cegó el amor del *Rolo* y, después, su

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

traición mató su alma... ¡La absolución, la libertad para qué le servían!...

Y un sollozo histérico anudó su garganta, y convulsionada, epiléptica, cayó desvanecida...

* * *

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

"CANÉLO,,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

"CANÈLO,,

EL *Canèlo,* era feo, rojizo, de poca alzada, casi repugnante.

Se lo encontró Tòni el *Cafís* al salir de la alquería; arrimado a la puerta, temblando de dolor y frío, con una pata rota. Tòni, pensó ahuyentarle, pero al verle cojo, sintiendo compasión, se le acercó vendándole el quebrado remo y, más tarde, le arrimó un plato con bazofia. El animal, agradecido, lamió sus manos y ya no quiso apartarse de allí. Curó y quedó en la alquería.

Jamás dejaba a Tòni: al campo, al pueblo, donde quiera que fuese el amo allá iba el can, siguiéndole cual corderillo que marcha tras su madre.

A pesar de su aspecto mezquino y poca talla, tenía malas pulgas. De noche vigilaba en el corral, ladrando clamoroso con sólo percibir rumor de pasos u otro ruído extraño. De día, si

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

estaba en casa y aportaba algún desconocido, acometía furioso y, de no sujetarle, la dentellada era segura.

Prenda que Tòni se dejara en el campo o fuera de su casa y la viese el *Canèlo,* no era menester más guarda. ¡Cualquiera se la hurtaba!

Ni en broma, podían acercarse a Tòni como el perro estuviese a su lado. Más de una vez algún amigo, con fingido ademán, probara a amenazar a *Cafís;* rápido, el gozquecillo se prendía de las ropas del bromista, si no hacía presa también en las carnes, al igual que en la tela.

En casa, era un faldero. Neleta, la mujer de Tòni, le sacudía con la escoba: ni chistaba. Tonet, el pequeñín, le metía sus manos en la boca, tirábale del rabo, se le colgaba de las orejas: lo consentía todo y hasta se revolcaba en el suelo, incitando las travesuras de Tonet.

Una tarde, *Canèlo* volvió triste a la alquería. En el hogar, junto al fuego, se agazapó, quedando hecho un ovillo.

A poco de su vuelta, regresó Tòni del campo. Su mujer y Tonet, salieron a recibirle: *Canèlo,* cosa rara, permaneció en su rincón.

Pasaron a la cocina, sentándose todos en torno de la lumbre. Tòni, ni se fijó en el can, pero Tonet, extrañado de que el *Canèlo* no acudiese, cual siempre, a compartir sus juegos, se encaminó hacia él, sacudiéndole del rabo.

Se incorporó el perro, brusco, transformado: el pelo hirsuto como púas, los ojos lucientes como brasas, la cola recogida entre las extremidades rígidas: de su desencajada boca, colgaba

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

un palmo de lengua y de las fauces, tumefactas, manábanle en espesos hilos babas asquerosas...

Hizo ademán de acometer al niño. Levantóse Tòni blandiendo una silleta. Gritó, horrorizada, la mujer. El pequeño, sonreía, inconsciente del peligro...

Contúvose el *Canèlo* y reculó; después, en salto inverosímil, brincó sobre el brocal del pozo, desapareciendo de cabeza por el negro agujero.

El agradecido animal, antes que morder a Tonet, en su acceso de violenta rabia, quiso morir y se arrojó al pozo, pagando así su gratitud al padre.

Tòni, asomóse al brocal y escuchó... Nada...

Tonet, gritaba:

—*¡Nèlo!... ¡Nèlo!,* en brazos de su madre que le asía ansiosa...

V. V. V.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

UN CASO

DE

PATOLOGÍA PSICOLÓGICA

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

UN CASO DE PATOLOGÍA PSICOLÓGICA

AL DOCTOR D. VICENTE ARNAL

Nos hallábamos reunidos en el salón de Juntas del «Levante», en espera de que cesase aquel aguacero intempestivo.

La lluvia tamborileaba en las vidrieras con monótona insistencia, y las farolas del alumbrado, encendidas poco antes al menguar la claridad diurna, reverberaban sus irradiaciones luminosas sobre la capa del asfaltado a la que el agua prestaba apariencias de inmenso espejo, plomizo a trechos, y a trechos refulgente.

Los contados transeuntes que discurrían por la otras veces populosa rua, caminaban con insólita presteza, envueltos en sus abrigos y pertrechados con los paraguas, procurando resguardarse, no tanto del chubasco, como de las copiosas fuentes que manaban de aleros y canales.

La detención, harto forzosa, nos llevó a des-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

florar distintos temas de charla con que paliar y entretener tan impertinente bloqueo. A última hora, sacóse a colación el fallo condenatorio dictado días antes por el Tribunal militar contra el tristemente célebre capitán Sánchez y su hija María Luisa.

El doctor Garcés, médico insigne, neurópata eminente y *causeur* amenísimo y discreto, terció en la discusión.

—El caso que nos ocupa—dijo—es sobrado vulgar, no sólo en cuanto afecta a la génesis del delito, comisión del crimen, intento de ocultación y descubrimiento del asesinato por delación, casi espontánea de los mismos criminales, con sus torpes maquinaciones posteriores al hecho: moralmente, la personalidad de ambos sujetos clínicos es muy baja, corriente, anodina y poco interesante. Lombroso, en su Psiquiatria, seguramente habría de catalogarlos como *locos morales de base atávica: delincuentes natos*, por decirlo en menos palabras. Esto por lo que atañe al crimen. Por lo que toca al incesto, la calificación sería harto común. El padre impone a su hija su lujuria, y María Luisa la acepta y comparte mansamente años y años, si no satisfecha, conformada. Sólo hay animalidad; elementos analíticos dignos de atención, ninguno. El vesánico impulso genésico de Sánchez, corre parejas con la denigrante abulia de su hija. Es un caso de psicosis moral: completa, absoluta y claramente determinada, que repugna y asquea... El caso patológico, merecedor de estudio en psicología, es muy otro. Presenta matices diferentes; los

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

caracteres se acusan con relieves bien distintos y hay lucha de sentimientos, vacilaciones, resistencias y anomalías que la lesión moral incuba, combate, aumenta, acalla, desvía y reproduce hasta llegar al *agmé* o plenitud de la dolencia... Les brindo un estudio típico, auténtico, veraz en absoluto.

Estrechamos el círculo en torno del narrador, retrepándose cada cual en su butaca.

Garcés acarició sus barbas de apóstol y habló así:

—Doña Rosario y Doña Tula, las *Cubanas* —como por antonomasia dieron en llamarlas los vecinos—habitaban en el tercero con honores de sotabanco, de un edificio antiguo que tenía más bien trazas de colmena, según lo reducidas, bajas de techo, poco aireadas y pésima orientación de sus habitaciones o celdillas. En el entresuelo de la supradicha casa había establecido yo mi primera clínica de enfermedades nerviosas, especialidad a que me dediqué tan pronto obtuve la borla del doctorado.

Magras, angulosas, de regular estatura, con muchos hilos de plata encenizando el pelo, labios exangües, palidez de cera y ojos luminosos, en los que dijérase se concentraba cuanto les unía a la vida, las dos hermanas, aun rebasando muy pocos años de la quinta década, aparentaban bastantes más. Vestidas de negro en todo tiempo, pulcras dentro de su extrema modestia, tocadas con mantilla, y siempre juntas, las encontraba con frecuencia en la escalera a la hora en que, terminado el trabajo por las tardes, dejaba yo la

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

clínica, y ellas, según supe después, acostumbraban a salir para emprender su paseo cotidiano.

Ignoro por qué llamaron tanto mi atención al conocerlas, y aún me sería más difícil explicar cómo mi fantasía dió en suponer que con el tiempo habrían de interesarme: si lo primero, cabe razonarse achacándolo a mi inveterado hábito de observador; lo segundo, no tiene aclaración posible. Y, sin embargo, conservo en mi memoria, a pesar del mucho tiempo transcurrido, lo rotundo, enérgico y preciso de aquella sensación clarividente, confirmada con exceso, como juzgarán ustedes por mi historia.

Pasaron muchos meses durante los que mi conocimiento con las *Cubanas* se redujo al leve saludo en la escalera. Muy retraídas en su trato, ni admitían visitas, ni les ligaba amistad con ninguno de los demás inquilinos del caserón, mucho menos conmigo, que solo paraba allí las horas indispensables al despacho de mi, entonces, reducida clientela. Supe, sí, algunos datos concernientes a las mismas, y ello, por conducto de Carlos, el muchacho que tenía al cuidado de la limpieza y aseo de mi clínica.

El mote de procedencia con que las designaban, denotaba su origen antillano. Doña Rosario y su hermana eran cubanas, de la provincia de Pinar del Río o del Camagüey. Su padre, un infeliz empleado en Hacienda, fuese a la isla por mejora de destino: conoció allí a una criolla con la que casó más tarde y en la que hubo a las dos heroínas de mi historia. El oficial de Hacienda enviudó prontamente, y amargado por la desgra-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

cia, hastiado de aquel país que a todas horas le recordaba sus días de ventura, se repatrió con sus hijas. Ya en España, ingresó a las niñas en un colegio y él continuó años y años desempeñando su destino burocrático. Crecieron las *Cubanitas* y salieron de la pensión; poco tiempo después quedaban huérfanas y por todo caudal, con la mísera orfandad que el Estado les pasaba. Años más tarde, casó Doña Rosario; la otra hermana—la más pequeña—permaneció célibe. Falleció a poco el marido de la mayor y las *Cubanas*, otra vez solas, quedaron sin más arrimo y sin otra compañía que la de una criada que las cuidaba.

Nada de anormal se desprendía de los datos apuntados.

Una mañana, acababa de arrellanarme en el sillón de mi despacho, cuando Carlos me dió aviso de que en la antesala esperaba la sirvienta de las *Cubanas*. Hice que pasara al despacho, y afligida y llorosa, me suplicó acudiese en auxilio de Doña Tula que, sorprendida por un desmayo repentino, no lograban volviese en sí aunque emplearon toda clase de remedios caseros.

Subí a la habitación de mis vecinas.

La más pequeña de las *Cubanas*, yacía en su lecho como accidentada, pero en realidad cadáver: presto pude confirmarlo al reconocerla. Una *astenia cardio-vascular* la mató con su ataque fulminante.

Doña Rosario y la criada forjábanse la ilusión de que solo era un accidente pasajero, y hube de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

comunicarles la terrible verdad con las mayores precauciones.

Pueden ustedes suponer la escena que sobrevino.

Doña Rosario, sin una lágrima en los ojos, pero con gesto de suprema agonía, adivinó la verdad desde mis primeras palabras, abrazándose al cadáver al que prodigó frases y dictados de ternura; la sirvienta, no salía de su estupor, atónita y asombrada ante lo imprevisto del golpe doloroso.

Pasé allí la mañana: certifiqué la defunción y envié a Carlos a que gestionase todos los tristes menesteres, necesarios en tales ocasiones. Por la tarde asistí al entierro y después de la ceremonia volví al tercero, ofreciéndome en todo y para todo a la apenada señora.

A partir de aquella fecha la pobre Doña Rosario no levantó cabeza; desmejoró rápidamente, se acababa, se extinguía como una luz a la que un soplo de aire combatiese. Yo, que a ruegos de la criada y por compasión también, me encargué de la asistencia, veíala morir vencido y consternado, impotente y rebelde. La ausculté, la examiné cien veces... ¡Nada! Ni daba con la causa de tan extraño agotamiento, ni descubría la misteriosa enfermedad de efectos tan fatales... ¡Y, mientras tanto, aquella vida se escapaba a chorros!

Una noche, la sirvienta y yo, en la habitación inmediata a la alcoba, velábamos el sueño estertoroso de la enferma.

Mi mirada, distraída un momento, se detuvo

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

admirando unos retratos colgados en los muros. Dos de las ampliaciones representaban a las *Cubanas*, jóvenes y hermosas, en la flor de su edad; la otra reproducía la imagen de un hombre buen mozo, de empaque señoril y distinguido. Pregunté a la criada.

—¡Sí!: Don Julio, el marido de la señora.

Siguió una pausa: la sirvienta, sin demanda alguna por mi parte, como contestando a reflexiones que le sugirieran mi anterior pregunta, continuó:

—¡Se muere, doctor, se muere!

—¿...?

—¡Sí! ¡Lo desea! ¡Ese es su mal! ¡No se aviene a que su hermana esté sola con el otro...!

Presentí que el misterio se aclaraba: no me atreví a interrogar.

Prosiguió la mujer:

—Doña Rosario se casó con Don Julio, enamorada... Él era un buen tipo, bromista, amable y cariñoso; la quería también, pero el demonio... Doña Tula se prendó del cuñado; aquél se apercibió en seguida, y... bueno; se entendieron. Doña Rosario cazó pronto el enredo: sufrió, lloró... Una tarde sorprendió a los culpables, y en vez de maldecirles, en lugar de recriminarles su perfidia, les pidió unas migajas de amor, las sobras, los deshechos de lo que era suyo, sólo de ella... Desde entonces vivieron los tres unidos por lazos tan extraños... Seis años después fallecía el buen mozo: durante su enfermedad, rivalizaron las hermanas en cuidarle y asistirle; desaparecido, vivieron ambas adorando su recuerdo... La muerte

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

se llevó por delante a Doña Tula; Doña Rosario ansía morir también y unirse con los que fueron sus amores...

Y así fué.

Días después, aquella alma trágica y sombría, voló a reunirse con las ánimas gemelas...

. . . . . .

Mucho antes que acabase su narración Garcés, serenóse el cielo y cesó la lluvia; en el firmamento, entoldado de nubes, asomaron algunas estrellas, vergonzantes y temblonas.

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

REMEDIO HEROICO

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

REMEDIO HEROICO

I

Cuando el *tío* Pere, de vuelta de la taberna, entró en su casa, escuchó fuertes sollozos en el cuarto.

—¿Qujén está ahí?—preguntó.

—*¡Chica, el pare!*—advirtió desde dentro la esposa del *tío* Pere, a quien lloraba, que era la hija de ambos.

Al momento, salieron las dos mujeres del *estudi*.

El *tío* Pere las miró sorprendido.

Su hija, la Marieta, servía en la ciudad, y aquel día—como domingo—con permiso del amo, vino al pueblo a pasar unas horas con sus padres que, inmediatos al mismo, habitaban una alquería. Cuando llegó la chica, el *tío* Pere se hallaba en la taberna.

—¿Qué os pasa?—interrogó el viejo.

—Ésta; Marieta, que...—y la *tía* Carmen se

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

calló, contemplando a su hija que recomenzó los lloros.

—*Ay, pare, qué desgrasia!*—gimió aquélla.

—¡Pero, queréis hablar, *recontra!*—saltó el padre impaciente.

—Es que el amo, el *botiguer*...—siguió la joven, y vaciló, continuando otra vez al cobrar bríos.—El amo, de tiempo atrás, me buscaba... Resistí, creyendo que aquello pasaría... Pero, ya hace más de un mes, cierta noche me lo encontré en mi cuarto, y...

—Al grano, al grano...

—¡Que estoy preñada, *pare!* ¡Y que el amo, me prometió casarse y se le olvida...!

Y fatigada por lo aprisa que habló, desconsolada además, dejóse caer sobre una silla recrudeciendo el llanto.

La madre le hizo coro.

—¿Y el amo, sabe que tú estás...?—demandó el *tío* Pere.

—¡No! ¡Aún no!

Quedó el viejo pensativo.

De los bolsillos sacó un librillo de papel y la petaca; con gran cachaza lió un cigarro; hurgó en su faltriquera buscando los *mistos* de cartón; cortó uno de la tira, y con las uñas de ambos pulgares lo rascó hasta encenderlo; prendió fuego al pitillo; aspiró un par de veces el apestoso humo, y con atención suma, contempló fijamente los cantos que empedraban el patiejo, cual si en los mismos estuviese en algebraica fórmula, inteligible para él, la solución exacta del conflicto que le planteó Marieta.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Al rato, dijo:

—Mira, *chiqueta:* lo primero, callar... Tú, tu madre y yo, y aún sobra... Al amo, ni palabra. ¿Estamos? Si él te prometió, debe cumplirlo... ¿Cómo y cuándo...? Ya veremos... Ahora, tú, te marchas a Valencia, y el domingo, no vienes; yo iré a verte...

Marieta quedó como quien ve visiones; la madre, estupefacta. Esperaban una explosión de ira del viejo y aquella calma les sorprendía.

Repitió el padre la orden.

—¿Es que así, de pronto, les había atacado la sordera? A Valencia en seguida, y... *poco pico...*

Se arregló la joven, bañándose el rostro para disipar todo rastro del berrinche: se levantó la madre queriendo acompañarla a la estación.

El *tío* Pere las siguió hasta la puerta, mirándolas alejarse.

Sentíase optimista ante el problema.

—Aquello tendría arreglo... ¡Sí...! Y no malo... Cuestión de calma y habilidad... Las mujeres no cazaban muy largo en esas cosas y todo se les volvía lloros; pero lo que es a él no se la daba el *botiguer*... Al fin y al cabo, no era ningún marqués el amo de Marieta... Un tendero novato, modestito y joven, sin un pelo de tonto y muy trabajador... Haría *perras*... ¿Quién sabe si aquello de la chica lo buscó el muy ladino como segu-ro medio de...? Dos veces que estuvo allí en la alquería, no le habló más que de la tierra y de los campos, preguntando repetidas veces si la finca era suya y lo que montaban las rentas. De

BIBLIOTECA VALENCIANA - VALÈNCIA -

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

dinero, no andaba muy sobrado el tenderito... Con su labia y arrumacos le sacó tiempo atrás unas pesetas que aseguró le salvaban de un apuro... Y el muy pillo, retrasaba la devolución bastante más del tiempo que se trató... Pero ¿y si engatusó a la chica y la burlaba?

Se ensombreció la faz del viejo: serenóse al instante.

—Se arreglaría todo... ¡Sí! Corría el asunto por su cuenta, y como afirmaba su abuelo:

«En pasiensia y temps per davant,
un nano, li guañá a un xagant (*).

Y el cuco labrador, tornando a su optimismo, chupaba con deleite la punta consumida del cigarro que, amarillenta y salivosa, pendía como prolongación de sus resecos labios.

Luego, en muda adoración, contempló las tierras anexas a la casa.

A derecha e izquierda se extendían los campos que, en su centro, cortaba en dos mitades el camino, prolongado en su longitud hasta los mismos lindes. Los campos más lejanos, eran de alfalfa, el alimento preciso de las bestias: ya estaban a punto de segar y sus contornos, tupidos y amazacotados, fingían colosales rombos verdes. Más próximos los surcos de tomates, con sus apoyos de cañas unidas por los vértices; y encaramándose a las mismas las plantas trepadoras, con sus frutos de encendida carne. Junto a ellos, el *bachocar*, con *sus judías* y *tabe-*

(*) Con paciencia y tiempo por delante, un enano le pudo a un gigante.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

lles y otras leguminosas de la extensa familia, asomando entre el follaje sus vainas, curvas como alfanjes diminutos, arriñonadas, ovoides. Casi lindando con la casa, un campo recién plantado de cebollas: sus innumerables tallos dijéranse un ejército de microscópicos soldados, marchando en extremado orden, todos iguales con sus verdes levitines; de trecho en trecho, una amapola quebraba la igualdad del color con su sangrienta mancha; eran los jefes y oficiales de la pequeña tropa, que fuera de las filas, cuidaban de la correcta formación de sus reclutas. A la derecha, a lo último, varios campos de trigo, agitándose las espigas, sin sazonar aún, como hebras de espléndida cabellera. Más cerca, fajas de verduras que llegaban barbeando hasta la misma alquería: coles de azuladas capas; escarolas con gorgueras de encaje, y lechugas formando de tres en tres, peripuestas, erguidas, ceñido el talle con estrecho cinturón de paja, asemejando damiselas presuntuosas.

A lo largo del caminal, dos filas de manzanos y almendros, enlazaban sus copudas brancas, tejiendo, como un túnel, largo espacio. Las ramas de los árboles, inundadas de flor, movíanse estremecidas por el aire que las besaba dulcemente como queriendo saturarse de su penetrante aroma; mas a veces, era tan ardorosa la caricia, que los delicados pétalos, desprendiéndose de sus pedúnculos, se esparcían como ideal nevada de rosados copos.

Por debajo de los frutales, crecían madreselvas, malvarrosas y dompedros, entremez-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

clando sus distintas flores: doradas unas, como orfebres joyas; blancas otras, simulando argénteas campanillas; rojas aquellas, como purpúreas vestes; y las de más allá mostrando sus colores múltiples, como en disfraz de baile.

Mariposas y abejas acudían atraídas por la esencia de las flores; un escarabajo, en medio del camino, rodaba con afán una bola de estiércol de enormes proporciones, comparada con el pequeño coleóptero.

En el azul del cielo, algunas nubes se recortaban como vedijas de algodón.

El sol, declinando en su carrera, caminaba hacia su ocaso, entristecido, como apesadumbrado de abandonar aquella tierra fecunda, eternamente bella en su renovación perenne.

II

El *tío* Pere llegó a Valencia muy temprano.

Frente a la tienda que ocupaba el *botiguer*, un rebaño de cabras tumbadas en medio del arroyo o rascándose en los sillares de las casas, esperaban pacientemente que les vaciaran por turno sus colgantes ubres; una vaca, cubierto el lomo con remendada arpillera, remugaba junto a las caprinas, fijando en las mismas sus ojos turbios y tristones, mientras que el infeliz becerrete, defendidos sus belfos por el bozal, daba topetazos, inútilmente, en las enormes tetas de su madre.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Criadas y beatas cruzaban presurosas en busca del mercado o de las iglesias, hinchados aún los ojos por el sueño interrumpido. Los vendedores pregonaban los diarios de la mañana.

El labriego acercóse al establecimiento y preguntó a un chiquillo que acodado en el mostrador se amodorraba soñoliento, vencido por la falta de descanso:

—¿Y el amo?

—No baja hasta las siete.

—Esperaré—repuso el *tío* Pere, sentándose en la única silla que pudo hallar a mano.

La mirada del viejo parecía inventariar los jamones que colgaban de los garfios, las ristras de chorizos, los racimos de salchicón y longanizas; deteníase después admirando los infinitos botes de conserva apilados unos sobre otros con estabilidad casi increíble; las latas de manteca, cajas de pastas y frascos de aceitunas y aperitivos.

Una voz que sonaba a sus espaldas sacóle de su abstraída contemplación.

—¿Qué tal, *tío* Pere?

Era el *botiguer,* saludándole cariñoso, con esa amabilidad dulzona y pegajosa que instintivamente adopta el deudor al encontrarse frente a un acreedor inesperado.

—Tal cual... ¿Y Marieta? Vine a verla y a despachar unos encargos.

—¡Bien! Está arriba... Más tarde subiremos... Usted comerá hoy aquí...

—*¡Grasies, grasies!*—murmuraba el labriego,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

a la par que pensaba para sí.—¡Éste me ve venir! ¡Valiente pillo!

* * *

—Pues, sí... Los cuartos que le dejó, eran los ahorros que componían la dote de la chica... Tal vez los necesitase pronto. El *agüelo Colom,* un vecino del pueblo, se empeñaba en casar a su hijo con Marieta. Días atrás le habló del asunto: el *agüelo* dotaría a su hijo con la barraca que tenía en la *Closa* y los campos que formaban la finca; y él, por no ser menos, le pasaba a su Marieta unas parcelas de huerta, con riego de la acequia de Faitanar... Todo eso lo arreglaría el notario a su debido tiempo, pero las pesetas precisaban antes: la chica había de hacerse ropa...

—El caso es que así, de momento...—rezongó cariacontecido el *botiguer.*

—¡No! No urge tanto la cosa.

—¿Para Navidad?

—Muy largo el plazo...

—Es que entre picos y pequeñas deudas de clientes que se retrasan en sus pagos, tengo mucho en el aire... ¿A menos que en el pueblo...? En Rubielos, mis parientes me tratan una boda con una prima lejana. La chica, según escriben, posee algún capital... Quizás acepte y solucione más pronto su asunto, *tío* Pere...

* * *

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

El labrador, camino de su casa, rumiaba las palabras del *botiguer*, renegando de lo torcida que le salía la jugada.

—¡El muy granuja! ¡Y que bien se hizo el tonto, sin soltar prenda! ¡Casarse con la *churra* y dejar a su hija abandonada, después de...! ¡Bueno: se vería el final! Así como así, aún sabía él de otros remedios...

Y el viejo marrullero, esbozó leve sonrisa que hizo temblar con sus espasmos su saliente mentón.

Ya en la alquería, el *tío* Pere, celebró misteriosa conferencia con sus dos hijos varones.

III

Semanas más tarde, el *botiguer,* molido por soberana paliza que le propinaran la noche anterior unos desconocidos, decíale a Marieta que le curaba con árnica las descalabraduras:

—¡No! No acierto a explicarme lo ocurrido... No tengo enemigos... Metido aquí en la tienda, carezco de relaciones y apenas conozco a nadie en la ciudad...

Y con voz temblorosa y dolorida tornaba a referirle el vapuleo.

—Fué en la Gran Vía; a lo último; cerca del monumento a Noval. Dos individuos la emprendieron conmigo a palos y patadas, mientras que un tercero guardábales las espaldas apostado en la esquina. La total carencia de luz me impidió

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

precisar sus facciones... Los de las trancas, no hablaron: palos y más palos, como si les faltase el tiempo... Al caer, atontado por los golpes, escaparon por el camino de Monte-Olivete... Grité: acudieron unos municipales que estaban en el fielato... Uno de ellos corrió en busca de los agresores... La del humo...

Y el infeliz tendero, que al accionar agudizaba sus dolores, gemía suplicante:

—¡Aquí, Marieta: en la espalda! ¡Más árnica, más...!

A media tarde, el *churret* del mostrador anunció que el *tío* Pere se hallaba abajo y quería ver a Marieta; y que al hablarle él del percance del amo, deseaba subir a saludarle.

Poco después, la figura angulosa del labriego se recortaba en la puerta de la alcoba.

El *botiguer* al distinguir el contorno del viejo en la semipenumbra que invadía el cuarto, instantáneamente lo asoció al recuerdo del que la noche anterior asomaba junto a la esquina: y pensando en la última conversación que con el *tío* Pere sostuviera, como un rayo, se hizo la luz en su cerebro. A sus labios asomó una mueca que quiso ser sonrisa y exclamó con acento de reconvención amarga:

—¿*Tío* Pere, por qué no me habló claro el otro día? ¡Yo quiero casarme con Marieta...!

⁂

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

"FIVE O'CLOCK TEA,,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

"FIVE O'CLOCK TEA,,

En el comedor del Ritz, Loló Fontivres, Marta Terreño y la Condesa de Argontales, siéntanse alrededor de una mesita adornada con violetas y rosas Betty. *Brioches,* emparedados y *sandwichs* forman el cortejo del té, que hierve en el samovar con burbujeo acompasado. En tanto que se ultima el cocimiento de la aromática infusión, la condesa paladea un sorbo de Wisky; Marta Terreño apura, poquito a poco, una copa de Tokay, y Loló Fontivres, con mohines de delicioso *enfantillage,* recubre de manteca *sippets* de pan cortadas en triángulo.

Las tres damas, iguales en elegancia, difieren en tipo y hermosura. Loló Fontivres es rubia, añiñada, de cutis claro, cabellos blondos, ojos de esmeralda y labios sangrientos; alta, esbelta; en sus manos, de dedos afilados y uñas de rosa, no luce joya alguna: dos perlas de irisado oriente tiemblan en los lóbulos de sus orejas diminutas.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Marta Terreño también es rubia, de tez trigueña, ojos azules y pelo rizoso con tonalidades de ámbar; obsérvanse ligeros vestigios de maquillado en las pestañas y en los labios; sin ser gruesa, sus formas acusan un *embonpoint* sugestivo e incitante: pocas alhajas y de exquisito gusto. La Condesa es morena, ojos negros y cabellera bruna: no usa joyas.

La orquesta de tzíganos borda un *recital* de Lemare.

Las amigas conversan.

—¿Ya sabéis lo de Pura?—demanda la de Terreño.

—¡Sí! Me enteré por Polito que lo refirió anoche a su regreso del Club. Afirmó que allí no se hablaba de otra cosa—responde la de Fontivres.

—No sé a qué tanta extrañeza—replica la Condesa.—Que una casada firme las paces con su marido, con el que se disgustó por pequeñas diferencias, no es ninguna *sottise*...

—No. El hecho en sí, no se censura. Se comenta el que Nitah Lonvoria haya mediado en tales *pourparlers* conciliatorios...

—¿Y a tí te escandaliza?

—No, *my darling:* me choca. Que sea precisamente la que originó la ruptura entre Pura y Ricardito la encargada del *affaire* pacifista, lo hallo raro, incongruente, *ravissant* en extremo...

—¡Cómo se conoce, Loló, que aún se cuece en tu casa el pan de bodas! ¿Y a tí, Marta, te sorprende?—pregunta la Condesa.

—Al contrario: la conducta de Nitah es la debida.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—A mí, me pasma—insiste la de Fontivres.

—Mira, Loló—aclara la Condesa—, entre nosotras, es decir, entre las de nuestra clase, lo extraño sería conducirse de otro modo. Pura tomó muy a pechos el *flirt* de su marido con Nititah; y con su *allure* de intransigencia provocó el conflicto. De haber sido prudente, el asunto hubiese tomado sesgo muy distinto y holgaba la separación primero y la reconciliación ahora... Nitah, obrando como quien es, reune a los esposos. Ya en su punto las cosas, el *flirt* seguirá los límites debidos. ¡Ha de serles tan fácil marcarle cauce, estando las dos de acuerdo!...

—¿...?

—Ya te dije que aún paladeas las mieles de la boda... Entre amigas hay que ser condescendientes, y ciertos favores resultan innegables. ¿Quién sabe si la misma a quien complaces, andando el tiempo ha de prestarte auxilio parecido? Voy a contarte un hecho: un ejemplo del que Marta y yo somos protagonistas.

La de Argontales sirve el té en las tacitas y prosigue:

—Mi historia no es añeja; ocurrió hace unos meses. Marta, con su marido, veraneaba en Biarritz; yo también, con mi esposo. Lola Laserna me comprometió a que la acompañase a París, de compras y de encargos. Acepté. De *chevalier servant* vino con nosotras Federo Ampurias, del que se hablaba si me hacía el oso. Ya en París, prolongóse más de lo debido nuestra estancia y se me contagió la fiebre de compras de Lolita. A mi regreso a Biarritz, Pepe, mi esposo, simu-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

lando disgusto por la asiduidad de Ampurias, pero en realidad molesto por lo excesivo de mis compras, puso algunos reparos a pagar mis facturas de *fourrures* y *dentelles*. Hubo sus disgustillos. En mi apuro, consulté con Marta y le pedí consejo...

—Yo me encargo de todo, te dije,—tercia la de Terreño.—Precisamente, Pepe, está deferentísimo conmigo...

—¿Y qué?—pregunta Loló Fontivres.

—Como mano de santo... Reconciliación completa y abonadas las facturas... La historia tiene una segunda parte, que Marta hará el favor de referirte.

—A principios de invierno, una amiga de provincias me escribió en demanda de una *gâterie* sin importancia. Pedía la permuta de destino para su esposo, de guarnición en una capital norteña, y contando con la influencia del mío en Buenavista, lo encontraba fácil. Y lo hubiese sido, de no mediar algunas diferencias entre Luis y yo por entonces. Mi situación resultaba ridícula e insostenible, y las cartas de mi amiga se sucedían una tras otra...

—Me hablaste—aduce la Condesa—y repetí tu respuesta de Biarritz. Cuenta con ello. Luis, está amabilísimo conmigo...

—Y en la misma semana se firmó el traslado...

Loló Fontivres, siguiendo con sus ojos de esmeralda las espirales del humo del Muratti, musita como en sueños.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

—Sin duda, hay ocasiones...

—En las que los favores entre amigas son a más de ineludibles, convenientes...

—Y entretenidos, *ma chère*, entretenidos...

* * *

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ALGUNAS ERRATAS ADVERTIDAS

Página	Línea	Se lee	Debe leerse
65	10	a la de los	a las de los
95	30	escusas	excusas
104	33	sinó	si no
105	11	extremeció	estremeció
124	27	*Explendid*	*Splendid*
125	20	enfundadas	enfundada
137	32	por	para
148	14	extremecían	estremecían
162	15	¡Arrastrot	¡Arrastro!
212	14	hijares	ijares
244	5 y 6	*añadía en su misiva*	añadía en su misiva
293	5	*agmé*	*acmé*
297	10	sugirieran	sugiriera

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ÍNDICE

PÁGINAS

Prólogo. I
Dedicatoria. 5
La fea.. 9
La paella. 25
Una fiesta en X. 33
En la playa.. 49
El lisiado. 63
Castigo. 73
Coplas y sangre.. 87
«Cura de grasia». 101
El diablo enamorado. 113
El pedrisco.. 123
¿Amigo, me da un trago? 135
Venganza huertana. 143
Los resabios de la gloria. 157
Cuento triste.. 177
Una broma.. 189
Justicia divina.. 197
Luchas fratricidas. 207
El anacoreta. 223
De la guerra. 233
El loro. 241
Fatalismos.. 249
El azafrán. 257
Historia vulgar. 267
«Canèlo». 285
Un caso de patología psicológica. 291
Remedio heroico. 301
«Five o'clock tea». 313

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

VICENTE PLA

CUENTOS

E HISTORIAS

C. V.
822

© Biblioteca Valenciana (Gen